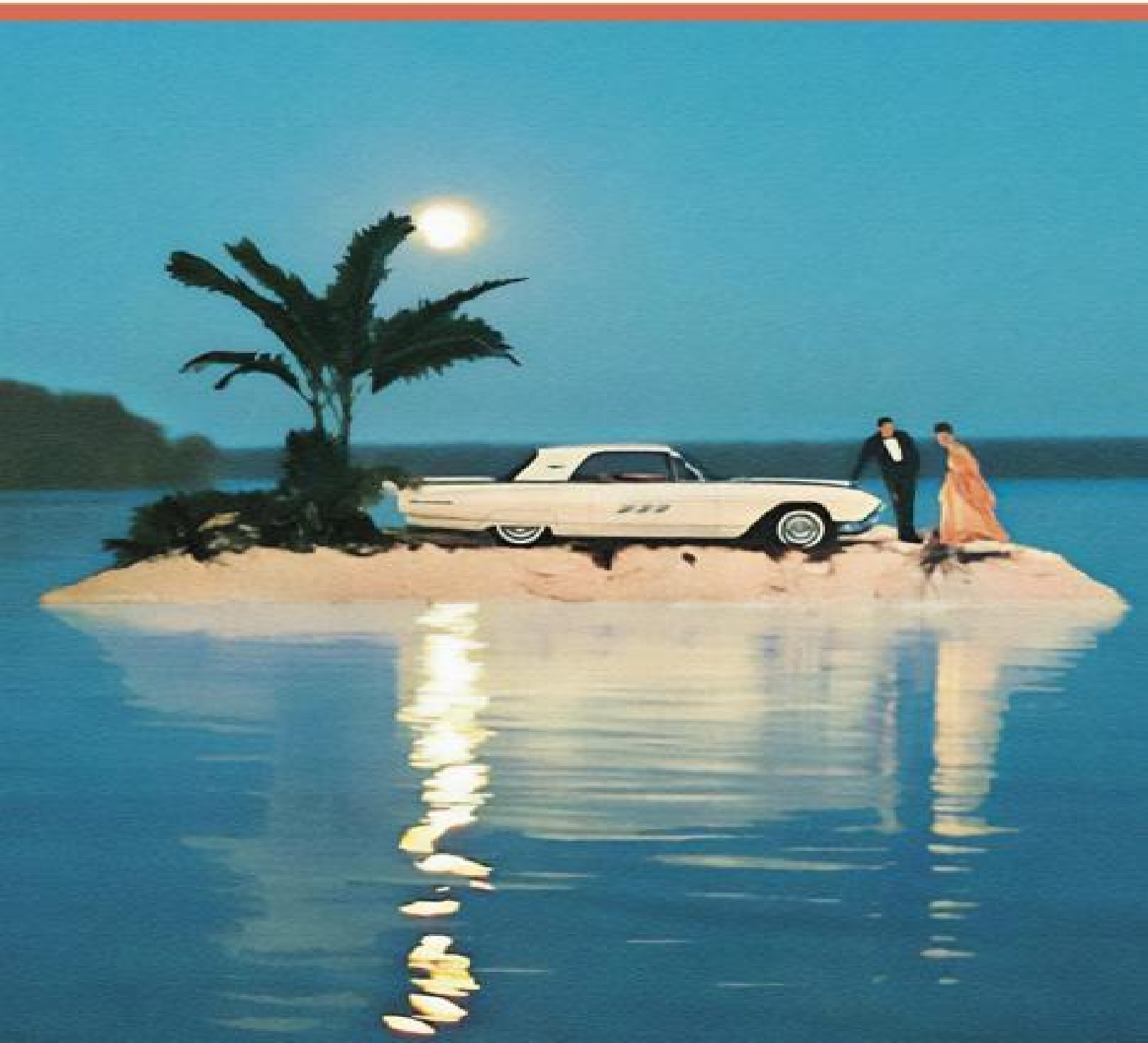
Historias fantásticas de islas verdaderas

ERNESTO FRANCO

Prólogo de Alberto Manguel

Traducción de **Natalia Zarco**



Historias fantásticas de islas verdaderas

Historias fantásticas de islas verdaderas

ERNESTO FRANCO

Traducción de Natalia Zarco

gatopardo ediciones

Título original: Storie fantastiche di isole vere

© 2024 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© de la traducción: Natalia Zarco, 2025
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º- 1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

eISBN: 979-13-990310-6-5
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PRÓLOGO

Las verdaderas islas son siempre imaginarias
ALBERTO MANGUEL

HISTORIAS FANTÁSTICAS
DE ISLAS VERDADERAS

Filfla

Ferdinandea

Malta

Ons

Orcadas

Tortuga

Lofoten

Rodas

Cuba

Alcatraz

Haití

Isla de Pascua

Lesbos

La Atlántida

Galápagos

Creta

Carloforte

Islas de los Osos

Chipre

Ítaca

Ernesto Franco

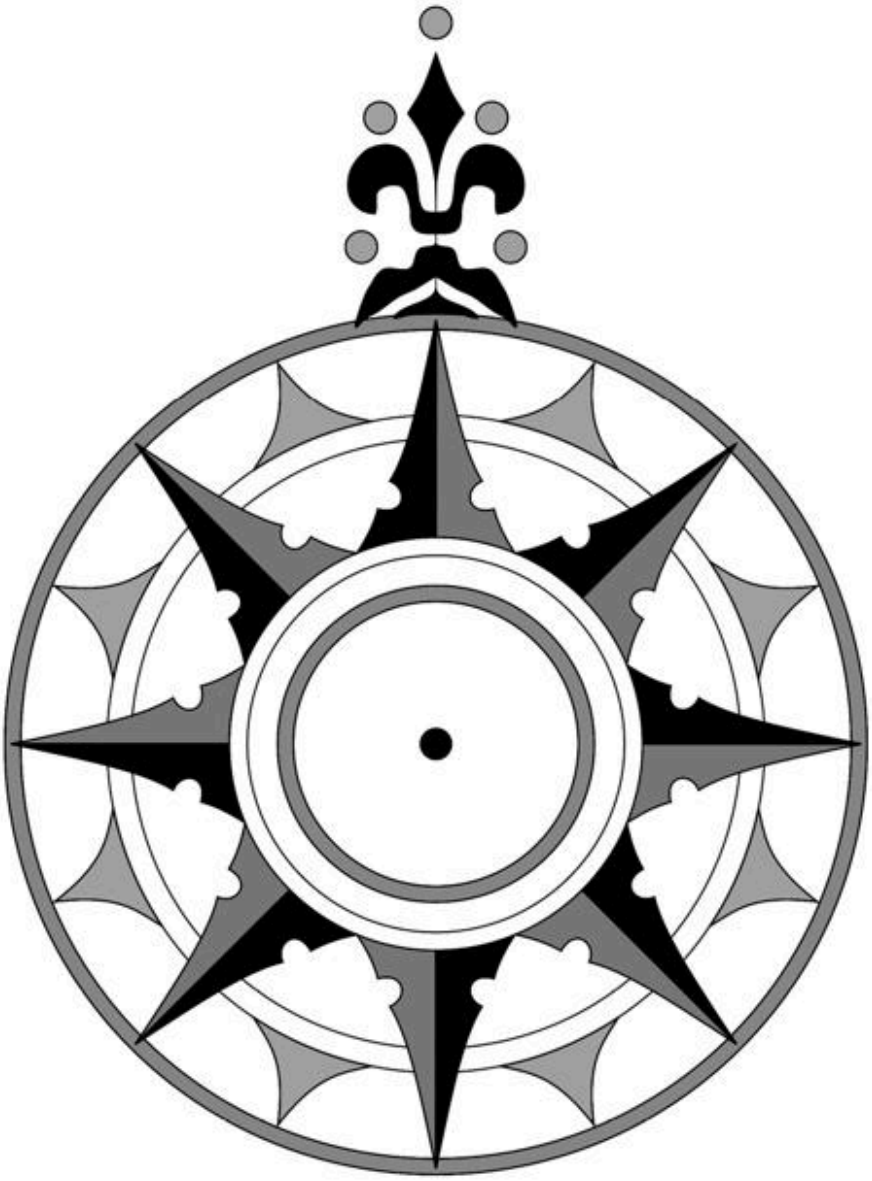
Sinopsis

Otros títulos publicados en Gatopardo

Para Giorgio y para Andrea, juntos

Allí quiero ir; aún confío
en mi aptitud y en mí.
En torno, el mar abierto, por el azul
navega plácida mi barca.
Todo resplandece nuevo y renovado,
dormita en el espacio y el tiempo el mediodía
Sólo tu ojo —desmesurado—
me contempla, ¡oh Eternidad!

F. Nietzsche, Hacia nuevos mares



Rosa de los vientos de la carta náutica
dibujada por el cartógrafo portugués Pedro Reinel en 1504.

PRÓLOGO

Las verdaderas islas son siempre imaginarias

Éste es un libro maravilloso en más de un sentido: maravilloso por la calidad de la escritura, maravilloso por su potencia creativa y maravilloso por las generosas posibilidades que regala a la mente del lector en busca de nuevos horizontes.

Quizá cada lector es, de alguna manera, un viajero imaginario, como los concebidos por Ernesto Franco. Quizá los lugares imaginarios nacen del simple deseo de ver más allá del horizonte. Sabemos que viajeros intrépidos provenientes de Islandia, China y África partieron mucho antes que Colón a la exploración de mares desconocidos; otros, igualmente intrépidos, pero menos propensos a la acción, siguieron en su patria y trataron de imaginar los países inexplorados. Una crónica medieval narra la historia de un noble a quien el confesor le había recomendado ir en peregrinación a Jerusalén para expiar sus pecados. Como detestaba la idea de afrontar las dos mil millas de distancia entre su residencia y la Ciudad Santa, el noble dio, durante var ios años, cada día, una vuelta completa alrededor de su castillo, después de haber calculado su circunferencia, hasta cubrir la distancia requerida, creando una cartografía imaginaria sobre la geografía real circundante.

Dicho esto, ¿basta con un evento aparentemente fantástico para lograr que un lugar sea fantástico? Toda la geografía, ya sea la que encontramos en las enciclopedias y los atlas o la más amplia, visitada en sueños, existe en un espacio limitado sólo por nuestro poder de definirlo como fantasía o realidad. Las islas en particular,

dado que se caracterizan por esa perfecta metáfora del infinito que es el mar, se convierten en lugares donde todo es posible. Con el deleite de un antiguo explorador, Ernesto Franco ha elegido seguir este camino de metamorfosis. En este delicioso libro, que habría despertado la envidia del mismo Marco Polo, Franco se ha dividido en dos cómplices involuntarios que componen un catálogo de islas, extraídas sin duda del mundo real, pero transformadas en lugares encantados: el Pilota, un viejo marino astuto con debilidad por el ron y el tabaco, que describe estas islas inmejorablemente identificadas, y el Cronista, que le hace de amanuense. Corresponde al lector decidir si estos lugares mágicos que surgen de las olas son, por ejemplo, «bajíos disfrazados de islas o islas disfrazadas de bajíos». Cada isla explorada por Franco es ella misma y también su sombra. La isla de Ons en Galicia, por ejemplo, es un minúsculo punto en medio del mar, pero como alberga un ejército de espectros gimientes, aparentemente almas perdidas en busca de su lugar en el más allá, Ons es también la en trada al Infierno o la puerta del Paraíso. «También aquí hay —se nos dice— una entrada y una salida...» En el islario de Franco, la isla también puede convertirse en la criatura que la habita: el oso, en el caso de la isla de Kodiak; los presos, en el de Alcatraz, o el Minotauro en el caso de Creta. La identidad de la isla cambia no sólo en presencia de tales habitantes, sino también en la de los viajeros que arriban a ella por casualidad y de ese modo la caracterizan, porque como explica el Pilota: «No existe un laberinto igual para todos». El Pilota relata la historia de la Atlántida, isla convertida en una historia. La intervención humana puede influir en el destino de una isla, pero no es un destino sin apelación. Las Galápagos de Darwin son hoy «islas protegidas, es decir, de los riesgos de destrucción». Ciertamente, y el Pilota añade:

«Pero los volcanes, en el fondo del mar, no duermen».

Libros como éste llenan de envidia al lector, empujándolo a su vez a desear escribir más historias. Si Ernesto Franco me lo permite, quisiera ofrecerle esta historia real. El 4 de noviembre de 2003, catorce refugiados kurdos y cuatro marineros indonesios a bordo de una pequeña embarcación llegaron a la isla de Melville, en aguas australianas, a ochenta kilómetros al norte de la ciudad de Darwin, con la intención de solicitar asilo político. Informado del hecho, al no estar dispuesto a gestionar los enésimos solicitantes de asilo, el primer ministro australiano John Howard adoptó una postura drástica: decidió romper los lazos de la nación con Melville y, en nombre de su gobierno, «repudió» la isla, junto con otros cuatro mil islotes pertenecientes a Australia. Y así, Melville se ha vuelto imaginaria.

Cada expedición, imaginaria o real, nos impone sus propias y muy estrictas reglas. Una, acaso la más importante, es que cada viaje es secuencial, en el verdadero sentido de la palabra. «Tal vez viajar —afirma Franco (o quizá uno de sus personajes)— no sea sino un continuo mandarse noticias a uno mismo al lugar de partida.» Sin embargo, tan pronto como el viajero ha zarpado, se altera el puerto que ahora queda a sus espaldas: surgen nuevos edificios en calles modificadas y vienen a habitarlos nuevas personas, rodeadas de un paisaje que también ha cambiado. También en la memoria del viajero la nostalgia reconfigura el mundo abandonado, transformando chozas en palacios y banalidades en maravillas. Porque el viajero —el migrante, el exiliado, el rechazado— está condenado a recordar un lugar que ya no existe. En este sentido, toda nuestra geografía es imaginaria. Hamlet definió la tierra imaginaria hacia la que todos nos dirigimos como «ese país por

descubrir, de cuyos confines ningún viajero retorna». A lo mejor todos nuestros viajes son una preparación para ese país que está al otro lado, un país ilustre y anhelado.

ALBERTO MANGUEL

HISTORIAS FANTÁSTICAS
DE ISLAS VERDADERAS

Filfla

—Calipseas. Islas Calipseas. Archipiélago de las islas Calipseas. Malta, Gozo, Comino, Cominotto, Ogigia, islas de San Pablo, Isla Manoel, Filfla, Filfoletta, Roca del Ganeral…

—¿Quizá alguna más?

—No, no hay más. Malta, Gozo, Comino, Cominotto, Ogigia, islas de San Pablo, Isla Manoel, Filfla, Filfoletta, Roca del Ganeral, y algunos escollos que se pierden entre las olas, siempre así, dudando entre ser bajíos disfrazados de islas o islas disfrazadas de bajíos. Desde el punto de vista de las islas supone una gran diferencia.

Le acababa de preguntar al Pilota sobre sus años en las islas maltesas y él contestó al instante, sin levantar la vista de la labor de remiendo del trasmallo que algo, quizá un enorme atún rojo, había estado a punto de destrozarle. Los pescadores de San Fruttuoso lo llamaban el Pilota porque de todos era sabido que había desempeñado en el puerto de Génova ese oficio, el de práctico o «piloto navegante». Durante años había sali do a mar abierto en la embarcación reglamentaria, todo lo más media milla, para trepar por la borda de petroleros, de buques de carga o de pasajeros que conducía hasta ponerlos a salvo en el atracadero. Lo hacía en los días de macaia,[1] con las tramontanas que arrastran el mar hacia Córcega, y también cuando soplaba el lebeche y le tocaba jugarse el pellejo sobre la cresta de las olas. En una ocasión, sin embargo, en un día cristalino de enero, alguien lo oyó decir que «tiempo atrás» había estado en las islas de «todos» los mares.

—Aunque siempre he pensado que la más inalcanzable, tanto para los marineros como para la mente, es la isla de Filfla.

Dejó caer las manos sobre las rodillas y me observó durante un segundo, para acto seguido mirar al frente.

—Filfla es una palabra maltesa, traducción de otra, árabe, que significa «pimienta». Porque en efecto, vista desde el cielo, como muchos aviadores la han divisado, Filfla es como un grano de pimienta negra sobre la superficie del mar. Resulta del todo inútil para los hombres, que en realidad desconocen su historia.

»El único destino de Filfla parece ser el de proclamar su presencia más allá de los años y los naufragios. Es como si le repitiese a cada generación: «Yo soy». Y eso es precisamente lo que la hace temible para los seres perecederos: su persistencia, que es espeluznante, porque está exenta de sentido, promesas o esperanza.

»Queda, conviene decirlo, queda a unas tres millas al suroeste de Malta. Como una baliza entre Sicilia y África, mitad de una y mitad de la otra. Mide unos setecientos metros de largo, dos hectáreas y media de una nada dispuesta entre el cielo y el agua, porque sus acantilados se elevan más de sesenta metros sobre el nivel del mar. Es más: vista desde cualquier punto de la rosa de los vientos, Filfla se nos antoja un mero acantilado de roca calcárea, y poco más. Un arrecife sin traspaís, sin atracaderos y sin escrúpulos. Bajo esos sesenta metros de precipicio no hay más que peñas o rocas que parecen fragmentos gigantescos del macizo mayor, como si una mano enorme hubiera querido desmenuzar la isla. Heraldos de lo peor. Para los marineros, un acantilado escarpado es siempre lo contrario de tierra firme, puro peligro, pura amenaza de muerte, esa última ola de piedra que sepultará el barco en las profundidades del abismo. Porque de Filfla no llegará ayuda alguna. De Filfla no

zarpará ningún práctico. Como cualquier elemento de la naturaleza, Filfla sólo es capaz de ser. De ser y perdurar.

»Los marineros llevan miles de años reuniéndose en las islas Calipseas, desde los tiempos en que los hombres no se ocupaban de Dios, sino que era Dios quien se ocupaba de ellos. Quizá por eso cuenta una leyenda de aquellos mares que en Malta existió un pueblo de gente corriente y felizmente malvada. Dicha leyenda no aclara el porqué ni el cómo de la malevolencia de aquellas gentes. De hecho, ni siquiera afirma que se hubieran convertido en gente malvada. Se limita a afirmar que lo eran. Lo que nos induce a pensar en una época en la que el mal no era una adulteración de la bondad, sino más bien un ente irreductible que se bastaba a sí mismo. Aquellas gentes, por tanto, debían de ser un prototipo realmente aterrador.

»Sin motivo aparente, llegó Dios y hundió a hombres, mujeres y niños en el infierno. Y éstos, malvados por naturaleza, tocaron fondo con toda su perversidad, sin contrición alguna. Se mostraban indiferentes a las penas de los demás y no pocos de ellos disfrutaban secretamente de las propias. El Diablo no se paró en barras y llamó a filas a todos sus ejércitos, aunque a la postre se vio forzado a admitir que no podía hacer nada contra ellos. «Esto no era lo pactado —debió de pensar—, quién iba a imaginar que pudieran existir semejantes criaturas.» Dicho esto, el Diablo quiso dar al infierno otra oportunidad de formar parte de la creación, de modo que expulsó a los malvados de las tinieblas a la superficie del mar y creó para ellos una abrupta roca de la que no había huida posible: Filfla.

»Al parecer, la leyenda no ha dejado huella en la historia. Con toda seguridad, el pueblo de los filflenses se extinguió, o al menos

eso cabe suponer. De hecho, dicha leyenda se nos antoja hoy una recreación fantasiosa de algún apócrifo redactor de sagradas escrituras. Pero hay algo más. Una verdad que, a través de la leyenda, la misma Filfla nos comunica. Como si nos confesase su incompatibilidad con el género humano.

»Mucho tiempo después de la época de los fil flenses —no sabemos ni el día ni el mes, pero sí el año: 1343— alguien propuso construir en Filfla una ermita. Conmovedor. Quizá fue un monje obstinado, o quién sabe si un cura sediento de proselitismo, o un místico decidido a hacerse despedazar santamente, o tal vez un marinero asustado que escapó, vete a saber cómo, de las olas. A lo mejor esa ermita era como un exvoto, como una oración de roca y cal, levantada y después abandonada. Lo cierto es que quien la alzó terminó por abandonar la inhóspita Filfla. O no, quizá murió allí, restituyendo al viento y a la sal primero el alma, luego sus carnes y finalmente los huesos, para acabar desvaneciéndose en los elementos. Años y años estuvo allí la pequeña ermita. Como un cascarón vacío, pero también como un vestigio. A Filfla todo eso debió de parecerle inaceptable. Con sus propios furores geológicos, que maduraron durante 513 años —también hay una fecha, el año 1856—, la isla destruyó la ermita mediante un terremoto, en un nuevo ajuste de cuentas con los humanos.

»Aunque eso no fue todo. En su afán por aplacar la inhóspita Filfla, los hombres, que no habían conseguido transformarla ni en un deseo ni en una cárcel (como les ha pasado a muchas islas), trataron de poseerla destruyéndola, de amarla aniquilándola, sabiéndose en eso, acertadamente, unos maestros.

»Durante más de treinta años —y hasta 1971—, en la época en que las islas Calipseas estuvieron bajo el dominio de la Corona

inglesa, la Royal Navy y la Royal Air Force eligieron Filfla como blanco para sus pruebas. D esde el cielo y el mar, hicieron llover sobre la isla toneladas de explosivos, torpedos, proyectiles experimentales, bombas de racimo, artefactos de explosión retardada y de explosión anticipada, cañonazos y disparos, granadas incendiarias y objetos de cualquier calibre, capaces de destruirlo todo, a ras de suelo o a la altura de la cabeza. Aquello supuso más de una década de combate, de lucha contra la nada. Cada centímetro cuadrado de Filfla quedó devastado, cada brizna de hierba, cada soplo de viento. Incluso su perfil se modificó, porque los cañonazos desgajaron enormes rocas del acantilado que cayeron al mar, lo cual hizo aún más inaccesible la isla inaccesible.

»Ahora bien, ¿por qué uno de los ejércitos más poderosos del mundo, que acababa de ganar la Segunda Guerra Mundial, eligió atacar con todas sus fuerzas la isla de Filfla disfrazando a todas luces aquellos ataques de infinitos ejercicios dominicales?

»No cabe la menor duda: quisieron asegurarse de que no quedaba ni rastro, ni un fragmento molecular, del pueblo de Filfla. Ni un trozo de piel, ni un fósil, ni siquiera una remota molécula. Los ingleses no mueven un dedo por menos. Al mismo tiempo, hubo que prohibir todo desembarco en las rocas para que la prohibición se convirtiera en costumbre y nadie arribara a Filfla. Porque si nadie podía abandonarla, así tampoco podría nadie acercarse. Más tarde —en el citado 1971—, alguien decidió que en la isla debía de haber más restos de metal que matorrales o piedras. Entonces se declaró el cese de las hostilidades.

»Pasado un tiempo, las habituales voces anónimas empezaron a decir que en Filfla había movimiento. Poca cosa, ciertamente, pero movimiento al fin y al cabo. Se invitó a una pequeña expedición

científica, escoltada por una patrulla de la Royal Navy. A su regreso, explicaron que el movimiento se debía al ajetreo de decenas de miles de ejemplares de una especie, lógicamente endémica, de lagartija, con la piel verde veteada de manchas rojas. Una especie desconocida, única en el mundo. Aquella lagartija no sólo había sobrevivido a las toneladas de proyectiles de alta tecnología arrojados desde barcos y aviones, sino que, para colmo, y en mitad de los bombardeos, al menos a juzgar por el número de individuos, se había reproducido con saña. La especie debía de tener una voluntad de supervivencia sobrehumana. Sin embargo, no podía abandonar la isla, porque estaba incapacitada para sobrevivir en el mar. «Se alimenta de pequeños crustáceos —añadieron los exploradores—. De manera que no hay nada que temer, ni nada que hacer», sentenciaron, zanjando el asunto en un santiamén. Sí, en un santiamén. Para ellos era coser y cantar.

En Filfla, en un atardecer de lebeche, mientras todo acababa para mí y todo estaba por volver a empezar, yo he presenciado el anochecer, el soplo del viento, la renovación del tiempo. No parecía que la isla navegara, aunque las olas le blanqueaban la proa. Recuerdo que me pregunté si también las lagartijas tienen un idioma propio, como las abejas.

1. Macaia o maccaja: palabra del dialecto ligur, quizá de origen árabe. Se refiere a una conjunción meteorológica típica del golfo de Génova en la que coincide que el siroco sopla fuerte, la humedad es muy alta y el cielo está encapotado. (N. de la T.)

Ferdinandea

—Cada isla es un planeta. Quiero decir, con órbita, satélites y leyes propias. Inconfundibles. Si te conviertes en uno de sus habitantes por unos días, o incluso por unas horas, no te queda otro remedio que respetarlas… De lo contrario, puede que ni logres acercarte a ellas, ni consigas abandonarlas. Porque las islas son mundos celosos de su libertad. Cualquiera puede visitarlas, pero sólo pertenecen a los isleños, y a duras penas toleran a los islófilos.

»Existe una que es todo lo anterior, quizá incluso más que cualquier otra… Puedes pasar por ella sin tocarla siquiera, pero en cuanto pongas un pie en ella dejarás de ser el que eras. El Mediterráneo no la rodea, como hace con las demás, sino que la encierra, como un cofre.

El Pilota clava la vista en el mar que, a nuestros pies, se agita en calma sobre un escollo medio sumergido. Parece que le divierte mi notoria incapacidad para comprender lo que me cuenta. Entre los dedos, un ama rillento cigarrillo papier maïs recién encendido.

—Pensaba que ya no los fabricaban —comento, por decir algo.

—Sí, yo también… Aunque quizá ya no fabrican a los que quieran fumarlos. Esa gente ya no existe. Igual que con la isla de la que le hablo. Ya no existen los que la pisaron ni existen los que la volverán a pisar. Pero éstos —hablo tanto del papier maïs como de la isla— siguen al pie del cañón. En estado latente, vale, pero ahí siguen, desde que el mundo es mundo. A la espera, hasta que algo los enciende.

El Pilota escupe una brizna de tabaco que se le ha quedado entre los labios. Mirándolo, comprendo que también ese gesto forma parte del acto de fumar. Es papier maïs.

—En efecto. Le estoy hablando de Ferdinandea. Ése es sólo uno de sus nombres, quizá el mejor: Ferdinandea. Aunque nombres tiene al menos tres y vidas no menos de dos.

»Fue una isla, pero por los pelos… fue una isla desganada. Ahora ya no lo es, aunque siga latente. Pero podría volver a serlo.

»La suya parece una historia natural, carente de toda intención, como la de las cadenas montañosas o las briznas de hierba, y sin embargo no sé por qué siempre he pensado que tenía un significado definido. Sin saber muy bien cuál podría ser. Por eso se lo cuento. Y también porque su historia nos anuncia los horrores actuales, que son de naturaleza muy distinta.

»Le hablo de hace 184 años, del 1831. Mes de julio, un julio de ésos en los que Sicilia parece susurrarle a África. La noche del día 10 al 11, creo. En Sicilia, precisamente. O, mejor dicho, en medio del mar. Al sur de Sciacca. Rumbo a la isla de Pantelleria.

»En un determinado momento, el mar se alza, se encrespa, se pica. Pero no hay nubes ni hay viento. Bajo la superficie, los depredadores han desaparecido hace rato. Los demás peces, es de suponer, huyen o mueren. Sin motivo aparente, los boquerones forman un banco. De las profundidades emerge primero una sombra, luego lava y lapilli. Es algo antinatural: del mar brotan el fuego y el vapor, y las cenizas ascienden a la superficie. Poco a poco emerge una isla con dos vértices. En realidad, es el cráter de un volcán.

»En Palermo, entre el guirigay y los pasacalles de la fiesta de Santa Rosalía, nos topamos, por primera vez, con Fernando II de

Borbón, rey de las Dos Sicilias desde hace apenas ocho meses. Todavía no es el «rey bomba» que con los años destruirá Mesina o quizá incluso Palermo; es más, por el momento parece un soberano magnánimo. «¿Qué otro acontecimiento más feliz y famoso fue contemporáneo del nacimiento de ese volcán, sino la primera visita a Sicilia de nuestro augusto rey Fernando II?», se pregunta con gran retórica el geólogo Carlo Gemmellaro, también hijo de geólogos, profesor de la Universidad de Catania, socio de trenta y dos academias científicas repartidas por el ancho mundo, enviado de inmediato por las autoridades borbónicas para dar razón del extraordinario fenómeno. «Jamás la llegada de un monarca había venido señalada por tan consp icuo acontecimiento…» Tengo memorizadas esas palabras, porque nacieron para ser eternas, pero el caso es que ahora ya nadie las recuerda… Sea como sea, Gemmellaro no dice a las claras que los sicilianos lo habían organizado todo para celebrar la visita de Fernando II, pero sin embargo lo deja caer, lo insinúa, como si de hecho pudiera haber sucedido así. Nos lo sugiere, como si revelara un secreto.

»De hecho, el gobierno del virreinato quiere demostrar celo y moderna eficiencia, y enseguida manda un barco, la corbeta Etna —nunca un nombre fue más profético y apropiado—, para hacer un informe.

»La tripulación del Etna acude, circunvala, mide y regresa. Sí, escriben a su vuelta, en efecto se trata de una isla. Con una altitud de unos sesenta metros. Y casi tres millas de circunferencia. Dos puntas, una al norte y otra al este. En medio, dos lagos que hierven como ollas al fuego. Apesta a azufre, añaden de palabra.

»La burocracia del virreinato no pierde el tiempo y con deferencia bautiza la isla como Ferdinandea.

»Agradecimientos, reverencias, sellos, protocolo y declaraciones se dan por descontados.

»Mientras tanto, no muy lejos de allí, en Malta, los ingleses ya se han enterado de todo. Así lo reflejan en la Gazzetta di Malta, el 10 de agosto, menos de un mes después de las noticias llegadas del Etna. Ante todo, quieren ponerlo por escrito, por si surge alguna disputa territorial. Y así, con precisión británica, la Gazzetta informa de que el 2 de agosto —es decir, apenas veintitrés días después de la aparición de la isla sulfúrica—, el ca pitán Senhouse, a bordo del cúter Hind, desembarcó en la isla, que bautizó como Graham Island en homenaje al Primer Lord del Almirantazgo en funciones y, tras hacer frente al insoportable calor, a la precaria consistencia del terreno y a la posibilidad de provocar un incidente internacional, plantó allí la bandera inglesa, que los navíos de Su Majestad siempre llevan como equipamiento para ocasiones semejantes.

»Senhouse corrobora en su informe lo que relataban los intrépidos tripulantes del Etna. Eso sí, aclara flemático y un poco de pasada, en realidad la isla es de dimensiones algo más reducidas que lo que afirman.

»Entre idas y venidas de Senhouse, en aquel tramo de mar hay un tráfico considerable. En el fondo es comprensible: estamos en las postrimerías de una época de grandes descubrimientos geográficos; es más, esa isla podría ser la última tierra ignota. Llega un barco de austríacos, que la rodean y que también desembarcan, porque, según parece, acaban dejando una placa con una inscripción en alemán que pocos entienden.

»A continuación, digamos quince días después de los ingleses de Malta y por tanto treinta y ocho jornadas después de la expedición siciliana, llega el barco de una sedicente expedición científica

francesa. Los galos desembarcan, encuentran un lugar donde plantar una bandera tricolor, añaden una nueva placa y bautizan la isla como Île Julia.

»En una nota, en su informe, los franceses escriben, no sin cierto estupor, que la isla es en verdad diminuta, minúscula, mucho menor de lo que les había parecido a sicilianos e ingleses.

»Desde Sciacca, no se sabe bien cuándo, llega después a la isla un modesto barco pesquero al mando de un tal Michele Fiorini, el cual, quizá estupefacto ante tanta placa, bandera y medición, sin saber bien qué hacer, al no tener nada a mano, decide clavar en aquel nuevo fragmento de mundo un remo, como primer descubridor, a pesar de sus paisanos, de los ingleses de Malta, de los austríacos y franceses. Posiblemente no dio con el lugar adecuado y quizá se achicharró un poco los pies desnudos, pero lo cierto es que clavó aquel remo en la isla. Un remo como el arpón de un ballenero.

»No sé si los hechos se desarrollaron exactamente en ese orden, pero una cosa es cierta: Ferdinandea se hunde, lenta pero inexorablemente. Es una realidad que va transformándose en sueño. En esto, no es distinta de ninguna otra isla. El 8 de diciembre de 1831 ha desaparecido de la superficie.

El Pilota me sonríe y hace un gesto en el aire con la mano.

—Nadie supo si tanto ir y venir de humanos, capitanes, soberanos, marineros, naciones y pescadores asustó o divirtió a la isla. Sin embargo, sí se sabe que hizo varios intentos de volver a emerger y que en el siglo pasado fue bombardeada por la aviación norteamericana, creyendo que se trataba de un submarino libio.

»Yo mismo, mientras tomaba un café en un bar de Génova, llegué a leer en un periódico que, el 1 de octubre del 2000, el último descendiente del «rey bomba», acompañado del alcalde de Sciacca y

una bandera trico lor, había vuelto a Ferdinandea, que llevaba más de cien años bajo las aguas, para plantar allí una nueva placa que proclamaba en italiano que la isla no era de los ingleses, ni de los franceses ni de los austríacos, ni tampoco de los Borbones, sino únicamente de los sicilianos.

El Pilota enciende otro papier maïs.

—Y así, 169 años después, la controversia internacional se zanja con un acto de humildad populista y de conmovedora arrogancia. Imagínese —añade— a los hombres, o peor, a los alcaldes enfrentados a la geología y los volcanes…

»Bien es verdad que aún quedan preguntas sin respuesta: ¿resurgirá Ferdinandea? En tal caso, ¿de qué otro excepcional acontecimiento en Sicilia nos avisará entonces? ¿Quién la avistará primero? ¿Será él, acaso, el último hombre vivo? Dicho esto, ¿no habría que inventar un empleo retribuido de Avistador de la isla Ferdinandea?

»¿Y encontrar a alguien cuyo oficio sea entretener al volcán?

Malta

—A veces, cuando pienso en Malta, tengo la impresión de que es como un remolino inmóvil —sentencia el Pilota.

Acabamos de refugiarnos en un búnker de la Segunda Guerra Mundial, uno de los que, como centinelas vacíos, aún quedan en el monte. Defienden una tierra que no es la suya de un enemigo ausente que sólo anhela la paz. Afuera, llueve sin tregua y el mar es un circuito eléctrico enloquecido. Los rayos lo iluminan todo durante brevísimos lapsos de tiempo.

—Puedes caminar por la superficie de la isla como por cualquier otro lugar de la tierra —continúa el Pilota— sin percibir que ese remolino podría de repente reactivarse y arrastrarte en su espiral y convertirte en cosa entre las demás cosas, en grito entre los otros gritos, sin orden ni jerarquía, hasta el siguiente respiro, hasta una nueva pausa inmóvil… Es una isla que se las sabe todas.

La tormenta enmudece y por un instante reina el silencio.

—Para algunos marineros, Malta —continúa el Pilota, como si la tuviera enfrente— está en el centro exacto del Mediterráneo. Claro, son medidas de marinero, pero aun así son ciertas.

»Se dice que fue en Malta donde se ideó la rosa de los vientos, de cuyos pétalos toman el nombre, según su procedencia. También esto podría ser cierto. Es más, si nos plantamos en el centro de Malta, y por tanto en el centro del mismo centro, el viento del noreste viene sin duda de Grecia, y por eso se llama gregal; el viento del noroeste viene de Roma magistra y por eso se llama mistral; el del suroeste

sopla desde Libia y se llama lebeche, y el del sureste viene de Siria y se llama siroco… Siempre he pensado que el soplar del viento, acaso junto con el correr de los ríos, es una de las representaciones más creíbles de ese fenómeno por otra parte incomprensible que es el paso del tiempo. Fenómenos ambos casi impalpables, evanescentes, mortíferos.

»Mírenos, aquí estamos usted y yo, en un búnker alemán de una guerra perdida, empapados como dos chiquillos, en mitad del estruendo de estos truenos… ¿No le parece que lo único real de todo esto es el discurrir de las horas?

No hay réplica posible. La pregunta es de ésas que no necesitan respuesta.

—Quizá dicha familiaridad con los vientos ha favorecido que los malteses tengan desde siempre una relación igual de íntima y secreta con el tiempo. Acumulan una experiencia que por incalculable parece infinita, y eso es lo que los hace distintos de nosotros de una forma imperceptible pero definitiva. Llevan allí, en esa isla, como pueblo, digo, desde unos cinco mil años a.C. Son más antiguos que los egipcios. Y la continuidad de sus genealogías es un secreto que custodian con un celo hermético. Aun así, los individuos, la comunidad, la isla… todos recuerdan cuanto ha sucedido a lo largo de más de setenta siglos. Setenta siglos, esa cifra debería hacernos temer a los malteses, como se teme a algo más grande que uno.

»Pero hay otro indicio, más evidente y concreto, de la familiaridad de los malteses con el devenir. Es la huella de un arte de la manipulación del tiempo como vía de acceso infalible a la eternidad. Allí se percibe al instante, en cuanto se desembarca en la isla; basta con distraerse un poco.

»La primera vez que estuve en Malta iba buscando a una amiga que se llamaba Irene, de la que apenas conocía el nombre, cuando debería haber sabido mucho más. Tuve que armarme de paciencia y vagar por callejas y plazas. Cuando pasaba por cualquier lugar me sobrevenía la incertidumbre, como si se me hubiera escapado algo. Volvía atrás, pero todo parecía normal, salvo una persistente sensación de desfase. Luego vi las iglesias, y luego los campanarios. Entonces lo supe.

»En Malta es costumbre que las iglesias tengan dos relojes en la parte externa de los campanarios, pero sólo uno de los dos es verdadero; el otro es un trampantojo. Y por tanto sólo da la hora exacta dos veces al día. En cualquier otro momento, nuestros relojes se encargan de irradiar sobre todas las cosas un estrabismo univer sal. Porque ese tiempo dislocado se contagia a todas las piedras de la isla. En Malta más que en ningún otro sitio, aunque también haya relojes pintados desperdigados por otros mares y otros puertos.

»Los malteses les cuentan a los turistas que esos relojes engañan al Diablo y que, gracias al complot horario, éste no consigue calcular con precisión el instante del último suspiro del moribundo para —más a menudo de lo que se pueda pensar— poder robarle el alma. Y así, descontando a aquellos que fallecen en los dos minutos al día en que ambos relojes están perfectamente sincronizados, los malteses van al paraíso. Es una forma eficaz de asegurarse la eternidad. Pero lo que no confiesan es la angustia exacerbada de los desahuciados en esos cinco minutos que preceden a la hora pintada, las consultas frenéticas de parientes junto al lecho de un moribundo conectado a una máquina, el incremento de los suicidios en un mero puñado de segundos… Bien pueden los malteses haber hecho un pacto con la eternidad, sí, pero al menos dos veces al día se ven torturados como

nadie por la vorágine del tiempo.

El Pilota y yo hemos perdido la esperanza de que la tormenta amaine en breve. En silencio, aceptamos que se desate a su antojo, que se desahogue, y esa aceptación es la estrategia perfecta para conseguir que acabe pronto. El mar, al fondo, respira agitado. Yo escucho.

—Hay un lugar en la isla llamado el hipogeo de Hal Saflieni. Allí, el tiempo se ha convertido en piedra. Y el remolino que te atrapa es el que gira, vertiginoso, en todo signo indescifrable, indócil, mudo. Como su n ombre indica, es un lugar subterráneo, pero no una tumba ni un cementerio. Es más bien un monumento, quizá un templo, de cuyos ritos se ha perdido hasta ahora toda memoria. Allí, entre esos laberínticos muros, trajinaban los malteses hace más de cinco mil años. Es como visitar un planeta desconocido, perdido no en el espacio sino en el tiempo. Quedan las paredes y algunos objetos, pero no lo que les daba sentido. En los mares de todo el mundo los arqueólogos han encontrado dibujos de espirales. Parece que esas espirales eran la forma que los hombres de la prehistoria usaban para describir el movimiento del viento, o tal vez, añado yo, el del alma, o a lo mejor eran ejercicios para ensayar una primera forma de laberinto… En Malta, nadie ha conseguido demostrar qué había en el centro de ese laberinto, o a quién albergaba. Cada marinero, cada arqueólogo, tiene su propia teoría. Quizá sea ésa la esencia misma del laberinto.

»Al fondo del hipogeo se han encontrado figuras de arcilla de tamaño natural que representan mujeres tan gruesas que parecen deformes. Ninguna conserva la cabeza y todas presentan pequeños agujeros en la base de lo que tuvo que ser el cuello. La teoría simple es que las estatuas de las mujeres obesas estaban dotadas de

cabezas intercambiables, hechas de materiales más frágiles, perecederos. Pero ¿por qué? ¿Para cumplir qué aspecto ritual? Y si, con toda probabilidad, esas figuras obesas representan a una única diosa madre anterior a todas las teologías, ¿cuál era su rito? ¿Qué quería de los malteses? Por lo general, los hombres y mujeres obesos no asustan; más bien nos inspiran un sentimiento protector, empezando por ese condiscípulo que todos hemos tenido o hemos sido. Por eso mismo, un malvado obeso nos resulta aún más horripilante. Por consiguiente, para explicar por qué no han sobrevivido al tiempo las testas de esos cuerpos ahora acéfalos y por tanto inexpresivos, uno podría aducir que la madera o las fibras vegetales son más precarias que la piedra… Aunque, pasados cinco mil años, también les habría sucedido lo mismo a los huesos y la carne de seres humanos, cuyo cráneo tampoco resistiría al paso del tiempo. Por consiguiente, ¿quién puede poner la mano en el fuego y afirmar que esos bustos decapitados no albergaban las cabezas de hombres y mujeres ofrecidos en sacrificio a la diosa según un rito concreto y quizá incluso aceptado como un honor, pero silenciado por el grito del tiempo? ¿Imposible? Tal vez.

»Sin embargo, esas diosas acéfalas distan mucho de ser lo más inquietante de los hipogeos. Jamás podré quitarme de la cabeza la imagen de una mujer que duerme desde tiempo inmemorial. Está tumbada en un lecho sencillo, los ojos cerrados, la falda de pliegues regulares, las manos a modo de almohada en una postura imposible para el brazo. Parece serena. Perfectamente serena. Sus formas son mórbidas, de una redondez esencial, simbólica aunque anodina, no del todo humana. Una gorda menuda que duerme a pierna suelta. Es una estatuilla de unos doce centímetros que tiene más fuerza que las pirámides por el modo en que guarda silencio. La llaman La

Durmiente. Tal vez se trate de una paciente que espera cuidados, o quizá representa a una divinidad del sueño, o a lo mejor es una diosa de la muerte. Dulce y no humana, está en un umbral al que no nos da acceso. Lo que la hace terrible no es su aspecto ni tampoco su significado, que no comprendemos, sino el puro hecho de que lleve ahí más de cinco mil años, en un limbo que ni es vida ni es muerte. No es un retrato, porque los ojos, que tiene cerrados, no se ven, pero aun así la sentimos viva, por esa serenidad eterna, por esa sonrisa que se adivina y nos interpela. Es un sedimento del tiempo, anterior y posterior a todos nosotros, o que tal vez perdura en paralelo a nuestro devenir. Es como una estrella: no sabemos si es algo o sólo la luz que proviene de ese algo. Ya existía antes de la historia. Quizá perdure después. Serena, perfecta, antinatural, oronda y, quizá, viva. Dan ganas de romperla para demostrarse a uno mismo que los vivos somos nosotros.

—Y luego está la historia —apunto yo—, la historia de los historiadores… Ha dejado de llover, ya podemos salir.

—Sí —concluye el Pilota—, luego llegaron los Caballeros de San Juan, que durante mucho tiempo pagaron el alquiler de Malta al virrey de Sicilia: un halcón peregrino al año.

Ons

—Ons es una pequeña isla gallega. A su alrededor tiene varios islotes… Onza, Onceza… Imagínese, hay quien, con grandilocuencia local, ha llegado a hablar del archipiélago de las Ons… Sin embargo, «archipiélago» es una palabra demasiado importante. En lo que a mí respecta, archipiélago sólo hay uno, el del meltemi,2 pero es una opinión personal…

La barca se desliza por inercia en el mar sereno del ocaso. El Pilota acaba de apagar el motor, ha decidido que hemos llegado. Mientras lo veo llenar un cubo de agua de mar donde meterá dos botellas de pigato, recuerdo una frase que alguien me dijo mucho tiempo atrás, a propósito de este tipo de marineros: «El verdadero marinero navega más por el fondo que por la superficie». En este atardecer el Pilota es ese marinero. Estamos a más de tres millas mar adentro, no se oye nada, no sopla el viento, no hay luna. Esperamos a que oscurezca por completo antes de lanzar el sedal y, mientras tanto, descorchamos la primera botella.

—Ons cierra el estuario de la ría de Pontevedra y al mismo tiempo lo protege de los tremendos vientos del oeste y sureste. Aparece en los textos más antiguos y Plinio el Viejo afirma que su verdadero nombre es Aunios. Generaciones de filólogos y etimologistas han discutido encarnizadamente sobre el significado de dicho nombre. Se rompieron amistades, otras nacieron, y al final parece que lograron ponerse de acuerdo en que el origen de la palabra remite a la idea de mojar, humedecer, fluir. Al tratarse de una isla, dirá usted, eso es

de cajón. Vale, pero la cuestión, en la que tanto se ha insistido, quizá apunte a que Ons está entre dos aguas, una dulce y otra salada, o quizá incluso a que las separa, como una frontera, o que protege a una de la otra y viceversa, ahuyentando así el bofetón del macareo, esa ola del océano que se cuela en la ría, y que al hacerlo vuelca barcos y ahoga marineros.

El mar se está poniendo negro como la pez. El Pilota prepara un farol pequeño e ilegal y lo cuelga por la borda que da a mar abierto. «Sí, lo sé —concede él—, pero sin esto no podemos pescar lo que queremos.» También la ciudad enciende su gran empavesado de luces, aunque ya no puede vernos. Los destellos del farol esculpen el perfil del Pilota.

—Ons lleva consigo esa idea de frontera que sigue difundiendo a través de sus muchas voces y leyendas… Dicen que de vez en cuando en la isla hace acto de presencia la Santa Compaña, una procesión de almas en pena que anuncia la llegada de la muerte. La Santa Compaña aparece, pregona su anuncio y se esfuma por el cementerio. También aquí hay una entrada y una salida… Se cuenta que cuando el mar tempestuoso se cierne sobre la isla como para engullirla, en el interior de una gruta marina llamada Buraco do Inferno resuenan aún los lamentos de las almas eternamente atormentadas por sus pecados. Aseguran que en la entrada monta guardia un toro con cuernos de oro. Y que ésta, la gruta, actúa como límite, como una frontera que, por el hecho de ser del todo infranqueable, se nos antoja un umbral que a la postre aviva las ganas de cruzar, pese al temor a lo desconocido y al dichoso toro de los cuernos de oro.

Echamos los sedales. Son de hilo sintético negro. En la oscuridad de la noche, la potera a la que hemos colocado el sebo se hunde

como un buzo minúsculo e inocente. Los sedales caerán un centenar de metros y luego habrá que continuar moviéndolos, pero mientras tanto disfrutamos del pigato y del murmullo del mar que empieza a poblarse de breves chapaleos.

—Las islas se transforman en cuanto desaparecen los turistas. Indefectiblemente. Todas sin excepción. Y por eso ocurre que los isleños vuelven a sus viejos usos, a sus rencores y, a veces, a sus amores. En Ons no dejan de echarse mal de ojo unos a otros. Para hacerlo, los habitantes han ido elaborando complicados rituales cuyo significado se nos escapa, pero que pese a todo impresionan por su belleza.

»Para echar mal de ojo basta con coger un trozo de tela que haya pertenecido a la persona en cuestión, y que preferiblemente haya estado en contacto con su piel, y metérselo a un sapo en la boca. Quizá por eso los sapos de la isla de Ons vagan sombríos, con el aire de quien está en guardia y no de quien se pregunta por la infinitud del universo, que es lo que hacen los demás sapos del mundo. Los sapos de Ons deben de haber desarrollado plena conciencia de esa manía de los isleños, aunque por supuesto no pueden entenderla, de modo que en cuanto distinguen a un ser humano ponen pies en polvorosa…

Veo cómo el Pilota sonríe con la mitad del rostro oculta por la oscuridad.

—El procedimiento para conjurar un mal de ojo es más laborioso, pero por suerte no involucra a nadie más que a la persona afectada… Hay que ir a la orilla del mar, hacer dieciocho bolas con algas, colocar nueve a nuestra derecha y nueve a nuestra izquierda, para acto seguido arrojar al mar las de la derecha mientras repetimos sin parar: «Ondas do mar sagrado / tirame o aire de

morto, / de vivo ou escomulgado». Luego se levanta uno y se lleva a casa las otras, las nueve de la izquierda, que dejará secar durante días y más tarde tirará también al mar. Le decía antes que el rito no requiere involucrar a nadie salvo al afectado por el mal de ojo, pero me equivoco. Bien pensado, al secarse, las algas despiden un tufo horroroso y en esa casa vivirán envueltos en un hedor con resabio a maldición… En definitiva, en la isla de Ons siempre hay quien interpela a algo o a alguien que está lejos, fuera de la vista, en un reino futuro o en una pesadilla pretérita. A un ente que, desesperado, habita más allá de unas fronteras que intenta cruzar por todos los medios a su alcance.

El Pilota tira del sedal. Acto seguido lo suelta, con un movimiento constante y armónico de los brazos que vislumbro en la oscuridad, entre los haces de luz del farol. Nuestra potera tiene anzuelos sin agalla, así que las potas se desenganchan con el menor vaivén y pretenden escapar. Sin embargo, para huir deben nadar en sentido inverso a la fuerza que las arrastra a la superficie, y como resultado los anzuelos se les clavan aún más. El Pilota ha cogido una y, al alzarla, el cefalópodo suelta un chorro de tinta que me pone perdido. De la cabeza a los pies.

—Beba —me aconseja tras arrojar la captura a un cubo y servirme un vaso de vino—, lo ha empapado el mar en estado puro.

Podría decirse que se trata de un tipo de pesca rudimentario, si no fuera por el ritmo que debe observar la mano que iza el sedal, por la oscuridad absoluta, y por la persona que tienes al lado.

—La isla de Ons es famosa en todos los mares por una ginesta que se obstina en crecer sólo allí y que no quiere nadar; por los delfines que a menudo la visitan; por las gaviotas patiamarillas y sobre todo por ésa a la que llaman «gaviota sombría». Es una

especie casi extinta, de la que apenas queda una pareja, o dos como máximo, aunque nadie sueña siquiera con cazar estas espléndidas aves. No, lo más preciado son sus huevos, famosos en todo el mundo por tener un exquisi to e insuperable sabor a pescado. En todos los puertos del mundo no hay un solo marinero que no sueñe con llegar al menos una vez en la vida a la isla y, con poco esfuerzo, poder probar la yema del huevo de la gaviota sombría, para cerrar los ojos y saborear bogavantes, doradas, lubinas, ostras y erizos de mar en una mezcolanza que no es amalgama sino percepción diferenciada y absoluta, e instantánea, de cada aroma. Por consiguiente, no es de extrañar que nuestra gaviota tenga el ánimo sombrío, porque ve impotente cómo se acerca el día de su extinción.

La oscuridad nos transmite el ruido de un motor que se acerca. Primero suena a proa, luego a estribor, luego a popa y luego de nuevo a proa. «Nosotros no los vemos, pero ellos sí nos ven», me dice tranquilo el Pilota, que ha notado mi inquietud. Un foco muy intenso nos ilumina un instante. Luego, de nuevo, la oscuridad absoluta. Estamos cegados en plena noche. El ruido se aproxima ahora por la popa, se atenúa hasta desaparecer y apenas queda el chapoteo de un barco más grande que se acerca con el motor apagado, por pura inercia. Un cabo se precipita dentro de nuestra barca. El Pilota lo toma y lo amarra a la pequeña bita. Al quedar abarloados, veo que su borda es mucho más alta. «¿Cómo estamos?», pregunta una voz que emerge de la silueta que intuyo enorme en la oscuridad, una voz de fumador empedernido. «Bien…», responde, calmado, el Pilota. Luego se asoma y de la noche toma en las manos una caja de metal pequeña. «Suerte…», desea el Pilota. «Y plata», responde la voz. «Y tiempo para gastarla», rep lica el Pilota, que libera la soga llovida de la nada. Y

así, en un abrir y cerrar de ojos, el gran motor vuelve a rugir y se aleja, mientras nos balanceamos en la estela de algo que no hemos visto ni somos capaces imaginar.

El Pilota se sienta, me mira, descorcha la segunda botella y sirve vino.

—La isla de Ons es famosa por su faro, uno de los más grandes de España, enteramente recubierto de azulejo, como un cuento ilustrado dedicado a los que llegan de la ría al mar. También tiene fama su pulpo preparado a la gallega, cocido, con aceite de oliva, sal marina y pimentón picante, insuperable. Precisamente era ese pulpo lo que la familia Riobó quería en exclusiva. En 1929, el marqués de Valladares vendió la isla a Manuel Riobó, que la administró como un feudo medieval, alquilando tierras y casas a los habitantes mientras se hacía con todo el pulpo que pescaban. El medievo, en pleno siglo XX. Sin embargo, los Riobó eran republicanos acérrimos, tanto que el último propietario de Ons, Didio Riobó, sufrió una persecución tan férrea durante la Guerra Civil que, aterrorizado, vencido y sin esperanza, cogió una barca de la costa, fue hasta su isla y allí, mirando al mar, se pegó un tiro en la sien. El amor por la isla supera las creencias políticas y lo oculta todo, la convierte en un absoluto inmune al peso de la historia y, como en el caso de Didio Riobó, deja entrever la frontera entre lo visible y lo invisible.

El Pilota apaga el farol y enciende las luces de navegación.

—Ahora podemos volver —me advierte.

2. Es el nombre de uno de los vientos Etesios que soplan en Grecia, en el mar Egeo. Son vientos fuertes que se dan en verano. (N. de la T.)

Orcadas

—Los mensajes de las Orcadas nos llegan como la luz de las estrellas, que observamos cuando los astros ya se han extinguido, quizá millones de años atrás. De igual modo, los mensajes de las Orcadas nos llegan a menudo sin un lenguaje capaz de descifrarlos.

Los ojos del Pilota son una rendija. Su sedal se desliza paralelo al mío a lo largo de la corriente. Lo roza con las yemas de los dedos, donde me parece que quiere concentrarse con toda el alma.

—No, con el alma no —me explica—, esas cosas son demasiado complicadas, pero sí con la sensibilidad, hay que sentir el mar mucho antes que el pez.

Mientras tanto, el alba se hace de rogar y nosotros la esperamos.

—Quizá todavía más que las Shetland, perdidas al norte, las islas Orcadas son la prehistoria que sigue hablando dentro de la historia. Pero sus palabras se han convertido en piedras. Son unas setenta, o quizá más. Diseminadas al norte de la costa escocesa. Sólo unas p ocas están habitadas. Parecen átomos de Escocia dispersos en la nada justo después de una explosión definitiva… o mejor, en el segundo previo a que la materia se asentara en tierra concreta, transitable, pisable, tangible y con nombre. Casi tierra, casi mar, casi viento. Como los humanos, los árboles tienen una desesperada necesidad de echar raíces, y allí no crecen. A menos que sean éstas las islas de las que habla san Brandano, el almirante celeste, islas en las que al alba los árboles brotaban y al ocaso volvían a esconderse, «sin quedarse la tierra por ello abierta, sino cerrada», como relata el

santo. Si se trataba de las Orcadas, a lo mejor algo dejó de funcionar en el mundo y así los árboles, quizá bosques enteros, quedaron bajo tierra por siempre jamás. Dejaron el campo al viento del océano que lo habita sin descanso. Un viento fósil, también prehistórico. Eso, el viento, el elemento voluble por definición, que sólo se presenta en movimiento, porque de lo contrario no existe, ese mismo viento halla en las Orcadas un hogar, una residencia fija. Sin árboles, las islas tampoco tienen colinas. Son tierras a veces altas, pero siempre planas, como aplanada es su luz. Dicho esto, tras visitar los castillos de Escocia esa nada obstinada se convierte en una presencia intangible de la que uno querría prescindir, sobre todo tras pasar un tiempo en la isla. Aunque cuesta prescindir de la nada, porque la nada sabe retenerte. Son islas del silencio, perceptible en cuanto se ignora la voz del viento que sólo encuentra su sonido cuando te azota el rostro. Yo llegué en un remolcador procedente de alta mar. A bordo iba una muchacha que decía tener miedo de aquel mar profundo y negro. Contesté que al menos el viento no daba miedo. Pero mentía.

El Pilota afloja el sedal. Como buen animal de presa, pienso, sabe aguardar el momento adecuado.

—En la isla, o tierra, principal, que llaman no con desinterés sino con laconismo Mainland, es decir: isla, o tierra, principal, está el Ring of Brogar, el Anillo de Brogar. Son sesenta grandes piedras dispuestas en un círculo perfecto de trescientos metros de diámetro. Alguien las puso allí no sin esfuerzo o quizá, ¿quién sabe?, con un solo gesto gallardo, mientras, al mando de miles de esclavos y artesanos, otros levantaban grandes pirámides a orillas del Nilo. Podemos contarlas, medirlas, nada más. Ni sabemos qué significan, ni lograremos que desvelen sus secretos. Son mudas como palabras

etruscas. Por eso mismo son uno de los nombres más imponentes del silencio de las Orcadas. Nos hacen saber que alguien, en las Orcadas, calla desde antes de que la historia diera comienzo. Al contemplarlas así, tan palmarias, tan pétreas, las piedras de Brogar manifiestan una persistencia tan pura, tan sin sentido y tan indescifrable que nos recuerda cuán provisional es nuestra presencia. Ese gesto de miles de años atrás, hercúleo o gallardo, que en el fondo consistió en mover de lugar unas rocas de dimensiones considerables, parece dirigido a interpelar a quien las observa con esta única pregunta: «Vale, y tú, ¿qué obras has hecho?».

»Un poco más allá del Anillo de Brogar, la llanura de las Orcadas se encrespa en una colina que en otra isla o en otra tierra pasaría desapercibida, pero que aquí se antoja tan incongruente como un fantasma. En ella, la mirada tropieza como el pie en una alfombra. Es Maes Howe, un túmulo sepulcral del 2900 a. C. También los piratas vikingos tuvieron que verlo hacia el año 1100, cuando tomaron las Orcadas por una manada de inmensas focas, porque no entendían bien el gaélico y confundieron orc, que en gaélico significa «cerdo» o «jabalí», con orkn, que en nórdico antiguo significa precisamente «foca». Al toparse con Maes Howe, como verdaderos ladrones, no dudaron un segundo en saquearlo, llevándose lo que según cuentan algunas leyendas era un tesoro espléndido y, según otras, una minucia.

El Pilota sonríe, algo tira del sedal y tienta el anzuelo.

—Aunque quizá mucho más importante que lo que los vikingos pudieron llevarse es lo que nos legaron. Palabras, inscripciones hechas, quizá, con la punta de un cuchillo… Una de ellas dice, en nórdico antiguo y con un estilo seco y tajante, algo que se traduce

como «Ingeborg es la más bella». Porque lo digo yo. Y punto pelota. Al parecer, sobre Ingeborg no hay discusión que valga. He tratado a menudo de imaginarme a ese pirata vikingo mientras grababa aquellas palabras, sin tener la menor idea de que al hacerlo estaba ingresando en la larga y bendita lista de los hombres que en el transcurso de los siglos han encontrado y nos han legado las palabras para expresar el amor y la ausencia. Seguramente, nuestro poeta no sabía que era uno de los modelos primigenios de ese género de escritura que desde siempre e ngloba a dos tipos de hombre en apariencia opuestos, pero que en realidad existen el uno para el otro: los que erigen monumentos capaces de soportar el paso de los siglos, y los que los desfiguran al grabar sobre ellos la fugaz consistencia de sus sentimientos… Pero también podría haber otra lectura. Nada nos impide imaginar que el pirata vikingo, mucho más próximo a las piedras de Brogar que nosotros, hubiera conseguido traducir al nórdico su lengua y su verdad y que también ellas, por tanto, gritaran al cielo, por toda la eternidad, loas no del todo humanas a la belleza de Ingeborg. En realidad, ¿qué otra verdad se nos ha concedido sino la de la belleza de Ingeborg? ¿Qué más cabe decir, qué es más esencial que proclamar a los cuatro vientos que Ingeborg es la más bella?

»En 1939, un submarino alemán se infiltra en Scapa Flow, una de las bahías más grandes del mundo, delimitada por las islas de Mainland, Lamb Holm, Glimps Holm, Burray y South Ronaldsay. En el corazón mismo de las Orcadas. Los torpedos submarinos apuntan al Royal Oak, un acorazado inglés con una tripulación de 833 hombres. El Royal Oak se cree a salvo, pero los torpedos alemanes alcanzan con facilidad el blanco. El acorazado se hunde y con él los 833 marineros. Hoy está declarado un cementerio de guerra. Al día

siguiente, Churchill pone a los prisioneros italianos a construir una especie de dique artificial que conecta todas las islas orientales de las Orcadas del Sur. Actualmente una carretera pasa por encima.

»A decir verdad, el torpedeo del Royal Oak salda ba una antigua cuenta pendiente. En la bahía de Scapa Flow, en las postrimerías de la Gran Guerra, 74 barcos alemanes habían sido retenidos bajo secuestro. Los capitanes discuten su destino en la mesa de negociación y, mientras tanto, los marineros tiemblan de hambre y frío. Todo se raciona. Los días pasan cada vez más lentos bajo esa luz plana de las islas, donde amanece como si estuviera a punto de caer el sol. Así ha terminado la guerra y así parece terminar la historia. El 6 de mayo de 1919 se firma el armisticio, que decreta una reducción drástica de la Armada Imperial alemana. El almirante Ludwig von Reuter, prisionero con sus 74 barcos en Scapa Flow, es un prusiano que proviene de una familia de rancio abolengo militar. No lo soporta. Quizá lo tenía ya decidido, porque a una señal suya, secreta, que pasa de barco a barco con el idioma visual de las banderas náuticas, todos hunden las embarcaciones. Poco pudieron hacer los ingleses para impedirlo. Todavía hoy, al pasar por las barreras italianas de Churchill, se ven emerger restos de la Armada Imperial alemana. También esto es un cementerio de guerra, bajo esa luz rasante que destella al ocaso. Allí están sepultados navíos de hierro de una potencia que ya no existe, vestigios de un desmesurado gesto de orgullo. Son un monumento a la derrota y a la persistencia de la precariedad.

El Pilota calla de repente, agarra el sedal y empieza a izarlo. Sus gestos son lentos y musicales. El alba tiene su propio ritmo. El ir y venir de sus manos por el sedal es armónico e implacable. Parece interpretar una partita.

—Las Orcadas son islas que parecen destinadas a llevar cosas y hombres al extremo. Como todas las islas, son zonas de frontera sin tierra a sus espaldas. En las Orcadas los elementos y la historia tienden ininterrumpidamente a disgregarse, y justo en el último momento a dejar señales mudas que perdurarán mucho más que nosotros.

Casi ha terminado de recoger el sedal. De pronto, un pez brilla en la superficie del agua y el Pilota lo iza con un gesto perfecto que parece infinito.

—Vaya —dice—, mire qué hermosa faneca. Sí, faneca.

Tortuga

—Si uno la compara con sus dos hermanas mayores, de las que está cerca, a tiro de piedra, es decir, con Cuba por un lado y Haití y la República Dominicana por otro, Tortuga es una pequeña isla del mar Caribe. Pero si la ubicamos en el océano de las historias, entonces Tortuga es inmensa, infinita.

Hace más de un año que no veía al Pilota. Ahora, cuando le pregunto por Chipre, se pone a hablarme de Tortuga. Estamos en el puerto, al final del muelle. El sol de enero se ve, pero no se siente. Ante nosotros desfila, lentísimo y vacío, un enorme petrolero, «más de 250.000 toneladas», masculla él. Cuando ves barcos como éste desfilar lentamente al final de las calles de la ciudad, siempre te preguntas por un instante si son ellos los que zarpan o si es Génova la que finalmente parte, y tú con ella. Son instantes fugaces, pero dejan su impronta en el carácter de los genoveses, lo sepan o no, lo reconozcan o no. Sí, a veces Génova zarpa, aunque no queda claro si alguien a bordo se da cuenta. Es como un su eño; luego despiertas y la ciudad todavía está ahí. O quizá acaba de volver.

—Tortuga será por siempre jamás la isla de los piratas. Cristóbal Colón la bautizó Tortuga, el jueves 6 de diciembre de 1492, porque desde el mar, a lo lejos, la montaña que forma su centro se asemeja a una tortuga marina. Y eso no puede sino emparentarla con una isla más antigua y fantástica, avistada en sus Navegaciones por san Brandano: la isla-pez o la isla-ballena, bastante peligrosa, porque si los marineros se atreven a desembarcar y encienden fuego en ella,

la isla se sacude, se mueve y puede hundirse de repente.3 También Tortuga es una isla de hundimientos y de insidias, pero por motivos, digámoslo así, del todo históricos. Y muy humanos.

El Pilota se pone en pie y me hace un gesto. Caminamos por el muelle desierto. Tenemos tiempo. Como todos los muelles, también éste es una rampa hacia lo desconocido. Estás en tierra, pero ya en mitad del mar. Cuando estás en el extremo de un muelle, o bien eres una partida petrificada, o bien eres un deseo de zarpar, porque si no zarpas con un barco lo haces con el deseo, o con los recuerdos. Todo muelle es una fábrica de fantasías. Y esta ciudad está llena de muelles proyectados hacia mar abierto. Aunque también es cierto que luego, la mayor parte de las veces, sencillamente uno vuelve atrás.

—Primero llegan los españoles y después, a principios del siglo XVII, los franceses y los ingleses. Luego otra vez los españoles, que expulsan a franceses e ingleses y fortifican la isla. Pero las disputas continúan. Ataques y contraataques. Cientos de muertos olvidados, cientos de actos de heroicidad o de vileza de los que no recordamos los motivos. Las fortificaciones van cambiando de dueño, y se amplían. En mitad de la confusión, los bucaneros, buenos delincuentes, se ponen manos a la obra. Son unos bandidos, pero se ganan el sustento en una isla y en unos mares donde las leyes son maleables y no siempre defienden lo mismo. Aún en el XVII serán importados los primeros esclavos de África. Algunos tratarán de montar plantaciones en la isla. Pero en el destino inquieto de Tortuga no entran ni los cultivos ni la agricultura. En apenas dos años, los esclavos ya no son necesarios. El resultado es que los negros quedan enseguida fuera de control, mientras españoles, ingleses y franceses continúan dándoles soberanas palizas. Hacia

mediados de siglo, los bucaneros empiezan a hacerse llamar «Hermanos de la Costa». Son sobre todo franceses e ingleses, pero a ellos se unen también pequeños grupos de holandeses.

»Un buen día, un utópico gobernador francés creyó haber dado con el medio de poner un poco de orden en el torbellino caótico de aquel pequeño orbe, porque la isla es pequeña, minúscula, de 37 kilómetros de largo y 7 de ancho, toda montaña y rocas. «Vamos a intentar lo», debió de pensar el gobernador, y, como con el huevo de Colón, decidió traer a la isla a 1657 prostitutas. No resulta fácil imaginar un cargamento así de milagroso en la isla. El entusiasmo de los Hermanos de la Costa, que no creen lo que ven sus ojos, las señoras variopintas, las reyertas que se desatan, las barcas asaltadas, los amoríos, ¿por qué no?, las persecuciones, las fugas, la convicción de algunos de estar tocando el cielo con un dedo, y la de otros —y otras— de haber llegado al infierno… El caso es que, obviamente, como cualquier deportación, como cualquier utopía, la cosa no funciona. En parte, porque las distintas potencias en liza tratan, unas contra otras, de reclutar a los bucaneros para hacerse con el control del territorio. Esto favorece a piratas y a putas, los seres que, por raro que parezca, menos se dejan comprar en todo el género humano. Y termina cuando, entre finales del XVII y principios del XVIII, las potencias europeas se ponen de acuerdo y reclutan a los bucaneros para dar caza a sus compañeros, los que quedaron libres, sin patrón. Todo acaba, sí, aunque menudo siglo para los piratas del Caribe, caray.

Miro al Pilota, que, como sucede a menudo cuando habla de una isla, sonríe para sí, abstraído, perdido en consideraciones o recuerdos que no cabe compartir. Lo miro y no puedo evitar pensar que, como todo marinero, también él debe de tener algo de sangre

pirata. Se detiene de repente, me observa y parece que me está leyendo la mente:

—Un momento… piratas, bucaneros y corsarios no son lo mismo. Ni lo han sido nunca ni lo son ahora. Incl uso aquellos que se mueven al margen de la ley obedecen a una lógica, sea la que sea, no importa.

»Los piratas son los irregulares de siempre y existen desde los tiempos de Homero. Ulises cuenta su historia a los feacios para dejar bien claro que él, que llega náufrago y desnudo a su isla, no se dedica a ese oficio tan difundido, temido y despreciado que de alguna forma pertenece al desorden natural de las cosas, como también sucedía en aquel tiempo. Los piratas son los más longevos, y existen aún hoy en el Caribe y en los mares orientales. Asaltan cargueros y yates privados. Matan y desaparecen en el mar, que pese a todo es todavía inmenso y difícil de controlar. No tienen nada de simpáticos, ni ahora ni entonces. Más vale no cruzarse con ellos…

»En cambio, los corsarios ya no existen. Digamos que son un poco como piratas condecorados. Estaban al servicio de una bandera por la que combatían, por ejemplo la de la Corona inglesa, que les otorgaba una «patente de corso» firmada por el rey, por la que el soberano los autorizaba a atacar y destruir en su nombre barcos y bienes enemigos. Es la historia de la reina Isabel I y Francis Drake. En teoría, los corsarios debían proteger los barcos aliados del país del que recibían la patente de corso, y también los de los países neutrales. Pero el mar es grande, ya se sabe, y en aquel entonces lo era mucho más, y no parece que las cosas fueran siempre así. La diferencia entre un pirata y un corsario es que, al ser capturado, el primero va derecho a la horca y el segundo, en cambio, acaba entre rejas. Por eso sigu en siendo tan famosas la ferocidad y la audacia

de los piratas que, enfrentados a todos y al mismo mar, logran hazañas imposibles. Sabían que no tenían nada que perder.

»Los bucaneros nacen como colonos de la actual Haití. Comían carne ahumada sobre el boucan, que en francés indica un artilugio hecho con palos precisamente para ahumar carnes. Empobrecidos por los saqueos españoles a la isla, se pasan al comercio ilegal y se refugian en la inaccesible Tortuga. Son amigos de los piratas, a los que venden su carne ahumada, y con frecuencia dan el salto y se van con ellos. También éstos desaparecen a principios del siglo XVIII…

Ahora estamos en los caruggi de Sottoripa.[4] Es como si las palabras del Pilota nos hubieran traído hasta este lugar. Es probable que muchos de aquellos piratas y corsarios pasaran por aquí. Hay lugares que son tal como los imagino…

—Con el tiempo, los lugares absorben a las personas y luego nos las devuelven, a veces siglos después —dice el Pilota mirando a su alrededor—. Tortuga los acoge a todos. Salvo a algún corsario. Al parecer, eran hombres rudos que no usaban agua ni jabón. Vestían con harapos, viejas casacas, e iban descalzos… Tenían una escopeta y varios cuchillos. Los robos les reportaban grandes ganancias, pero eran capaces de despilfar rarlo todo en una noche en el burdel. Les gustaban las mujeres y el juego, pero siempre como hombres solitarios. Gana quien primero avista la presa; pierde el que muere. Muere de hambre quien no consigue un botín. Un brazo vale 650 piastras; una pierna, la pata de palo de las historias, 500 piastras. Como un adiós, es justo antes de desaparecer para siempre cuando los bucaneros empezaron a llamarse Hermanos de la Costa… El islote de Tortuga, impasible, contempló su final y no conserva ningún tesoro. No queda rastro de aquellas vidas enardecidas. A veces pienso que, a diferencia de los demás hombres, aborrecían la

posibilidad de ser recordados. Naturalmente, la mayoría ni se lo planteaba… Alguien escribió que el tesoro es eso que queda cuando todo lo demás ha desaparecido… Los piratas no dejaron tesoros… Quizá el pirata es el hombre que queda cuando cualquier otro tipo de humano ha desaparecido… Tortuga lo sabe.

3. Navigatio sancti Brendani es una obra anónima del siglo X, escrita en latín, que recoge textos de siglos pasados sobre expediciones y viajes. Brandano fue un clérigo irlandés, luego santo, del siglo VI, que hizo muchos viajes por las islas entre Irlanda y Escocia. La leyenda lo convirtió en un navegante que viajaba con un grupo de monjes en busca del Paraíso Terrenal, situado en una isla maravillosa, llamada la isla de San Brandano. (N. de la T.)

4. Caruggi, en dialecto ligur, es el término con el que se denomina a los dédalos de callejones estrechos de los barrios antiguos. Ellos están en los de Sottoripa, una calle típica porticada, peatonal, del casco histórico de Génova. (N. de la T.)

Lofoten

—Austvagoy, Vestvagoy, Vaeroy, Moskenesoy, Rost, Mosken…

Como si formaran parte de una fórmula mágica para invocar a alguien, o a algo, el Pilota desgrana entre dientes los nombres de las islas. Sentado en una desvencijada silla de enea, está preparando un palangre. Pronuncia los nombres de las islas mientras fija los anzuelos a los brazales. Con cada anzuelo retoma la letanía. Sus dedos gruesos se mueven con la agilidad de los de una bordadora. Los sedales no se enredan nunca, parecen imantados a sus dedos. Entorna los ojos al sol del crepúsculo.

—¿Es para usted? —le pregunto—. ¿Piensa salir a pescar?

—No, es para un amigo, aunque si me sale como Dios manda, lo vendo. Si usted lo quiere se lo regalo. ¿Lo quiere? —Niego con un gesto y el Pilota continúa—: Lo hago porque hacerlo absorbe completamente los pensamientos, los concentra y los distrae al mismo tiempo…

—¿También las palabras que pronuncia sirven para eso?

—No, no son palabras, son nombres. Ni siquiera estoy seguro de pronunciarlos como es debido, sólo que cuando los recito tengo la impresión de que hacen aparecer lo que son… las Lofoten, las islas extremas… Son noruegas, están casi doscientas millas al norte del círculo polar ártico. Cerca del continente, pero muy lejos del mundo: simbolizan el deseo de zarpar de Noruega, el monumento abstracto de una flota vikinga. Para quedar tan al norte tampoco son tan frías, pero sospecho que el clima es un disfraz. Se disfrazan de paisajes

humanos para guardar en secreto su feroz geología. De mayo a julio allí se puede ver el sol a medianoche… Que dicho fenómeno se deba a la curvatura del planeta y que esto sea sabido por todos no lo hace menos fantástico. El caso es que nosotros, también usted y yo, creemos cada día, obstinadamente, en el milagro del alba y del ocaso. No hay nada que hacer, nuestro instinto insiste en creer que el sol sale y se pone. En esto nos parecemos al tigre y al canario. No estamos dispuestos a conceder, al menos intuitivamente, que giramos sobre nuestro eje como pegados a una peonza insensata. En el alba y en el ocaso creen los enamorados, los enfermos, las flores y las bolsas de valores de todo el mundo. Por ende, para poder admitir que alba y ocaso son un inocuo espejismo debemos dar un paso atrás, reclamar a nuestra mente lo que ya sabemos, para reflexionar, recuperar, pensar y transformar así lo que sentimos. Sólo en el norte y so bre todo en una isla rodeada por un mar negro, en las Lofoten, con el sol que luce a medianoche, percibimos sin distorsión alguna la evidencia de nuestra naturaleza de isla-roca perdida en el espacio. Eso arrastra al pensamiento a una vorágine y creo que puede alterar el carácter. No me pregunto si lo sabrían, sino si ya lo sentían así los vikingos de las Lofoten, piratas excepcionales y marineros, si lo sienten hoy los habitantes de la isla. Sería razón suficiente para diferenciarlos de nosotros.

Continúa con su complicada sucesión de anzuelos y garfios. El Pilota murmura de nuevo la letanía de las islas. El mar rompe despacio ante nosotros, puliendo sin descanso las piedras y los escollos. Me parece que ambas músicas armonizan.

—Una leyenda afirma que en el mar de las Lofoten se agita el mayor remolino, la aterradora carcajada del Maelstrom, palabra que en la versión noruega significa «corriente de Mosken» y hace

referencia a una isla-escollo, deshabitada, del archipiélago. Lo vio en sus delirios Edgar Allan Poe. A Poe me lo imagino con los ojos cerrados, mientras habla de un estruendo que aumenta poco a poco: un bramido, una furia indomable, convulsiones frenéticas, el bullir de las aguas, unos torbellinos gigantescos, un vórtice compacto y centelleante, negrísimo; un remolino que se expande con «una voz espantosa, mitad alarido, mitad rugido», capaz de engullir en sus entrañas cualquier cosa, animada o inanimada, cualquier tipo de barco, por grande que sea. Nunca podremos saber qué vio Edgar Allan Poe, qué veía cotidianamente, en el fondo de su desesperanza, ni tampoco qué quiso decir Fernando Pessoa cuando escribió: «Mi alma es un Maelstrom negro, un vasto vértigo alrededor del vacío…». Sólo podemos suponer que lo que dio origen a la leyenda del Maelstrom fue quizá el color de las aguas del mar, ese negro azabache, o quizá la unión de la nieve y las aguas que convierte a esas islas en las islas-ballena, a punto de desaparecer en el abismo… Hay otra leyenda aún más antigua que el relato de Poe sobre el Maelstrom.

»Un día, los dioses deciden que ya no comerán más alimentos crudos. Excavan una olla en las rocas del fondo del mar. Pero necesitan fuego, y para ello deben excavar todavía más profundo. Lo encuentran al fin en el corazón de la tierra. Ponen encima la olla, pero los alimentos se pegan a sus paredes. Entonces, sin pensarlo, arrancan el mástil de un barco y empiezan a remover. Poco a poco el movimiento se transmite a las aguas de alrededor, y he ahí el Maelstrom. Es lo que sucede cada vez que los dioses cocinan.

»Al principio me parecía una leyenda, cómo decirlo, más suave que el relato de Poe. Pero en realidad cuenta algo terrible. No una agresión de la naturaleza espantosa al hombre inerme, o en

cualquier caso demasiado débil para hacerle frente, sino la indiferencia glacial de la naturaleza con respecto a la vida y la muerte, con respecto a los hombres y las historias a las que se aferran como a una tabla en pleno naufragio.

El Pilota casi ha finalizado su minuciosa trampa. Ralentiza ahora sus movimientos, poco a poco, imperceptiblemente, como si no quisiera terminar nunca. Me mira como si descubriera de repente que estoy ahí y que le estoy escuchando. Le sonrío, un poco desorientado, y él vuelve a su labor.

—Dentro de la historia de los hombres, la vida de las Lofoten está vinculada a lo que alguien llamó la invención del abadejo, o mejor, del bacalao. Antes de la llegada de los vikingos, sus habitantes ya exportaban bacalao. En 1607, un viajero dijo que gracias al bacalao los isleños vivían hasta 250 años sin enfermedades… Pero el mundo no habría tenido conocimiento de semejante néctar de los dioses sin un naufragio ocurrido 175 años antes… Y hay un italiano de por medio, veneciano por más señas, mercader.

El Pilota recalca esta última palabra, como si «mercader» fuera para él un título honorífico, un apelativo heroico. Como si «mercader» valiera más que «guerrero». Como si ser mercader fuera más creíble.

—Pietro Querini pertenece a una familia conocida y poderosa de la Venecia del siglo xv. Es senador de la República y feudatario en Creta. Comercia con todo, sobre todo con vino. Malvasía. En abril de 1431 zarpa de Creta hacia Flandes con su carga de malvasía. En septiembre, el barco, una carraca bautizada con el nombre de Querina, supera el cabo de Finisterre y sufre una serie de tormentas. Se rompe el timón y queda desarbolado y a la deriva durante semanas. En diciembre, la tripulación abandona el pecio en dos

botes. El más pequeño desaparece en el océano. El mayor, en enero del año siguiente, atraca milagrosamente en Sandøya, una isla desierta del archipiélago de las Lofoten. Desde la vecina isla de Rost, los pescadores noruegos avistan los fuegos de los náufragos mediterráneos y los salvan. Pietro Querini y sus hombres permanecen en Rost varios meses, durante los cuales les impresionan dos cosas: cómo las mujeres de las Lofoten se desnudan sin problema delante de ellos para lavarse o acostarse, y cómo los isleños preparan y aprovechan el abadejo, es decir, el bacalao, como lo llama Pietro. A finales de 1432, el capitán Querini, de regreso en Venecia, hará un relato de sus peripecias e inventará para el Mediterráneo, sobre todo para Italia, el bacalao. La desecación, la elección de la materia prima, la elaboración, la preparación del abadejo se van sistematizando poco a poco como un recorrido de conocimiento y sabiduría. Hay veinte tipos de bacalao en las Lofoten. Con ellos, los ligures, los vénetos, los de Campania, los calabreses y los sicilianos harán infinitas variaciones entrelazando inconscientemente su historia mediterránea con la de los mares del Norte. Vikingos y fenicios sentados juntos a la mesa… Ese alimento, recogido casi en el fin del mundo, acaba por ganarse el corazón del Mediterráneo, como si fuera un mito, o una fantasía, o una leyenda o, como dicen los portugueses, como si fuera un «mejor amigo»… Quién sabe si también los dioses, en la olla planetaria del Maelstrom, cocinaron alguna vez bacalao, indiferentes siempre a hombres y naufragios.

El Pilota ha terminado su trabajo. Ahora se levanta y cuenta los anzuelos mirándolos desde arriba. Coge la cesta, la carga en la barca, atracada a un paso de la orilla, y vuelve a sentarse a mi lado.

—Las Lofoten son islas de una sola cosa, aunque siempre

enorme: un día eterno, un remolino inmenso, un alimento único. Parece que eso casa con su carácter de islas extremas. Es el mar del Norte, que ni concede sosiego ni perdona. Sigue siendo el del primer momento, de ese instante primigenio que siempre resulta idéntico al último.

Rodas

—Rodas es Rodas es Rodas es Rodas… — recita el Pilota como una letanía. Sonríe para ver si lo he pillado.

—Una rosa es una rosa es una rosa… —respondo.

—En efecto, el nombre de Rodas proviene de una voz griega que significa «rosa», como la flor o esa aurora de dedos rosados, que era como Homero imaginaba el alba, o como la evocaba en sus lejanos recuerdos. O quizá Rodas es Rodo, hija de Poseidón y esposa de Helios, el sol, sagrado en la isla; pero tal vez Rodo es una mujer de los Telquines, hijos del Mar y de la Tierra, pueblo de grandes magos, habilísimos en las artes del fuego y los metales… Rodas no es una de esas cosas, sino la urdimbre de todas ellas, ninguna más auténtica que otra, y todas insistentemente verdaderas. Así, en Rodas la historia parece haber elegido al mito como modelo. Desde sus albores hasta nuestros días, la isla es un entramado de diferentes historias que durante un instante se superponen sobre sus coordenadas para luego tomar otro rumbo. Si se la considera físicamente, se asemeja a la cubierta de un sumergible griego que emerge a un puñado de millas de las costas de Turquía, o a un trirreme ateniense con un espolón inmenso que apunta al galeón gigante de Asia. Eso sí, recordemos que para Rodas decir «griego» o «ateniense» es tomar una pequeña parte por el todo.

El Pilota se explaya a propósito de la isla como si hablase de una amiga mitad amada, mitad desconocida, como todas las amigas. Estamos en un bar de la plaza de Erbe del que no nos moveríamos

por nada del mundo, aunque el Pilota no estuviera esperando un pago que, de momento, no llega. Fuera hace mucho frío y el vino blanco ayuda a no pensar en eso. El mar no se ve, pero un viento gélido que no conoce obstáculos te advierte sin descanso que la costa está ahí, a la vuelta de la esquina, glacial y gris como si estuviéramos mucho más al norte.

—A Rodas vine en invierno, en los días de Navidad. Y llegué a duras penas, porque el pequeño mercante en el que era segundo oficial salió bastante maltrecho de una tormenta de seis días. También bajo cubierta gritábamos para conseguir oírnos por encima del viento y el rugido de las olas que nos embestían. Era imposible seguir hacia Estambul, nuestro destino. Tuvimos que hacer un alto en la isla para las reparaciones necesarias. Tardamos dos días de negociaciones por radio hasta que los armadores, amenazantes, dijeron que vale, que parásemos si de verdad no había otra opción. No, no la había. —El Pilota calla un momento, niega con la cabeza y se sirve más vino—. Cuando entras en el puerto de Rodas pasas entre dos altas columnas presididas por dos ciervos de bronce, con una magnífica cornamenta y el belfo en alto olfateando el aire. «¿Qué hacen dos ciervos en mitad del mar?», te preguntas, y luego te enteras de que fueron los ciervos los que liberaron la isla de las serpientes, que por eso son el símbolo de la isla, que son el recuerdo de cuando esto no era un mar, sino un continente cubierto de bosques. Pero todo este relato no basta para vencer, ni explicar, la impresión de fantástica incongruencia entre esos animales imponentes y el mundo marítimo. Aunque luego lo entiendes. Al poco, Rodas se te muestra como un pedazo de cosmos con muchas vidas, todas misteriosamente contemporáneas, como las estaciones. De hecho, cuando atracamos, el invierno y la primavera se

solapaban.

Una ráfaga de viento helado y salobre me avisa de que alguien ha entrado al bar. Un hombre se acerca, deja en nuestra mesa un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. El Pilota pone una mano encima, dice «está bien», y el hombre se va.

—Como en todos los territorios en los confines del espacio y el tiempo, la historia de las historias de Rodas está llena de batallas, asedios, heroísmo, sacrificios y masacres, conquistas y liberaciones. De negociaciones, en definitiva. Micénicos, aqueos, persas, atenienses, espartanos. Macedonios, romanos, árabes, sarracenos, venecianos, bizantinos y hasta los Caballeros de San Juan que, en su infinita retirada de Tierra Santa, antes de convertirse en los Caballeros de Malta, fueron precisamente, durante algún siglo, Caballeros de Rodas. Lueg o los turcos, los italianos, los alemanes y finalmente de nuevo los griegos. Mucha sangre e infinitas argucias para conquistar, perder y de nuevo reconquistar la isla. Con el tiempo, los actos individuales de heroísmo, la lealtad a las ideas, la fe en las religiones, los sacrificios colectivos y, por supuesto, los sentimientos olvidados de los individuos se desvanecieron junto con sus cadáveres.

»En esta sucesión de guerras, la única excepción, para bien o para mal, parecen ser los genoveses que, como buenos mercaderes, primero obtuvieron la isla en concesión de los bizantinos, que también repararon las murallas de la ciudad, y luego, al cabo de unas décadas, en 1306, la vendieron a los Caballeros de San Juan, quienes, no obstante, para no faltar a su difícil destino, tuvieron que arrebatársela por la fuerza a sus habitantes y las tropas bizantinas. Los Caballeros dividieron la ciudad, y por tanto la isla, por «lenguas», como su orden, según la procedencia de los miembros, y

así cada «lengua» tenía en la ciudad su «aposento». En Rodas, entre otras cosas, se hicieron famosos por haber combatido y vencido a los turcos, en batallas muy desiguales en las que apenas unos cientos se impusieron a miles de enemigos infieles haciendo gala de un heroísmo sin mesura.

»El genovés que vendió la isla a los Caballeros se llamaba Vignolo de' Vignoli, un capitán, quizá, aunque hay quien dice que era un mero aventurero, y tal vez tenga razón. Más allá del excepcional negocio que hizo, poco se sabe de él, pero no es desacertado pensar que, como el Simbad de Las mil y una noches, su «instinto» —así lo afirma esa fantástica enciclopedia de lo imaginario— sintió «la necesidad de viajar y ver otras cosas» y al mismo tiempo experimentó «un ardiente deseo de comerciar, lucrarse y sacar provecho». Casi puedo verlo: Vignolo de' Vignoli, aventurero y mercader, se guarda el dinero del contrato mientras, cara a cara con el Gran Maestre de los Caballeros, santo y guerrero, le mira a los ojos sin prejuicios ni malicia, como desde dos constelaciones ignotas y remotas la una de la otra, cada uno de ellos obrando con una dosis de error. Y luego Vignolo baja al puerto, incrédulo, inquieto e indeciso, debatiéndose entre la admiración y la incomodidad, dudando sobre quién de los dos ha hecho mejor negocio. Y sigue camino al barco que está a punto de zarpar. Y adiós.

El Pilota me mira como si estuviera tomándome el pelo. «Cara —me dice—, Gran Maestre; cruz, aventurero.» Se ríe y se sirve otro vaso.

—En Rodas algo inocula en los hombres la obsesión de conservar el cuerpo más allá del tiempo. Esto sería puro esteticismo, si no los hubiera transformado en maravillosos escultores. Hace más de dos mil años, en Rodas trabajaban decenas y decenas de artistas,

familias enteras, que se esforzaban por dotar de ligereza a la piedra. Suya es la idea de la Niké encontrada después en otra isla, Samotracia, y pensada para un mascarón de proa en la que, quizá por vez primera, quiso detenerse el viento en el instante en que desvela, como un deseo o un secreto, el cuerpo de las mujeres, contorneando sus figuras con la misma ropa que visten. Usted también se h abrá tropezado alguna vez con un espectáculo similar, quizá en un día de tramontana, pero los escultores de Rodas intentaron capturarlo para la eternidad. Suya es también la escultura llamada Laocoonte y sus hijos, la del sacerdote que suplicó a los troyanos que no albergaran el caballo de madera de los griegos y al que dos serpientes marinas devoraron con su prole. También ahí, detenidos para siempre, juntos, conviven el grito del mal y la belleza de los cuerpos. El ojo recorre estas figuras como prisionero de un torbellino.

»Naturalmente, la escultura más famosa de Rodas es la que desde hace siglos, casi desde el principio, no se puede ver. Se llamó el Coloso de Rodas y se incluye en el elenco de las siete maravillas del mundo, creado no se sabe por quién, y de esta maravilla se sospecha que ya apareció en Recopilación de maravillas de los países de todo el mundo, obra perdida de un importante funcionario de la Biblioteca de Alejandría de Egipto, también ésta, como sabemos, perdida.

»Del Coloso hablan las leyendas y los marineros. Hacia el año 300 a.C., Demetrio Poliorcetes, que significa «el asediador», hijo de un general de Alejandro, proyecta uno de esos infinitos asedios a la ciudad de Rodas. Rodas resiste. Demetrio se va y deja en la isla todas sus máquinas de guerra. Los rodios las venden y con el dinero que obtienen encargan al escultor Cares una obra de bronce en

honor a Helios. Parece que Cares y sus fundidores necesitaron doce años para construirla. La estatua tenía más de setenta brazos de altura, es decir, más de treinta metros, como la montaña que servía de andamio para los trabajos, que después se eliminó.

»No sabemos qué forma tenía, ni en qué punto de la isla se levantó exactamente. Algunos cuentan que la diestra de Helios sujetaba una antorcha, faro para todos los marineros. Otros, que se alzaba en la entrada del puerto y que los barcos que llegaban a Rodas tenían que pasar bajo sus inmensas piernas abiertas. Benedetto Bordone, en su Isolario, sostiene que un hombre solo no bastaba para abrazar el pulgar del pie, y dice también que en el pecho tenía un espejo en el que se reflejaban los barcos que zarpaban de Egipto, cosa en realidad imposible, pero muy bella de imaginar.

»En el 230 a.C., un terremoto sacudió la isla. El Coloso se derrumbó. Pero un oráculo impuso a los rodios que no lo tocaran, so pena de peores desgracias. Allí permaneció esa maravilla despedazada, durante ochocientos años. Luego, los árabes ocuparon la isla, cargaron los fragmentos del Coloso en sus barcos y se los llevaron a Asia Menor para vendérselos a un judío de Emesa. Se dice que aquel mercader tardó meses en reunir los novecientos camellos necesarios para transportar los trozos del Coloso hasta Siria. —El Pilota me mira otra vez—. Pero yo creo que aquella infinita y paciente caravana de camellos, uno detrás de otro, sigue en marcha en algún lugar del desierto, con su carga de bronce, ojos, dedos, nariz, orejas, mechones de pelo, rodillas, pantorrillas, para llevar hasta su meta al «piloto navegante» más famoso de todos los tiempos.

Cuba

—Cuba es una isla que no se puede rodear. Es inmensa y sin confines. Esto puede parecer inverosímil, al tratarse de una isla que, como todas las islas, es antes que nada un dibujo, o mejor aún, una miniatura del aliento profundo del mar… Pero así es. Si usted intenta no ver Cuba, sino pensarla, o hablar de ella en cualquier bar del mundo, descubrirá que la isla excede siempre sus dimensiones geográficas. Cada uno de nosotros posee una Cuba propia que con frecuencia no excluye a las demás, sino que las tolera e incluso las comprende.

El Pilota camina despacio por el sendero del acantilado. A nuestros pies, los pinos crecen casi paralelos a la superficie azul del agua. El aire es tan transparente que los pinos parecen los remos de una desmesurada galera lista para lanzarse a las olas y hacer zarpar el promontorio. Vamos de camino a ver a un viejo conocido del Pilota, a un «amigo» que, según me ha dicho, hace tiempo que no sale de casa, porque ya no puede recorrer el sendero cuesta arriba.

—Cuba es un cóctel de licores fuertes y pocos poseen el aguante necesario. Por eso circulan por ahí versiones edulcoradas, para señoritas, para putañeros, para revolucionarios, para románticos de cualquier tonelaje, para crédulos y gorrones de todos los tamaños… Al principio —eso suponiendo que las cosas tengan un comienzo fidedigno— está Hernán Cortés, que en 1519 zarpa de Cuba con destino a México o, para ser exactos, rumbo a Tenochtitlán, la capital habitada por aztecas que presentían que se les acercaba el

final. Quizá también Cortés se movía con una sensación de radical inminencia. Deja una isla por otra ciudad-isla que aún no conoce, y por una mujer, doña Marina, a quien tampoco conoce, pero que cambiará para siempre su vida y le convertirá en el príncipe de los conquistadores. Una historia de amor y traiciones.

»Es muy probable que en Cuba Cortés haya acariciado, cultivándola en secreto, una idea simple y rotunda, perfecta tanto para desaparecer y esfumarse como para cambiar la Historia. Porque Cortés desconfía de los hombres que le acompañan. Conoce la avidez, la estrechez de miras, los pueriles relatos de oro y tesoros que resuenan en las tabernas del puerto. Para lograr lo que se propone, para inventar un continente, incluso a costa de su propia vida o en todo caso de millones de muertos, se precisa algo muy distinto. Cortés ha decidido quemar las naves en cuanto su maltrecha tripulación desembarque en la costa de lo que será México. No sólo no retroceden, es que ya ni siquiera existe la posibilidad de volver atrás. Desde ese preciso instante, debe de pen sar Cortés, sus hombres serán inmensamente más recios, sus armas mil veces más letales. Tras renunciar a un pasado personal y común, tendrán la Historia por delante, y no a sus espaldas. No habrá consuelo posible. En lugar de esperanza, la acción; en lugar de piedad, eficacia.

»No sé por qué, pero siempre he sospechado que la idea se le ocurrió en la isla, que aquella idea era algo propio de Cuba, y no de México o del continente. Quizá algunas ideas se alumbran con más facilidad en unos lugares que en otros. Cuba no acepta medias tintas ni mediaciones. Incluso el sol, incluso los sentimientos… Muchos siglos después, otro guerrero, Ernesto Che Guevara, elegirá quemar sus naves por una idea, por una intuición si se prefiere, mucho más

humana, pero, ay, igual de radical. Ésta, sin embargo, es ya la historia que hemos vivido usted y yo. Cabe decir que, en Cuba, con Hernán Cortés, no sólo se inventó una solución táctica, sino un modo de vida.

El Pilota mira abajo, hacia el mar, toma un cigarrillo, va a encenderlo, pero se lo piensa. Asiente, como si no quisiera interrumpir su discurso interior.

—Es cierto eso que dicen, que la forma geográfica de la isla genera siempre la idea de un nuevo principio.

Seguimos el sendero monte arriba, casi hasta la cima, luego el Pilota me señala un tejado de pizarra medio oculto entre los pinos: «Ahora hay que bajar —comenta—, pero detengámonos aquí un rato, vamos con antelación y él detesta a los que llegan antes de tiempo». Nos apoyamos en un saliente de roca, afianzando lo s pies para no resbalar.

—En el cóctel de Cuba, también hay huracanes que aparecen cada nueva temporada para esculpir el cielo de la isla como si estuviera hecho de materia sólida. A veces, al este, el cielo está límpido, mientras que al oeste un gran escenógrafo ha pintado un decorado de nubarrones negros como la noche, que, en varias capas, para mayor perspectiva, parecen unidos por hilos incandescentes que se inflaman en una sucesión breve e interminable a la vez.

»Hace muchos años, una tarde de julio, esperé varias horas en un desvencijado aeropuerto del interior a que el piloto del pequeño avión postal que debía llevarnos a La Habana se dignara a despegar. El aeropuerto estaba en plena selva y envuelto en una nube de mosquitos. Una avioneta monoplaza ruidosísima iba de un lado a otro de la pista, casi a ras de suelo, esparciendo una cantidad

intolerable de insecticida. Parecía que aquello no iba a acabar nunca. Después, entre la nube de mosquitos y la del huracán, despegamos. En la hora de vuelo le juré a Irene, la amiga a la que había ido a ver, que al día siguiente me acercaría a la capitanía del puerto a buscar trabajo, uno cualquiera, fuera un oficio conocido o uno por aprender. Quería mudarme a La Habana. Ella se rió y el avión dio varias sacudidas. Los otros pasajeros desenvolvían caramelos.

»Los cubanos son así, como sus cielos, mitad sol cegador, mitad huracán. Creo que los huracanes, esos vientos con una forma definida, también han esculpido las almas de los isleños, y creo que así lo demuestran esos dibujos de espirales grabados en terracota muchos años antes de que los españoles llegaran a la isla. En un libro magnífico titulado El huracán. Su mitología y sus símbolos, Fernando Ortiz describió al huracán como si fuera un dios, como si supiera muchas cosas y desde siempre estuviera intentando interpelar a la isla. Ortiz abre su ensayo con una cita del Libro de Job: «Mi vida es viento». Quizá Ortiz pensaba que el Libro de Job le interpelaba a él, o tal vez incluso a todos los cubanos, y a lo mejor, aunque con menos presunción, también a todos nosotros.

El Pilota guarda silencio un instante, luego vuelve a ver Cuba.

—Está la isla de la música y de los tambores cuyo ritmo lleva una alegría siempre nueva y la antigua desesperación de los esclavos. Al son de esa música no muere nunca la sonrisa abierta al misterio de la santería, donde santos católicos flirtean con ídolos africanos en un universo sin tiempo, donde la sangre de los animales corre como el rastro de la inocencia pagana. Está la isla de Hemingway y del mito de sus salidas a pescar marlín; está incluso la casa de Hemingway, que se visita sólo desde fuera, asomándose a las numerosas ventanas de la planta baja. Desde ahí se puede ver, como por

enormes ojos de cerradura, su desesperada quincallería y su impresionante colección de enormes mocasines, y así, mientras uno se sorprende pensando que Hemingway tenía unos pies enormes, se alcanza la certeza de que todo cuanto está a la vista sólo nos dice lo que ya sabemos, que Hemingway está muerto. Está también su yate, el Pilar, creo que se llama, y la historia de El viejo y el mar, que va de un hombre que quiere alcanzar de viejo lo que no consiguió de joven, y de cómo precisamente por eso fracasa, y de cómo también los sueños tienen una edad, y necesitan músculos, carne y ese momento concreto que los vuelve accesibles…

»Y luego está La Habana, isla en la isla, ciudad de las columnas, como la llamó una vez Alejo Carpentier, y por tanto ciudad de patios, de claustros, donde siempre ha sido vital «jugar al escondite con el sol», robarle rincones de sombra, escapar de sus reverberaciones, adelantarse a sus asedios, porque de lo contrario el sol es mortal, silencioso y veloz como un ave de rapiña. Una vez, recuerdo, en la calle Obispo, me distraje por algún motivo y fue como recibir un golpe de espada. Está el hotel Capri, que hasta hace unos años todavía apestaba a mafia y a Lucky Luciano, con su diminuta piscina en la azotea, con su sabor a lujo en blanco y negro, con el bochorno y el smog del decimoséptimo piso. Están, por todas partes, las jineteras, tristes y bellísimas, que fingen ser la novia de cualquiera durante la eternidad de siete, o diez o quince días, según el precio del «todo incluido». Sus cuerpos y sus rostros revelan que ninguna revolución puede durar cincuenta años. Y también de revolución habla el cambio de nombre de una calle del centro, que antes se llamaba calle de la Amargura y ahora calle de los Hermanos, como si la voluntad o la hermandad hubiera podido alguna vez borrar los sentimientos de un hombre.

No hay movimiento en la casa con tejado de piza rra, parece deshabitada. Hago ademán de interpelar al Pilota, pero vuelve a hablar de repente, como para adelantarse.

—En La Habana está también el Granma, el barco con el que llegaron a la isla, en 1959, Castro y los suyos. Cuando lo vi estaba en una especie de enorme vitrina siempre iluminada en la noche oscura de la ciudad. Sin nadie alrededor, parecía una nave en formol, un mero recuerdo. En Cuba, además, por todas partes, está Ernesto Che Guevara. Se aplica a él lo mismo que a la isla: todo el mundo tiene su propio Che Guevara. Incluso los que ignoran que fue un hombre que eligió, precisamente al contrario de lo que afirma la extrapolación más famosa de una famosa frase suya, perder para siempre la ternura. Su historia está bien recogida en una de sus fotografías menos conocidas, junto a Fidel. El Che Guevara está irreconocible porque va maquillado, casi disfrazado. Está a punto de partir a Bolivia, donde morirá. Fidel, cuyo rostro parece la máscara del barbudo revolucionario, sonríe. El otro, el irreconocible Che, no. Sabe que no hay de qué reírse. Sólo nos queda la acción. Hasta el final, sin respiro posible.

Pregunto al Pilota si quiere acercarse a la casa de su amigo. Responde que no, que cree que hoy no está. Le pregunto quién es.

—Se llamaba Giorgio Bertone —contesta—, y conocía todos los nombres del viento.

Alcatraz

—Alcatraz es una isla logotipo. Es The Rock, La Fortaleza, la prisión despiadada por excelencia. Toda isla puede ser una cárcel, así sea por el mero hecho de estar rodeada de mar o de desierto. Y de igual modo, aunque esté construida en el centro de una ciudad, toda cárcel es una isla. Muchas islas empezaron su carrera así, y también un continente: Australia, el continente más isla de todos, que en su día fue también un centro penitenciario. Pero Alcatraz es de otra pasta, las cosas como son.

Sopla una tramontana ligera, no llega a doce nudos. El barco del Pilota se desliza hacia el alba levemente escorado a la derecha. Yo estoy a trascacho; la voz del Pilota me llega fugaz, como el humo de sus cigarrillos. Al rato, una franja de sol asoma sobre el mar todavía negro y un estrecho pasillo de luz, como el haz de un faro, se mueve hacia nosotros. El Pilota guarda silencio un momento. «Ahí está —dice—, ahí está…» A pesar del jersey y el chubasquero siento frío, y doy otro trago a la bot ella de ron. También el Pilota bebe.

—En el centro de la bahía de San Francisco, Alcatraz hace pareja con el Golden Gate. Sólo que éste, el Golden Gate, como todo puente, pero tal vez más que ningún otro, es un himno con el que la materia, labrada gracias al ingenio y la fuerza del hombre, ensalza la libertad. Es un canto de la ingeniería, que encuentra su forma de poema. Un puente, y el Golden Gate más que ningún otro, encarna la esencia misma del camino, porque, al superar obstáculos naturales, permite seguir el viaje. Por el contrario, Alcatraz, como

toda cárcel, no sólo supone el final de todo viaje, sino también su negación.

»Cuando, desde el Pacífico, la niebla, voluminosa y lenta como un barco fantasma, se infiltra en la bahía de San Francisco, parece que lo hace con la intención concreta de apoderarse de Alcatraz. Para esconderla u ocultarla, como se oculta un escándalo de la civilización. Hasta la costa llega el horror de la reclusión que encarna Alcatraz. No es una isla ni lejana ni cercana, es como si también ella estuviera recluida dentro del continente. Que en español su nombre aluda a un tipo de ave, uno de los símbolos biológicos de la libertad, sólo empeora las cosas.

El Pilota ajusta la escota de la vela. Parece que más que observar o controlar la barca, la esté escuchando.

—La llamaban La Roca porque es como una enorme piedra. Estéril y rotunda, como muchos consideran que debe ser una prisión. En otras palabras, perfecta, como muchos creen que debe ser la perfección. Allí no h abía nada de nada, ni comida ni agua, había que llevarlo todo, no sólo a los detenidos. Por eso, y no por clemencia ni por misericordia, el Gobierno de Estados Unidos decretó su cierre, porque como cárcel resultaba demasiado cara. «Es como meter a los criminales en un hotel —clamaban los biempensantes—, opción que sin duda le saldría más barata al contribuyente.» Al final, es decir, hoy, convertida en un escenario al que los turistas acuden para recordar la película que vieron, Alcatraz se nos antoja uno de los lugares mejor construidos y concebidos que uno pueda imaginar. Como es lógico, guarda cierta semejanza con un plano urbanístico, no en vano se trata de una cárcel, el único lugar que por naturaleza, desde el proyecto inicial, debe asumir una urbanística, la del sufrimiento. Hablamos de la arquitectura del castigo. Alcatraz

siempre será una cárcel, no llegará a ser jamás una simple isla, como le ha sucedido a otras que con el tiempo han recuperado su anterior estatus. Alcatraz es demasiado total, demasiado inútil. Demasiado «hecha exprofeso». Es un Auschwitz democrático. De una democracia quizá demasiado poderosa para resultar del todo democrática: de una democracia con talento para las cosas «especiales», es decir, para las cosas fuera de la norma democrática, cárceles incluidas.

El Pilota hace un lento viraje para remontar el viento hacia Génova. Miro la ciudad lejana, extendida en la costa, y pienso que también Génova tiene una cárcel-isla casi en mitad del océano de la ciudad. Que además está construida muy cerca del estadio de fútbol, otra isla al fin y al cabo, al menos durante unas horas a la semana, y también dentro de la ciudad. Se ha dado el caso de alguno que ha pasado directamente de la segunda a la primera.

—Los reclusos que acabaron su carrera en Alcatraz, en 1963, año en que se cerró la prisión, no eran precisamente unos santos: homicidios, violencia, robos y a menudo, sobre todo, fugas de otras cárceles. En Alcatraz la vida cotidiana estaba organizada para parecer eterna. Una eternidad de pesadilla, como no podía ser menos. Los detenidos vivían confinados en diminutas celdas individuales, donde el espacio debía de comprimirse aún más al hallarse, aunque sólo fuera por el aroma salobre, junto a la inconmovible inmensidad del océano. Las celdas de aislamiento eran frías y oscuras, y el personal de seguridad las adjudicaba a su antojo. La arbitrariedad parecía una regla y un principio. En Alcatraz, el trabajo, que en otros centros penitenciarios era obligado para los presos como vía de rehabilitación, era un derecho que debían ganarse respetando las reglas de la cárcel. De lo contrario, debían

pasar veintitrés horas seguidas en la celda.

El Pilota enmudece, parece concentrado en el cabo de la vela o quizá en una voz interior que le responde con argumentos en los que no estaba pensando.

—Sí —prosigue—, en los antiguos islarios aparecía con frecuencia una isla de la soledad, que era como Alcatraz y todo lo contrario. Era la isla de la soledad entendida como elección y no como condena. Era la isla de Caloiero, la «roca del monje», del santo anciano. Duran te siglos, Caloiero navega por todo el Mediterráneo de los islarios, deteniéndose aquí o allá. Es una isla que quizá existe, y en tal caso es inaccesible y también peligrosa, porque está hecha de precipicios y rodeada de escollos que vaticinan futuros naufragios. En los mapas aparece dibujada con un mecanismo de contrapeso, por medio del cual, al pronunciar la palabra adecuada, los monjes izan las embarcaciones sobre una cumbre inalcanzable donde, además de la soledad de la santidad, se guardan todas las gracias de Dios. Pero un buen día llega un sarraceno, pirata y embustero. Finge ser un náufrago, pide ayuda y lo izan hasta la cima. Allí, arrasa con todo, destruye y roba. Sin embargo, cuando escapa y trata de alejarse de Caloiero, Dios lo ve, lo fulmina y lo manda al fondo del abismo. La historia de Caloiero es la de una isla sin puerto, una isla cerrada en la que uno decide retirarse del mundo, algo que merece respeto.

»En cualquier caso, la soledad es una extraña condición, una hoja afilada, una alquimia que es preciso dominar, dado que la misma substancia te salva o te condena. Algo obvio, si no se le da demasiadas vueltas. Si la soledad se elige, cuando se elige, equivale a la santidad. Si la soledad se sufre, o no se elige, puede convertirse en un infierno. Lo que equivale a decir que tal vez la santidad y el infierno compartan frontera.

»Un democrático infierno del siglo xx, eso tuvo que ser Alcatraz. En absoluto una fantasía del horror, no. Allí todo era muy simple, muy pragmático. La tortura del hombre por el hombre es el ingrediente esencial para el embrutecimiento. Los de Alcatraz no eran sim ples reclusos, no, eran prisioneros de una guerra que habría preferido no hacer prisioneros.

»Se cuenta que el rancho no era malo, para lidiar con el problema del control de los presos en las comidas, todos reunidos en una misma sala con pocos vigilantes. Alguien pensó de forma democrática, y con cierto pragmatismo, que servir buena comida disminuiría las posibilidades de un motín… Parece que funcionó.

Ahora navegamos en paralelo a la ciudad, a no más de una milla de la costa. Génova se desgrana sombría a lo largo de sus salientes y parece no tener fin.

—Era imposible escapar de Alcatraz. Ése era el mito, el eslogan. Sin embargo, hubo catorce intentos de evasión. Y veinticuatro más, que fracasaron de un modo más o menos trágico. Uno acabó en una pequeña guerra, con intervención del ejército, los Marines y la Guardia Costera. Hubo muertos y heridos y un juicio final que propició condenas relativamente democráticas a la cámara de gas. Pero una de esas fugas tuvo éxito, la de Frank Morris y los hermanos Anglin, el día 11 de junio de 1962. Estaban condenados por delitos varios, entre los que se contaba el atraco a mano armada. Para colmo, Frank Morris era culpable de algo que en Alcatraz suponía un desafío: haberse fugado de la prisión de Atlanta. Consiguieron escapar a través de los conductos de ventilación. Su fuga no resultó espectacular, ni ostentosa. Al contrario, todo fue muy pragmático, muy anglosajón: provistos de simples cucharones de cocina, excavaron durante meses y meses. Se llevaron consigo lo necesario

para fabricar una balsa precaria y una vez en el exterior se echaron al mar braceando y nadando hacia la costa.

»Pese a la incesante búsqueda, nunca los encontraron, ni a ellos, ni tampoco, pienso ahora, sus cadáveres.

El Pilota sonríe, y se me ocurre que él mismo habría podido darse de bruces con los hermanos Anglin, quizá en el mismo San Francisco. Voy a preguntárselo, pero se me adelanta.

—Si murieron ahogados en el frío de la bahía, Alcatraz gana —añade—, pero pierde si consiguieron llegar a tierra y borrar sus huellas para siempre. Aunque tal vez Alcatraz pierda siempre, porque es imposible saber a qué está dispuesto un hombre que desea recuperar la libertad. Si Frank Morris y los hermanos Anglin estaban dispuestos a jugárselo todo, hasta la vida misma, entonces vencieron. Con independencia del resultado final.

Le recuerdo al Pilota las películas sobre Alcatraz y sobre todo aquella protagonizada por Clint Eastwood.

—Caras bonitas —comenta, sin más—. Siempre se nos brinda la versión de los reclusos, como no podía ser menos… Obviando así un contrasentido irrefutable: la certeza de que en una prisión todos están presos. Tanto los que pagan, como se suele decir, su deuda con la sociedad como los que reciben una paga de la sociedad. Todos conviven dentro de la misma cárcel. La diferencia estriba en que aquéllos no pueden salir, aunque lo deseen, y éstos tienen que entrar, sin desearlo. Como es lógico, los más rabiosos son siempre los segundos. Así ocurría en Alcatraz y así ocurre en todas partes. Y, como s iempre sucede, la isla lo lleva todo al extremo, a veces por culpa de su inútil y cruel belleza.

Haití

—Vista desde el cielo —dice el Pilota—, La Española parece un animal prehistórico fulminado sobre la superficie del mar. Mire, un animal feroz y esquelético. Las Antillas Menores son las vértebras puntiagudas de la cola curvada, que probablemente está llena de veneno. La boca es enorme, abierta de par en par para engullir la isleta de la Guanaba, adelantándose unos segundos a su otro depredador oceánico, que tiene enfrente y que es Cuba. Esta mandíbula atroz es Haití, y al fondo de su monstruosa garganta está la capital, Puerto Príncipe. En esta figura agresiva, violenta, incluso caníbal de isla que devora a otra isla, se ve el rastro perdurable de millones de años de geología que profetizan y anuncian, como en una instantánea, la Historia.

Un tanto reservado, El Pilota habla mientras recorre con el dedo la forma de las islas sobre el viejo planisferio que está colgado junto a la ventana. Estamos bebiendo, sin prisa. Con los vasos en la mano. No se puede salir, tampoco podemos movernos. Fuera, la mar tam poco sabe si moverse o quedarse quieta.

—Macaia —dice el Pilota.

—Macaia —respondo. Las palabras mágicas sólo se pronuncian. No hace falta nada más, no admiten adjetivos ni explicaciones. Macaia.

—En lengua arahuaca, Haití quiere decir «tierra montañosa», y es a un tiempo la isla de lo mínimo y la isla del exceso. Es la isla de la carestía excesiva, el país más pobre de las Américas, y

probablemente el más violento. En algún momento, alguien, en algún lugar, con climas seguramente más inocuos, se entretuvo en clasificar los países del mundo según el muy discutible criterio del «desarrollo». El resultado fue un total de 177 países y, como era previsible, ningún consenso sobre el significado de la noción de desarrollo. En dicha clasificación Haití ocupaba el puesto 153. Eso no suscitó ni asombro ni discusiones. Estaba claro. Sabíamos que Haití, capaz de convertirse en un símbolo universal, en uno de los lugares más célebres del mundo, no había logrado ser siquiera una isla. Es apenas la mitad de una isla.

El Pilota vuelve a sentarse, se sirve otro vaso y mira el mar como si tuviera que zarpar al día siguiente.

—El 5 de diciembre de 1492, al mando de la carabela transoceánica Santa María, Cristóbal Colón, sin tener ni idea, como es sabido, de lo que se traía entre manos, pero aun así haciéndolo admirablemente, desembarca en la punta noroeste de una isla inexplorada. Colón es marinero, es genovés, y en una coyuntura semejante no deja de pensar en las carteras de los armadores. Sin pensárselo dos veces, bautiza la isla desconocida con el nombre de La Española y la reclama para la Corona de España. Para resumir, y resumir mucho, el goteo de la Historia, podría decirse que a partir de aquella decisión de Colón en La Española se empieza a masacrar a los indígenas y a importar esclavos de África para buscar oro, que en las Américas, como en todo el mundo, es el único metal que ha matado a más hombres que el plomo. Después aparecen México y Perú, con sus tesoros. La Española queda en segundo plano, abandonada a los feroces saqueos de los piratas.

»En 1606, la Corona toma una decisión sobre La Española. Ordena a todos los isleños que se trasladen a los alrededores de la

capital, la ciudad de Santo Domingo, en la costa sureste. Allí concentrados, dicen en la madre patria, los habitantes podrán recibir una mejor defensa de los continuos ataques, de las agresiones y robos. El resultado, que a mi parecer confirma una vez más la esencia novelesca de la Historia que llamamos verdadera, es casi lo contrario de lo que se esperaba. Porque lejos de perder interés por la isla, los piratas ingleses, holandeses y franceses colonizan la parte deshabitada, donde permanecerán casi cien años. Al final, agotada, España cede oficialmente a Francia la parte occidental de la isla. De un error de valoración y de un mal negocio nace lo que hoy conocemos como Haití y República Dominicana. Dos países que comparten distintas interpretaciones de un mismo infierno.

El Pilota mira la isla sobre el planisferio como si pudiera leer ahí las razones de lo que me cuenta. Vuelve a tomar la palabra:

—La gente de Haití proviene del cruce de europeos con hombres y mujeres de color, con mestizos generados por la mezcla indescifrable de generaciones y de una gran cantidad de esclavos africanos. Esa estirpe da lugar a una increíble e insistente sucesión de rebeliones, masacres y dictaduras. La cara oscura de una historia fantástica. De la dominación francesa a la independencia, y de ahí hasta nuestros días, hasta el mismo día de hoy, siempre ha habido miseria. Tanto es así que al parecer los impuestos de las llamadas al extranjero siguen siendo uno de los mayores ingresos del Estado. Una especie de tasa sobre el deseo de huir, o sobre la alegría de haberlo conseguido.

»René Préval, presidente de 1996 a 2000, fue el segundo en ser elegido de manera democrática y el primero que consiguió acabar su mandato y dejarlo por propia voluntad. Sus predecesores habían acabado de maneras muy originales; asesinados o derrocados, tras

haber sido designados a dedo por potencias extranjeras. Uno de los más famosos fue Henri Christophe, un negro que había arribado como esclavo y que, pese a todo, no consiguió controlar ni la mitad de la isla, es decir la parte de Haití, sino sólo una región norteña, de la cual con toda solemnidad se proclamó rey. Su fervor le impidió ver la realidad y acabó alimentando obsesivos sueños de emperador. Mandó construir ocho palacios reales, entre ellos la Ciudadela de Laferrière, la fortaleza más grande de la época. Nombró a cuatro príncipes, entre los cuales, claro, estaba su hijo; a siete duques, a v eintidós condes, a cuarenta barones y a catorce caballeros, con los que imaginó un reino efímero, dando pie a una categoría inmortal de la diplomacia, la de «nobleza haitiana», es decir, nobleza de feria, de mentira, de cartón piedra. No obstante, aquello de lo que tenía que defenderse era mayor y más intangible que cualquier fortaleza o bala de cañón: era la nada, el fin o, más sencillamente, la inconsistencia esencial que se abatía sobre él, a pesar de sus feroces intentos por mantenerse a flote. En 1820, medio paralizado, acosado por generales traidores e imponentes pesadillas, pide que lo laven, que lo vistan con uniforme militar y que lo sienten en su butaca favorita. Da las gracias, despide al personal y pone fin a su vida con una bala de plata.

»Desde siempre, en Haití, las atrocidades contra los esclavos habían sido horripilantes. Sin embargo, desde lo más profundo de su aniquilación, ellos también habían sabido inspirar terror en los colonos blancos que los masacraban. En particular, el siglo XVIII estuvo dominado por el miedo al veneno. Alejo Carpentier, que de su América sabía muchas cosas, lo describe como un siglo en el que los blancos tienen miedo de respirar, de tocar y de que los toquen, tienen miedo de las hojas y las flores, de lo que comen y beben.

Presa del miedo, se vuelven más y más feroces, en un entorno en el que se disipa cualquier noción de culpa o de responsabilidad real y se vive un terror de leyenda. Los envenenadores eran torturados y quemados, igual que los adeptos a la pesadilla más profunda que la desesperación de Haití ha producido: la secta llamada «vudú».

»El vudú es la maldición con la que Haití se venga del mundo. Son las posesiones, los venenos, los filtros, los muertos vivientes, los ritos de esos tambores que suenan de forma obsesiva durante la noche. Las creencias del vudú nacen en África, y desde allí nos traen el aura de lo incognoscible y lo salvaje, pero en la isla se mezclan con las prácticas católicas y así adquieren ese horror añadido que produce la deformación de aquello que uno cree conocer. Todos los pobres de Haití le piden algo al vudú. Es su religión. Aunque la realidad del vudú es un relato mucho menos espantoso que las pesadillas que ese mismo vudú suscita en aquellos que vienen combatiendo sus manifestaciones. Queda la duda de si es el vudú el que nos brinda al zombi, al muerto viviente, al cadáver sacado de la tumba por un mago con artes ignotas. A los zombis hay que matarlos una segunda vez: estrangulándolos, inyectándoles un potente veneno o disparándoles una bala en la sien. Quién sabe si el emperador negro Henri Christophe pensaba en eso mientras cargaba su bala de plata… El viejo Código Penal de Haití incluye un artículo, el 246, que en su intento por castigar —por racionalizar— el horror, es más inquietante que cualquier historia fantástica. Por eso me lo sé de memoria. Porque hay algo en él que sugiere, sin llegar a verbalizarla del todo, una síntesis de lo que le vengo explicando: «Será asimismo calificado como atentado contra la vida de una persona por envenenamiento el empleo de sustancias que, sin causarle la muerte, produzcan en ésta un efecto letárgico más o

menos prolongado, cualquiera que sea la forma en que s e utilicen tales sustancias y sean cuales sean sus consecuencias. Si, como resultado de ese estado letárgico, la persona ha sido enterrada, el atentado se calificará de homicidio».

Lo que se castiga, como siempre, se castiga porque ocurre...

El Pilota me mira y sonríe ante mi estupor.

—El 12 de enero de 2010, es decir, ayer mismo, a trece kilómetros de profundidad, en un punto cercano a Puerto Príncipe, un fortísimo terremoto sacudió Haití y lo destruyó todo. Hubo cientos de miles de víctimas y daños que a la postre nadie se ha preocupado en calcular. Es Haití… ¿Se acuerda usted de cuándo lo olvidamos? A riesgo de parecerle un sentimental, creo que Haití, con su maldición, nos enseña algo importante. Los zombis no existen, pero debemos tomárnoslos al pie de la letra. Son la viva imagen del hombre sometido, en cualquier época y de cualquier guisa, a la esclavitud. Y como es natural, persiguen a todo aquel que, en cualquier época y de cualquier guisa, permite que exista la esclavitud.

Isla de Pascua

—El 5 de abril de 1722, en una mañana de viento y lluvia, según se cuenta, el explorador holandés Jacob Roggeveen avista una isla a 27 grados de latitud sur. En aquella época, Roggeveen tiene 63 años y es un experto navegante, capaz de sacar provecho de sus descubrimientos y que aún no se ha cansado de cruzar la nada del Pacífico en busca de nuevas islas. Ha salido de Chile iecisiete días antes para navegar en mitad del espantoso mutismo del océano. Entonces Roggeveen no lo sabía con la misma precisión que tenemos hoy, pero cuando la avista se encuentra a 3700 millas al oeste de la costa más cercana de Chile, y a 2100 millas al este de las islas polinesias de Pitcairn. Acaba de descubrir para Occidente la isla más remota, la que en más de un sentido sigue siendo la isla de la lejanía, destinada a tantear hasta qué punto los hombres pueden perderse sin saberlo, sin darse cuenta, casi con inocencia. El 5 de abril de 1722 es el día de Pascua. Roggeveen la bautiza como Isla de Pascua.

Estamos en el puerto, bajo cubierta, en un remolcador. Fuera todo es ligero: la lluvia suave, las breves ráfagas de mistral, incluso las nubes, que transparentan de vez en cuando para depararnos lejanos jirones de intenso azul. El Pilota habla mientras trajina en el cuadro de mandos. A ratos baja a la sala de máquinas, calla, sale, vuelve a entrar… Parece obedecer un recorrido preciso que conoce de memoria. Lo miro. Cuando me las pide, le paso las herramientas.

—Apuesto a que se está preguntando por qué no dejo estas

labores al equipo de mantenimiento… pregunta lícita, pero mire, hay que conocer bien la embarcación, tiene uno que haberla tocado entera, a ser posible… sólo así se puede estar tranquilo cuando ahí fuera el mar es un infierno… Y además, sólo así se consigue entender los infinitos matices de su voz, su cansancio, sus tensiones, sus llamadas de auxilio…

Fuera, el aguacero azota la cubierta con breves ráfagas de lluvia. El Pilota se detiene un momento. Tiene las manos manchadas de grasa. Coge un vaso de ron, también manchado de grasa.

—El cuento más fantástico de la Isla de Pascua también nos revela su historia de la forma más fehaciente. Es la crónica, minuto a minuto, del principio del fin de su civilización. Nada más. Se ha narrado en mil ocasiones, pero aún más numerosas son las ocasiones en que ha sido olvidada. Por lo general, la verdad no suele gustar, pero cuando, por su naturaleza, resulta admonitoria, entonces la verdad se rehúye o se aniquila… Porque, como nos advierte Pinocho, después de propin arle al grillo parlante un buen martillazo se está mejor, ¿no?

Le relleno el vaso.

—Todo nace del misterio que representan los cientos de enormes estatuas, de cuatro a seis metros de altura, presentes en la isla. Los moáis. Son torsos masculinos con largas orejas. Rostros impasibles, enormes, mudos. Roggeveen se los encontró casi todos derrumbados, en mitad de una isla que de lejos se le antojó un desierto. En efecto, la isla estaba casi desierta, cubierta por una maleza que no podía llamarse vegetación, con unos pocos habitantes escuálidos, gente embrutecida, incapaz de construir una canoa en la que no se colara el agua del Pacífico. Aquella gente no parecía tener ni la cultura ni la tecnología necesarias para construir y

levantar aquellos misteriosos moáis.

»Si eso era así, entonces ¿quién los había concebido y esculpido en la roca? ¿Con qué tecnología los habían transportado durante kilómetros para erigirlos luego a lo largo de toda la costa? ¿Y por qué? ¿Qué significado pueden tener esas gigantescas esculturas elevadas sobre pedestales de piedra que, sin excepción, miran al interior, de espaldas al mar? Como usted se imaginará, ese gran misterio desató a lo largo de los siglos las fantasías más banales. Fueron los egipcios, aseguraban algunos; no, rebatían otros más realistas, por decirlo de algún modo, fueron los incas, porque estaban más cerca… Y como no podía ser menos, la indefectible solución a todo enigma arqueológico, que nos advierte que los grandes escultores fueron unos alienígenas, e xtraterrestres de avanzada tecnología cuya astronave también se quedó varada en la isla antes de ser rescatados desde el espacio… Y así, para matar el aburrimiento, esculpieron los moáis.

El Pilota calla de pronto, concentrado en resolver algo en el cuadro de mandos. Luego sostiene el destornillador en la mano y retoma el relato.

—Naturalmente, la historia es otra, y no menos inquietante, por cierto. La relata en un libro Jared Diamond, que habla más idiomas que nadie que yo haya conocido. Me la contó él mismo en un bar de Los Ángeles, en su portugués especiado de gran viajero.

»Según una tradición oral que ha llegado hasta nosotros, allá por el 900 d.C., formidables marineros polinesios procedentes de Mangareva, quizá de Pitcairn o de Henderson, al sur de las islas Marquesas, arriban a la isla en el séquito de Hotu Matu’a, el Gran Padre, que ha navegado en una canoa con su esposa, seis hijos y toda la familia. No se han equivocado de ruta, no se trata de una

tormenta que ha dispersado las canoas de Hotu Matu'a por la inmensidad del Pacífico. No, es una migración en toda regla. Los insuperables navegantes polinesios sabían leer en el mar gran cantidad de señales que nosotros con nuestros aparatos no podemos ni imaginar. La isla, que vista desde el cielo es un triángulo con tres volcanes en los vértices, y que ahora parece un stealth —el bombardero ultramoderno invisible al radar— varado en la superficie del mar, es rica en vegetación. Cuando llegan Hotu Matu'a y los suyos está poblada de pájaros marinos y terrestres. Por su parte los p olinesios desembarcan con las gallinas que llevaban como provisiones para la travesía. Quizá incluso con ratas polizontes, que rápidamente bajan a tierra desde las canoas y se multiplican.

»En la isla, entre la espesa vegetación, hay un gigante cuya existencia precede, y en cierto sentido da origen a los demás colosos de piedra. Es un tipo de palmera, la mayor del mundo, que alcanza los veinte metros de altura y que en la isla llegó a tener un tronco de más de dos metros de diámetro. Tal vez, después de tanto navegar, los polinesios creyeron que habían llegado a un jardín que no era de este mundo. Porque, después de tanto navegar, ¿se imagina usted la embriaguez que debió transmitirles el rumor del viento a la generosa sombra de aquellas palmeras gigantes? La isla debió de parecerles una meta alcanzada… El caso es que Hotu Matu'a y los suyos desembarcan, prosperan y viven cada día a la sombra de las palmeras gigantes que los protegen incluso de los vientos huracanados del océano y de las lluvias, incesantes en esa latitud.

»Jared sospecha que en los 71 kilómetros cuadrados de la isla, en el momento de mayor esplendor, pudieron llegar a convivir más de quince mil personas. Éstas se dividieron enseguida en once o doce clanes, cada uno con un territorio propio, más ancho por la costa,

quizá debido a la navegación y la pesca, y estrecho por el interior. Como una tarta, dividida en doce buenas porciones. Los clanes estaban gobernados por once o doce castas sacerdotales y por once o doce élites.

»En un momento dado empiezan a construir esas grandes estatuas que representan a sus antepasados. Las colocan sobre grandes peanas, detrás de las cuales creman a los muertos. Con el paso del tiempo, los jefes y sacerdotes rivalizan entre ellos y quizá incluso discuten abiertamente. Todos quieren tener la estatua más alta, el moái más imponente. Inventan entonces el pukao, una especie de cilindro rojo colocado en épocas posteriores sobre la cabeza de las estatuas para que parezcan aún más altas. Y así hasta el infinito, si es que el mundo puede soportar el infinito. Una de las últimas estatuas que se erigen es Paro, de diez metros de alto y 75 toneladas. Hay otra, sin terminar, de veintiún metros y 270 toneladas. Jamás podrían haberla levantado… La insensata competición por el prestigio de jefes y sacerdotes necesita madera para los mecanismos, porque ya cuentan con herramientas, sogas y hombres fornidos. Hubo que deforestar para extender la agricultura, para fabricar artefactos cada vez más grandes y potentes. Hasta que un día, alguien, en la isla, seguramente sin ser consciente de lo que hacía, derribó el último árbol, la última enorme palmera.

»El terreno se vuelve árido, los pájaros se extinguen, no queda madera para fabricar canoas de alta mar con las que se pueda pescar y, quizá, pensar en huir. El viento y las lluvias arrecian violentos y destructores sobre todas las cosas. Sólo queda la sombra exigua de las enormes estatuas mudas. No basta. Cuanto más empeora todo, más seguros están de que es necesario construir moáis aún más altos para obtener la ayuda de los dioses y el favor

de los antepasados. Hacia mediados de l 1600 los recursos se agotan definitivamente. Los isleños, que están demasiado lejos del resto del mundo como para poder mudarse a otro sitio y que de todas formas no tienen los medios para hacerlo, sucumben al canibalismo. Parece que uno de los insultos más graves era: «Se me ha quedado entre los dientes un trozo de carne de tu madre». Los isleños, que pese a todo quizá querían, aunque no podían, seguir construyendo moáis, se dedican a derribar los que están erguidos. Fin de la historia… Sí, claro, después está la consabida llegada de la civilización, con sus deportaciones, sus epidemias, la esclavitud, lo de siempre… A finales del XIX en la isla sólo quedan 111 individuos. Individuos, no personas.

El Pilota descansa por fin de su trajín, me mira y me comunica con una mueca que el cacharro ya funciona como es debido.

—Los grandes moáis miraban al interior de la isla. Algunos estaban dotados también de ojos, ojos de coral blanco, con pupilas de escoria roja. Los sacerdotes custodiaban esos ojos, que colocaban en los rostros de los moáis en algunos ritos y ceremonias. Sacerdotes ciegos que custodian los ojos de ídolos ciegos que dan la espalda al mar y al mundo. Una inútil rebelión final de los guerreros. Todo implosiona y cae: ídolos, sacerdotes y guerreros. La historia de la Isla de Pascua perdida en el océano ¿no le recuerda un poco a la de un pequeño planeta perdido en el espacio, también éste poblado por ídolos y sacerdotes y, sobre todo, por habitantes cuya tecnología es insuficiente para huir a otro lugar?

Lesbos

—Vista por los dioses, Lesbos parece un intrincado pendiente forjado por un orfebre no humano. O un arma antigua de la que se ha perdido la memoria, hasta el punto de haber olvidado cómo se usaba. Un titán podría empuñarla pasando los dedos corazón y anular a través de su profunda ensenada central, el golfo de Kalloni, donde encalló la patera que debía llevarme a Atenas.

El Pilota y yo estamos sentados en un pequeño jardín en el centro de la ciudad. Las calles contiguas son empinadas y edificios de todos los estilos se amontonan los unos sobre los otros como olas contra los escollos. Parecen paralizados por un hechizo, a punto de derrumbarse. Uno se siente cautivo, inquieto. Sólo el funicular sigue funcionando como si nada, arriba y abajo, llevando a hombres, mujeres y niños que se mueven como peces veloces en esta atmósfera cargada de humedad. El Pilota bebe un pigato, mucho más rico, según me confiesa, que cualquier caldo griego.

»Lesbos es una de las mayores islas griegas. Tam bién una de las más lejanas. Si uno se para a pensar en Lesbos, advertirá, de forma muy concreta, que lo mejor de Occidente y Oriente se encuentra en su frontera, que no es ni una barrera ni una línea definida, sino más bien un territorio por el que deambulan los hombres, como en cualquier otra parte del mundo. Vale, quizá aquí con un poco más de sentido del ritmo que en otros lugares. Lo cierto es que cuando hablamos de Lesbos el mito desaparece. Es verdad que los relatos aluden a un tal Lesbos, que por orden de un oráculo se exilió en la

isla y le prestó su nombre. Ese tal Lesbos era lápita, descendiente de Lápites, cuya estirpe se desvanece por completo en el mito. Los lápitas eran argonautas y sobre todo cazadores de centauros. Con el tiempo, aunque no sé reconstruir los hechos con exactitud, suponiendo además que todo esto haya tenido lugar en el tiempo, Filomelides llegó a ser rey de Lesbos, y Filomelides tenía la poco hospitalaria costumbre de obligar a batirse en duelo a todo el que desembarcara en la isla. El que perdía era hombre muerto. En esto Filomelides encarna un matiz del alma de todos los isleños, siempre hostiles a lo que viene de fuera. En una isla el sentimiento grupal, el «nosotros», provoca arrebatos.

»Pero un buen día, de camino a Troya con sus navíos, Ulises desembarca en Lesbos. Y el que muere es Filomelides. Homero lo recuerda sólo por eso. No como un asesino, sino como un mero ajusticiado. El colmo, para alguien que quería decidir el destino de todo el que llegara a su reino. Hay quien afirma que el destino de Filomelides era el de no alcanzar a entender que no se lo gra poseer aquello que dura más que uno mismo. —El Pilota se echa a reír y luego susurra como en una letanía—: Un reino, una ciudad, un nombre, un islote, una casa, una piedra, una arandela de hierro, un trozo de plástico, un cuadro, un clavo…

Nos levantamos para buscar un bar a cubierto. Después de una caminata contra el viento, encontramos uno en lo más alto de la ciudad. Sólo con saltar la barandilla, se caería uno al vacío. Al fondo, el lebeche ruge contra el espigón.

—El monte más alto de Lesbos se llama Olimpo. Aunque no es el famoso Olimpo. No, ése está en Tesalia. Además, la cosa no está del todo clara, porque, para ser sinceros, en Grecia abundan los montes que se llaman Olimpo. Quizá es una profunda e inmemorial sabiduría

geográfica la que ha decidido que sea así. Quizá han sido los dioses que, desde siempre, incluso cuando están en casa, prefieren ocultarse o al menos disimular. ¿Por qué la residencia de los dioses no podría estar en Lesbos? ¿O en Creta? ¿O en Tesalia? ¿Por qué no podrían habitar cualquier islote? Hay miles de islas en el archipiélago. Quizá esa indecisión nos indique algo que no llegamos a comprender desde hace milenios. Nos dice que no importa dónde esté situada la morada de los dioses, porque lo importante es que habitan el mundo entero.

Una mujer menuda, no muy joven pero sí atractiva, entra en el bar y va directa a la barra. La oímos pedir un ron. Se lo bebe de un trago y luego se queda inmóvil, como si escuchara algo. El Pilota ha interrumpido su charla y la mira con una sonrisa. Ella se vuelve, se acerca a nuestra mesa y se sienta.

—Soy tu viejo… —dice el Pilota.

—Ya, ya sé quién eres —lo interrumpe ella—, y no eres mi viejo… eres mi antiguo… ¿Has vuelto?

—No, estoy de paso.

—Ya veo.

La mujer se levanta, mete las manos en los bolsillos y sale del bar. Me doy cuenta de que no existo, pero luego me consuelo y me digo que así es, que jamás he formado parte de sus vidas. El Pilota me mira con todo el afecto que la distancia le permite.

—Si no de los dioses, Lesbos ha sido la patria al menos de dos categorías de seres extraordinarios. A la primera pertenecen elefantes, mastodontes, jirafas, rinocerontes, hipopótamos, ciervos, tortugas, limacos, peces y una especie nunca vista de caballo prehistórico, tan gigantesco que sólo podía ser cabalgado por un dios o un héroe. Llevan allí desde hace cinco millones de años. Si

esas bestias volvieran a la vida, Lesbos sería el lugar más inverosímil del Mediterráneo.

La segunda categoría de seres extraordinarios, en cambio, está compuesta por poetas. Pítaco, Terpandro, Safo, Alceo y Teofrasto nacieron allí. El Pilota parece buscar esos «seres extraordinarios» en su interior.

—De Safo no sabemos nada. O casi nada. Sabemos que nació en Ereso, igual que Teofrasto, alrededor del 650 a.C. Se casó de niña con Cercila, un hombre muy rico, que le dio una hija, Cleis. Safo tenía tres hermanos. Uno era copero; del segundo, mercader, nos ha llegado q ue se enamoró de una prostituta en un puerto del archipiélago; del tercero ha desaparecido hasta el nombre. Sabemos que Safo vivió en una época de feroces luchas políticas, que su familia se exilió y se refugió en Siracusa, y que para ello se jugaron la vida en el viaje. Sabemos que volvió a Lesbos y fundó un tiaso, una especie de club consagrado a Afrodita y a las Musas, donde las muchachas de la isla, aunque no sólo las de la isla, aprendían a danzar, a tocar la lira, a participar en las ceremonias religiosas y, quizá, en los concursos de belleza. Quizá en aquel tiaso se enardecieron los amores a los que Safo presta su nombre. Las imágenes antiguas la representan inclinada sobre la lira o leyendo. De ella nos han quedado algunos datos que debemos a los filólogos mediterráneos de Alejandría. Un caso éste como cualquier otro, o quizá, quizá, una pura necesidad, porque, como usted sabe perfectamente, el amor no escribe oraciones, sólo balbucea: «Ya se han puesto las Pléyades y la luna. Mediada es la noche, pasa la hora, y yo duermo sola»; «¿A qué, novio querido, podría con acierto compararte? A un delicado tallo trepador te comparo ante todo»; «Eros ha arrasado mi corazón como el viento que azota las

encinas…». Son versos que recuerdo porque tienen la pujanza de las cosas nombradas por primera vez. Sin Lesbos, sin Safo, el amor habría existido igualmente, qué duda cabe, pero en un tono menor.

El Pilota hace un gesto de incomodidad, aparta la vista y cambia de tema como si se envolviera en un manto.

—También en Ereso nació Tirtamo. Casi trescien tos años después de Safo. Fue Aristóteles el que lo apodó Teofrasto, que significa «el que habla divinamente». Sus lecciones eran seguidas por miles de personas. Escribió 299 tratados, de botánica, zoología, mineralogía. Pero su obra más famosa es Caracteres, que muchos hombres después de él han intentado definir e imitar. En ella estudia treinta tipos humanos, que evidentemente ya existían más de trescientos años a.C. En ese libro salimos todos: lameculos, patanes, babosos, necios, mitómanos, mojigatos, recelosos, mezquinos y soberbios. Es como si, desde Lesbos o desde Atenas, Teofrasto nos hubiera espiado y nos describiera hoy, dando a su texto un aire antiguo aquí y allá para fingirse un clásico griego y que nadie lo denuncie.

Nos levantamos, pagamos y bajamos la calle, o más bien nos precipitamos, para ser exactos, camino del puerto. Al borde de un embarcadero aminoramos la marcha y el Pilota retoma el hilo:

—Y luego, hacia el siglo xv, llegasteis vosotros, los genoveses, a los que la isla os fue concedida únicamente por motivos económicos, digamos mercantiles. Era una época muy parecida a ésta, en la que turcos y cristianos se destrozaban entre sí con furia, por motivos más bien similares. Vosotros teníais muy claro que vuestras razones eran económicas. Y eso, a toro pasado, os salva. Pese a todo, los relatos cuentan que en una jornada decisiva, Onetta D'Oria, la esposa del gobernador, vistió la armadura de su marido, quizá muerto o herido, no recuerdo, para enfrentarse al enemigo, guiando

a los guerreros en el asalto. Una valiente. No creo que Onetta s upiera gran cosa ni de Safo ni de sus versos y amoríos. Sin embargo, siempre me ha impresionado que, precisamente en la isla de Lesbos, una mujer inexperta se travistiera para defender la libertad de la isla. ¿Qué se le pasó por la cabeza a Onetta, dentro de aquella armadura? ¿Cómo se sentía? ¿Qué pensamientos tuvo más tarde, al recordar la batalla? Onetta podía no saber gran cosa sobre el mundo, pero era dueña de sus sentidos.

—Vale, pero ¿por qué dice «vosotros los genoveses» —le pregunto al Pilota—. ¿Acaso no es usted también genovés?

—En efecto, lo soy.

La Atlántida

—La Atlántida es más que una isla. Es un espejismo que siempre vuelve, a llamaradas, a ráfagas, a oleadas, a la historia de Occidente; un sentimiento del que formamos parte, aunque no sepamos definirlo del todo.

Estamos en la Spianata, sobre la ciudad curvada que, con tortuosidad de pizarra, superpone un tejado sobre otro. Sopla el siroco, y es como si los callejones, las cuestas y los funiculares quisieran domesticar ese desorden oriental lleno de laberintos. La ciudad parece al acecho. Inmóvil. El Pilota la observa desde lo alto, como sobre la proa de uno de los muchos barcos que ha conducido hasta el puerto. Como si una ciudad-puerto pudiera a su vez surcar… Es verdad, muchos de quienes pisaron esos callejones y vivieron en esas casas zarparon hace tiempo para no regresar jamás. Destino de marinero.

—Pero la Atlántida no ha existido nunca, no es una isla real —le digo al Pilota—, es un mito…

—Entonces, según usted ¿los mitos no existen? La Atlántida es más que una isla, se lo aseguro, y aquí no le hablo de la realidad, sino de la verdad. Pese a todo hay algo que la hace verdadera, y es que siempre vuelve a nuestra imaginación. Es más, le diré que es la única isla en la que hemos estado todos, de un modo u otro, al menos durante un instante. Cuando aparecieron las Américas, se habló de nuevo de esa isla-continente que durante siglos los hombres habían buscado en todas las coordenadas posibles, y que

alguno sigue buscando. Aunque es sabido que la Atlántida emerge de la cabeza de Platón. Esa profunda verdad se materializa en dos diálogos suyos que acabaron conformando nuestra manera de pensar. Déjela allí, está muy bien que el de la mente de Platón sea el verdadero e inmenso océano de la Atlántida, el mar que le da forma desde entonces, y que queda a resguardo de cualquier catástrofe menor.

Las aguas tranquilas del puerto se ven asediadas por las olas que se estrellan contra el espigón. El Pilota parece querer leer una inscripción grabada en los tejados de la ciudad.

—Por su parte, Platón relata un cuento, hoy convertido en mito, que Solón había escuchado narrar a un sacerdote egipcio quien, a su vez, relata hechos de la historia de Atenas que se remontarían nueve mil años atrás, lo que hoy por hoy son once mil quinientos años. ¿Cómo llamaría usted a eso con una sola palabra? Mediterráneo. —El Pilota no me mira y yo sé que no espera mi confirmación—. Los atenienses no tenían memoria de los hechos a causa de los diluvios que periódicamente sacudían su civilización… y por eso mismo So lón prestó tanta atención al relato de aquel sacerdote egipcio. «Dicen —le cuenta el egipcio— que hace tiempo vuestra ciudad derrotó a un gran ejército, en apariencia invencible, que estaba invadiendo toda Europa y Asia y que provenía de la espantosa inmensidad del océano Atlántico, allende las Columnas de Hércules. Era el ejército de la isla de la Atlántida.» Parece que la Atlántida quedaba entonces frente a lo que en épocas muy posteriores los pueblos denominaron el estrecho de Gibraltar. Era una isla-continente, algo difícil de imaginar, ahora que conocemos todo el globo. Según aquel relato, era mayor que Libia, teniendo en cuenta que en época de Platón Libia significaba «toda África». Eso significa

que la Atlántida era entonces más grande que Libia y Asia juntas. Imaginar un mundo así nos retrotrae a un fantástico tiempo geológico que algunos científicos han denominado «Pangea», en alusión al continente único, antepasado de todos los continentes actuales. Por ende, no es imposible imaginar, conociendo el planeta, que entonces también los hombres eran seres diferentes, mayores quizá, vete a saber en qué similares o no a nosotros, y en todo caso antehombres o protohumanos…

El Pilota me ha mirado de reojo para ver si presto atención.

—Un admirable poder regio gobernaba la Atlántida. A este lado del Estrecho, dominaba el África mediterránea hasta Egipto, por una parte, y Europa hasta Italia, por otra. Un buen día, insatisfechos con su poder, aquellos monarcas quisieron abarcar más y al fina l se toparon con Atenas. Atenas venció. Inmediatamente después, en un día y una noche eternos, azotada por grandes terremotos y espantosas inundaciones, la tierra engulló a los guerreros de ambos ejércitos y «de manera similar desapareció la isla de la Atlántida, engullida por el mar» que desde entonces, según nuestro sacerdote egipcio, permanece «impracticable e inexplorable». Esto también es verdad, pues la grandísima profundidad de las aguas sigue haciendo que el mar y sus criaturas sean aún impracticables e inexplorables. Si la Atlántida estuviera en una de esas fosas abisales nos resultaría imposible encontrarla. Lo que la ciencia nos ha contado a lo largo de dos mil quinientos años de historia convierte el relato del hundimiento de la Atlántida en algo más terrorífico que cuando nadie sabía nada de la deriva de los continentes. E incluso hoy, incluso cuando estamos en disposición de imaginar con conocimiento de causa esas espantosas inundaciones, esos grandes terremotos, la ciencia sigue sin dar con una prueba fehaciente de que la Atlántida,

o parte de ella, o lo que sea que alguien llamara en su día la Atlántida, no existe en algún lugar. Nadie conoce tan bien los abismos subacuáticos.

Miro al Pilota y replico despacio:

—La Atlántida no está en ningún lugar del mundo, usted lo sabe. No existe.

—No existe como territorio, pero sí como relato —refuta él—. La Atlántida nace así: un día los dioses se reparten la tierra y a Poseidón, dios del mar, le toca la Atlántida. Los primeros habitantes de la isla engendran a una única hija, Clito, de la que Poseidón se enamora. Clito y Poseidón se aman en un monte elevado que el dios rodea con círculos perfectos de tierra y mar. Dos de tierra y tres de mar. Y la isla resultante, compuesta por círculos concéntricos, recuerda a un laberinto y además es inaccesible. Poseidón y Clito tendrán diez hijos. El mayor, que reina sobre los demás, se llama Atlante y da nombre a esa isla y a ese mar. Su estirpe también crece, al compás de las riquezas que acumula. La isla es rica en oro, en marfil, en el misterioso oricalco. Los animales y los frutos son abundantes; la isla entera es fértil… quizá demasiado fértil. Se erigen templos, palacios, puertos, arsenales, magníficas arquitecturas que separan y comunican entre sí los círculos de tierra. Todos los reyes que se suceden enriquecen la isla. Una columna de oricalco lleva grabadas las leyes de Poseidón, a quien los reyes honran y adoran. Hoy creemos que mientras los atlantes tuvieron presente su estirpe divina no se dejaron embriagar por las riquezas. A lo mejor, añado yo, tampoco tenían conocimiento de la historia y del tiempo. Pero un día, la codicia se impuso y fue entonces cuando la Atlántida movilizó a todos sus ejércitos contra Atenas. En ese instante, Zeus comprendió lo que sucedía y decidió castigar a la isla

y a sus habitantes. Según Platón, convocó a los dioses en su residencia más augusta, situada en el centro mismo del universo, y desde donde veía todo lo que sucede. Y reunidos allí, les dijo… Aquí se interrumpe el diálogo de Platón. Desde el principio, la historia de la Atlántida carece de final. O nace desde un principio para tener muchos, como prefiera. Seguro que tendrá todavía muchos más.

—Parece una profecía de la historia de nuestro planeta —le digo al Pilota mirándolo.

—Una de tantas —responde—, una de las posibles. Vista a posteriori, la historia de muchas islas parece la historia del planeta, con su catástrofe definitiva y todo. Hay un catálogo muy variopinto y fantasioso. Es como si algo hubiera utilizado las islas como mensajes en botellas confiadas a las aguas. Las hemos codiciado, arrebatado, conquistado y reconquistado, las hemos vendido y las hemos amado, pero quizá lo más difícil sea, sencillamente, leerlas.

Desde lo alto, miramos la ciudad, que parece adormecida y confusa, pero que en alguna parte continúa soñándose.

Galápagos

—«Se queda uno asombrado por la intensidad de la fuerza creadora […], desplegada en estas pequeñas islas desnudas y rocosas, y aún más por su acción desigual, pero análoga en los efectos, en puntos tan cercanos unos de otros», escribió un jovencísimo Charles Darwin.

Apoyado en la borda de estribor de un pequeño carguero fondeado frente a la ciudad, el Pilota fuma uno de sus papier maïs. Estamos esperando a que acaben algunos trabajos en la estiba y luego entraremos al puerto. La ciudad se extiende por los valles y los montes, hacia la orilla. El sol brilla en lo alto, pero es un día gélido y el mar está negro.

—Darwin llega a las Galápagos el 15 de septiembre de 1835, con un mar tal vez sereno, con un cielo que tal vez promete vientos del oeste. Va a bordo del bergantín Beagle, que es el nombre de una raza de perdiguero que se utiliza en la caza del zorro, y está dando la vuelta al mundo, algo que le cambiará la vida. Una expedición científica, naturalista. En aquel barco, como un sabio beagle, el joven Charles quiere hallar nueva fauna y nueva flora. Toma notas para bosquejar el mundo y, aunque aún no lo sabe con seguridad, para inventar uno nuevo. «No vi ni una sola flor que mereciera la pena», escribe, pero se embelesa al presenciar la multitud de desconocidas especies animales que habitan las islas. Así, cada una de esas islas es la encarnación de un bestiario distinto y pletórico de vida. A pocas millas de distancia proliferan innumerables especies,

todas diferentes y sin contacto entre sí. Es la magia del endemismo, que se manifiesta de manera especial en las islas y sobre todo en Galápagos. Allí, el destino insular de la geología tiene su reflejo en la exclusividad de los animales que viven y se reproducen sólo en esa isla, sin existir en las demás: son islas de vida afincadas en islas de roca. «En cierto modo, nos vemos próximos a ese gran fenómeno, el misterio de los misterios, que fue la primera aparición de seres vivos en esta tierra», apunta Charles. Recuerdo las palabras exactas porque siempre me lo he imaginado mientras las escribía de regreso en el Beagle, con el estupor que debió de sentir el primer hombre sobre la faz de la tierra.

»Como es natural, habla de los mugidos de amor de las grandes tortugas, tan enormes que eran necesarios hasta ocho hombres para levantarlas del suelo; habla también de las iguanas marinas, que le hacen viajar con la imaginación a la prehistoria, cuando las lagartijas, afirma, eran grandes como ballenas y poblaban mar y tierra. Las observa mientras éstas excavan sus madrigueras y al final, no puede evitarlo, coge a una por la cola. La iguana emerge desconcertada, se gira, lo mira fijamente y Darwin cree leer en su hocico esta frase: «¿Por qué me tiras de la cola?». De ahí pasa a los innumerables pájaros y a su incipiente familiaridad con los hombres. Ve sinsontes norteños, pinzones, carrizos, papamoscas tiránidos, águilas ratoneras, albatros… Darwin nos cuenta cómo desalojó a un halcón de la rama de un árbol con el cañón de la escopeta; cómo capturó a una tórtola con un sombrero; cómo, al ir a beber, un sinsonte se le posó en la misma escudilla que pensaba llevarse a los labios… Qué encuentro más afortunado para Darwin y para las Galápagos, pocas veces uno tiene semejante oportunidad de mirar y ser mirado, incluso entre seres humanos.

El Pilota se vuelve hacia mí, pero yo no consigo apartar la vista de la ciudad, tan nítida a través del aire traslúcido que llego incluso a imaginar el interior de las casas, las franjas de luz que se dibujan en las paredes de las estancias. A lo mejor lo que en realidad tenemos en común él y yo es esta necesidad de sentirnos dentro y fuera al mismo tiempo. Es como una nostalgia del presente, una añoranza más temporal que espacial. Le pregunto por el carguero al que hemos subido.

—Bandera chilena —responde—, capitán inglés, tripulación del sur del mundo. No sé cuántos sabrán nadar. Ni sé nada de la carga. Mi deber es llevarlo al muelle. Nada más. Algo parecido a la vida, ¿no cree?

No me apetece responder. Por levante, algunos cúmulos encapotan el monte de Portofino. Él se recuesta sobre un calabrote como si fuera una hamaca.

—Las Galápagos, palabra que en español se refiere al animal, a las tortugas, son trece volcanes relativamente recientes, según los tiempos que marca la geología. Los más viejos tienen cerca de cuatro millones de años y los más recientes todavía se están formando. Allí hasta las piedras están vivas… El Pacífico que las baña es profundísimo. Están a caballo del ecuador, a poco más de seiscientas millas de Ecuador. Isla Isabela, la mayor de todas, parece un caballito de mar y está situada en el centro, con las demás alrededor, cual células en formación en el instante previo a adquirir una forma definitiva. Como si la exuberante presencia animal se contagiase a todo: las piedras, la lava, el mismo nombre de las cosas. Las enormes tortugas que se movían despacio entre tierra y mar, y que los isleños sabían distinguir de un vistazo, para identificar incluso la isla del archipiélago de la que procedían, debieron de

impresionar a los fantasiosos marineros y por ende, gracias a los relatos fabulosos que éstos contaban, también a los hombres del mundo entero. Al menos hasta el XIX, siglo en el que las islas aún se nos antojaban territorios volubles, fugitivos.

»Pocos años después de la llegada de Charles Darwin, Edgar Allan Poe escribe una febril novela titulada Las aventuras de Arthur Gordon Pym, cuyo héroe también se topa con unas tortugas. Las llama tortugas-elefante, y dice que llegan a pesar mil quinientas libras. Las encuentra repelentes: de cuello largo y delgado y cabeza de serpiente, pueden subsistir sin alimento. Asegura haberse encontrado a algunas que habían quedado atrapadas en la estiba de un barco durante más de dos años y que estaban en óptimas condiciones, como recién capturadas. Las ve como el equivalente marino de camellos y dromedarios, esas bestias con joroba que albergan una increíble provisión de agua potable que puede durar meses, y jura que esas tortugas son el alimento y recurso predilecto de los balleneros del Pacífico…

»Unos años después, Herman Melville publica una historia transmitida en voz baja por marineros supersticiosos: una leyenda sobre perversos oficiales de Marina que acaban siendo hechizados y encerrados dentro de tortugas. Allí permanecen cautivos, sobre todo los capitanes y almirantes más pérfidos, condenados a vagar lentamente bajo el sol despiadado de las islas. Melville añade: «En ninguna forma animal se expresa tan penosamente el perenne dolor y la desesperación de un condenado, y la idea de su extraordinaria longevidad no hace más que acentuar esa impresión…». En los bestiarios de Poe y de Melville, las Galápagos y las tortugas migran por la superficie del agua, para viajar del mundo de la naturaleza al de la fantasía y el miedo. Su inquieto hieratismo se nos antoja más

amenazante que un ademán violento, y esto acaba contagiándose a la semántica del nombre que durante siglos piratas y marineros le habían dado a ese archipiélago, y que afectaba a cada una de sus islas.

Durante la espera, el Pilota y yo hemos entrado a la cabina. El carguero no podrá maniobrar hasta maña na, nos ha explicado el capitán, por problemas técnicos. Si lo deseamos, puede hacer que nos devuelvan a tierra. Le decimos que preferimos pasar la noche a bordo. No le hace gracia, pero acaba por encontrarnos sendos camarotes. Cenamos con él. Tras la sobremesa, pese a las repetidas advertencias del capitán para que no nos expongamos al frío nocturno, salimos un rato a fumar.

—Durante mucho tiempo el archipiélago de las Galápagos se llamó Islas Encantadas, sí, o embrujadas. Eso se debía a lo muy difícil que era llegar hasta ellas, a causa de las corrientes fuertes e imprevisibles y los vientos indomables, cuya furia forzaba a dar media vuelta incluso a los navíos más imponentes. Eran, por tanto, islas embrujadas por la confusión de bucaneros, balleneros y navegantes, islas que parecían defenderse del mundo. Luego el archipiélago tuvo varios nombres: archipiélago de Colón, archipiélago del Ecuador… Como le decía, son apenas trece islas, pero como mínimo se conocen por treinta y nueve nombres distintos, pues cada una tiene al menos tres, si no más. Primero puestos por los españoles, que eligieron nombres relacionados con Cristóbal Colón; luego, por los bucaneros ingleses, que preferían nombres de piratas y mercaderes, y por último, en el siglo XIX, el Gobierno de Ecuador les otorga los nombres que tienen hoy… Sin embargo, es como si las islas tratasen por todos los medios de borrar sus propias huellas… Así, hay una que se llama Genovesa,

aunque los ingleses la llaman Tower. Es minúscula, un pequeño volcán extinguido. También tiene un sobrenombre, «isla de los pájaros», pues está llena d e rabihorcados con la cola ahorquillada, gaviotas de la lava, petreles de las tormentas, pinzones de Darwin, piqueros patirrojos y, como no podía ser menos, sinsontes norteños…

»Aunque la más bella de todas, sea cual sea su desesperada historia, es la isla de Hood y del rey Oberlus, de la que tenemos noticia gracias a Las encantadas, la obra de Herman Melville. Oberlus es un desertor. Arriba a la isla y cultiva una «especie degenerada» de patata y unas calabazas que vende a los balleneros hambrientos. Posee un aspecto feroz, parece víctima de un maleficio. Tiene la nariz chata y el semblante tan retorcido como uno de esos tubérculos que planta. Lo comparan con una iguana. Siempre da la espalda a su interlocutor, convencido de que éste no sólo busca patatas, sino destronarlo. «Esta isla es mía», afirma, en la inmensa soledad del Pacífico. Un buen día, Oberlus se hace con un trabuco oxidado y algunos cartuchos mojados. Decide hacer prisionero a un marinero negro, pero éste logra desatarse, y al final ata a Oberlus con la misma soga y se lo lleva al barco. Allí, Oberlus es azotado con saña. También le roban. Al final, consigue escapar a la isla, donde engaña a una banda de desgraciados a los que esclaviza con el viejo trabuco y un machete herrumbrado. Así, se convierte en emperador de la isla, pero ahora no pega ojo, por temor a que lo maten. Al intentar hacer cautiva a la tripulación de un barco es desenmascarado. Entonces escribe una carta donde finge pedir disculpas y que firma como «el huérfano Oberlus». En su misiva afirma que parte hacia las islas Fiyi, y pide que no se mate a la « gallina» que hay en su cabaña, que a la postre resulta ser un

gallo famélico y exhausto. Sin embargo, Oberlus ha mentido y en realidad marcha a Paita, donde lo encuentran una noche con cerillas en el bolsillo, bajo el casco de una pequeña embarcación que estaba a punto de ser botada. Quién sabe qué quería, o qué buscaba… El caso es que lo detienen, lo meten en un calabozo y tiran la llave. Fin. Siempre me ha gustado esta historia, porque creo que refleja la de muchas vidas.

Se percibe mucho movimiento por la borda. Sombras indistinguibles de hombres que pasan del barco a un bote, que pronto se aleja.

—¿Y ahora? —pregunto.

—Ahora sabemos por qué el capitán no podía atracar esta noche en el puerto —comenta el Pilota subiéndose el cuello de la chaqueta, y añade—: Oiga, las Galápagos son islas protegidas, es decir, de los riesgos de destrucción. Pero los volcanes, en el fondo del mar, no duermen.

Creta

—Creta es una pistola turca que un pirata arrojó al fondo del Egeo. Al sur, cierra el mar de Grecia y los confines de Europa, como la mueca de un pescador que mira a lo lejos el resplandor del mar. Al norte, aparecen las Cícladas, como recuerdos que afloran en la mente.

El Pilota habla en la angosta terraza sobre el mar, que borbotea al fondo, aunque está tan lejos que apenas se oye. Es una visión muda. Esperamos que aparezca por el empinado sendero alguien a quien el Pilota llama «mi contacto». Tienen que cerrar un asunto, dice acariciando una bolsa que ha apoyado sobre una piedra. Está envuelto en su chaquetón, con el cuello levantado por el viento y el gorro de marinero calado hasta las cejas. Los ojos le asoman como por una aspillera. Y fuma como un carretero.

—A Creta llegué un día de sol y meltemi. Ambos se bastaban para llenar el mundo aquella mañana. Hombres, cosas y barcos parecían existir sólo en relación con el sol y el viento, como objetos y personajes de una escena que alguien moviera con hilos invisibles. Más tarde, con la terrible luz del mediodía, tuve la perfecta visión de algo que había presenciado infinitas veces en las orillas del Mediterráneo, pero jamás de forma tan absoluta, sin margen de duda: la fuerza del viento peinando un tupido horizonte de olivos, y los olivos que, con idéntica fuerza, lo resistían, dóciles pero no quebrados, en un baile que aun siendo movimiento abolía el tiempo. Y el verde y el plateado de las ramas que copiaban el vaivén de las

olas del mar cercano. Allí, el único que se estaba quieto era yo, y me dieron ganas de dar las gracias, sin saber a qué, ni cómo. Sí, Creta para mí es sobre todo un montón de olivos azotados por el viento.

El Pilota mira hacia abajo. No está nervioso, nunca lo está, pero es verdad que espera algo.

—Mire, la isla es como un motor de la fantasía, no de lo fantasioso, sino de la fantasía, de esa facultad con la que los hombres inventamos la ciencia y los relatos. Incluso sin saberlo. Y por eso todos la buscan. La isla no tiene contactos directos o estables con el exterior y por tanto tiende a creer que todo gira a su alrededor, como en realidad hacen sólo las corrientes, el mar y las criaturas marinas. No es raro que la isla tenga la tentación de creerse el centro del mundo, idea ingenua y fatal, aunque para nada estéril. Ésa es Creta.

Una mujer llega por el sendero. Tiene la respiración agitada y el rostro tenso. El Pilota le entrega la bolsa, ella lo mira y parece que va a decir algo, pero él le acaricia el rostro y le hace un gesto de negación. Ella sonríe, se ilumina por un instante y emprende el desc enso.

—Por algún motivo, o quizá por casualidad, Creta es uno de los centros del mundo. Es uno de los lugares en los que se inventó la escritura, una escritura que todavía no somos capaces de comprender del todo. Quedó destruida por el terremoto que originó Santorini, o al menos fueron destruidos todos sus barcos, y una isla sin barcos es como un derrelicto… La ocuparon los piratas y todos los ejércitos del Mediterráneo. También por eso fue un emporio de mercenarios. Y fue la isla de gentes que construyeron edificios extraordinarios, que no tenía muros de defensa y que conserva todavía pinturas murales en las que algunos hombres desafían con

un salto imposible a unos toros inconcebibles, aunque… —El Pilota duda un momento, luego encuentra las palabras y continúa—: Hoy aún se pueden encontrar las huellas de casi todo esto en la isla. Aun así, las cosas más importantes, en Creta, son las que no se ven, las que quizá no se han visto nunca.

»Así, los relatos nos cuentan que en Creta nació Zeus, el dios griego más poderoso, hijo de Rea y de Cronos, el titán. Un oráculo advierte a Cronos de que una amenaza pesa sobre él, porque uno de sus hijos está destinado a destronarlo. Por eso Cronos devora a todos sus hijos en cuanto nacen. Pero cuando nace Zeus, Rea decide cambiarlo por una piedra. El destino de Cronos está sellado. A Zeus lo esconderán en una cueva en el monte Ida. En Creta puede visitarse el monte Ida, y allí, en el monte Ida, puede verse una cueva. Y allí te das cuenta de que en realidad no son sino un monte y un a cueva normales y corrientes, no muy distintos de cualquier otro monte y cualquier otra cueva. Pero precisamente en esa nada, o mejor gracias a esa nada, resplandece toda la fuerza que los hombres dejan en sus huellas más profundas, que son, una vez más, los relatos, las palabras…

El Pilota me mira, como para ver si he entendido. Pienso que la mejor manera de responderle es seguir escuchándolo.

—Aunque ni siquiera el nacimiento del dios griego más poderoso es lo más importante que ha sucedido en Creta. En Creta existió el laberinto. No es un personaje, ni es exactamente un lugar, ni un animal, ni un vegetal. Es una imagen que, desde el principio de los tiempos, nos describe y nos plantea múltiples preguntas. Pero empecemos por el principio, aunque… aunque lo que voy a contarle no existe en realidad. Voy a juntar al tuntún algunos fragmentos de aquí y de allá, que son válidos sólo porque, a lo largo del tiempo, los

hombres se los han contado una y otra y otra vez. Estamos en un tiempo anterior a la mera noción de medir el tiempo. En las costas de Asia Menor, una muchacha de la realeza, hija del rey de la ciudad de Tiro, juega con sus doncellas. Se llama Europa. Quizá es uno de esos días en los que el sol y el Mediterráneo parecen tramar hechizos. Zeus la ve y en ese mismo instante la desea. Para llevársela, adopta la forma de un enorme toro blanco que emerge del mar y va al encuentro de la chiquilla. Ese inmenso toro es algo jamás visto. Terrible, bellísimo, como debe ser un dios. Provoca terror, pero fascina. Tod as las chiquillas huyen, menos la hija del rey. Europa se acerca al toro, que se deja acariciar. La bestia parece mansa, es como un manso enigma. Europa decide subirse a su grupa y el toro blanco, sin dudar, decide volver hacia el mar y bucear hasta el fondo. Podemos imaginar la mirada de las muchachas de la orilla, los llantos, quizá, el pavor que sienten. En mi opinión, Europa sonríe, no tiene miedo, y está embelesada por el misterio que se anuncia sobre el lomo cándido de un toro que no puede ser real.

»Nadando, quizá en un mar de aguas un poco profundas, ¿no ha tenido usted nunca la sensación de ser observado? ¿Desde el fondo, precisamente? ¿Una sensación como de que no alguien sino algo pudiera atraparlo y llevárselo a otro lugar?

Respondo que quizá he sentido algo así cada vez que me he metido a nadar en el mar de noche. Esa impresión de estar suspendido, mientras el agua brilla con cada brazada, como para trazar el recorrido de aquellos miembros de nuestro cuerpo que no alcanzamos a ver en la oscuridad. Y en lo alto, lejana, la luna. Acechando.

—En Creta, en el corazón cálido del Egeo, Europa da a luz a tres hijos, Minos, Sarpedón y Radamantis. No es exactamente así, pero

usted finja que con esos tres nombres el tiempo empieza a colarse en nuestra historia. Estamos a varias generaciones de la guerra de Troya, alrededor de cinco mil años atrás, en una época que los hombres de hoy llamarán «minoica» por el nombre de Minos, señor de los mares, poderosísimo rey, gran legislador.

»Por ahora, los tres hermanos son igual de poderosos. Creta es lo bastante grande para albergar tres ciudades igual de bellas y prósperas. Minos, sin embargo, ya sabe que es Minos y pide a los dioses o, para ser exactos, a Poseidón, dios del mar y hermano de Zeus, que le manden una señal favorable, para que se reconozca su supremacía sobre la isla, sobre el mundo. Poseidón está de acuerdo y le envía, del mar, un maravilloso toro blanco, animal nunca visto, epifanía de la divinidad. No obstante, Poseidón le pide a Minos que, una vez sea reconocido señor de la isla gracias a la señal divina, sacrifique a ese toro blanco. Minos acepta, es reconocido señor de Creta, pero no mata al animal. Está tan fascinado que se permite desafiar al dios.

»Poseidón no perdona a quien incumple un pacto. Hace entonces que Pasifae, mujer de Minos, se enamore del toro. Pasifae le pide a Dédalo, el artesano de palacio, que fabrique una vaca de bronce en cuyo interior se oculta para yacer con el toro. Así sucede y, como ha escrito un contemporáneo nuestro, «el toro acude a ella como la llama a la pólvora». De esa unión bestial nace el Minotauro, hombre con cabeza de toro, para el que Minos, que ahora domina los mares y costas de toda Grecia, exigirá cada año a Atenas, como alimento y sacrificio, siete chiquillas y siete chiquillos. Minos le pide entonces a Dédalo que construya un palacio prisión del que sea imposible salir, para encerrar al Minotauro. Dédalo construye el laberinto, destinado a encarcelar el horror. Un día, Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, se

mezcla con los chiquillos del sacrificio, porque se ha propuesto matar al Minotauro. Al llegar a Creta seduce a Ariadna, hija de Minos y hermana del Minotauro. Ariadna le da una madeja de hilo, que Teseo irá desenrollando desde la entrada hasta el centro mismo del laberinto, para poder dar con la vía de retorno. Teseo llega al centro del laberinto, mata al Minotauro y consigue salir de él con Ariadna.

»La historia es aún más larga, pero hoy más vale dejarlo aquí. Además, hay otra versión, que yo prefiero. Nos la contó un hombre nacido en Bruselas, que vivió en Buenos Aires y murió en París, y que se llamaba Julio Cortázar. Según él, Ariadna se finge enamorada de Teseo, pero en realidad ama a su hermano, el Minotauro, que es horrendo a la vista, pero dulce de trato. El Minotauro conoce el nombre de todas las flores y de todas las estrellas. Ariadna sabe también que dentro del laberinto todos esos jóvenes atenienses siguen vivos y felices. Con el hilo, finge ayudar a Teseo, héroe engreído, pero tiene muy claro que el Minotauro lo matará con una simple cornada, y que luego será él quien siga el hilo para reunirse con ella, por fin libre. El Minotauro, en cambio, se deja matar por Teseo, porque prefiere vivir por siempre en los sueños de toda la humanidad en lugar de interferir en el insignificante destino de un único hombre. Sí, siempre he preferido este Minotauro: los encuentro, a él y a su laberinto, mucho más próximos a eso que ocultamos en nuestro interior, allá donde siempre importa que cada uno tenga su propio laberinto. No existe un laberinto igual para todos.

Pregunto al Pilota quién era la mujer que ha ve nido por el sendero. Me mira como sorprendido, con una mueca que quizá es una sonrisa, y dice: «¿Quién? ¿Ariadna?».

Carloforte

—Carloforte no es una isla. Y al mismo tiempo es una isla más isla que otras, más potente que muchas. Si lo prefiere, podría decirse que es un lugar del mundo cuya historia tiene que ver con diversas islas, pero que, geológicamente, no es una isla.

El Pilota parece divertirse enredando la hebra de su relato. Sonríe a ese alter ego que guarda en su interior. Caminamos juntos a lo largo del rompeolas, resguardados en nuestros chaquetones. La tramontana nos azota desde los montes, con ráfagas que parecen proceder de los fuertes5 con un objetivo preciso. Sí, el viento escribe su lenguaje indescifrable sobre el vasto mar, como en un pergamino.

—Sí —me dice el Pilota—, el viento escribe y luego tira, sopla, exhala, corre, lleva, trae, gira, rodea, en frenta, esquiva, amaina, languidece, ataca, incrementa, hincha, empuja, azota, devora, descabeza, secuestra… y es calma, calma chicha, bonanza, inquietud, aura, espuma, soplo, hálito, aliento, brisa, céfiro, favonio, ráfaga, salto, soplido, golpe, nudo, torbellino, racha, ventisca, vendaval, furia, rabia, vórtice, travesía, tifón, ciclón, Simón… Son los nombres y los gestos que le encontró, a finales del XIX, Alberto Guglielmotti. Usted no lo creerá, pero a veces me gusta leer y releer las páginas de su Vocabulario marino y militar, como si contuvieran un atrevido enigma que nadie ha logrado descifrar. Un día pensé que si pudiera haría un viaje para ir a escuchar todos los vientos del mundo. Pero hacerlo solo sería imposible. —El Pilota calla y es como si yo desapareciera. Luego añade—: Ya.

Hace una pausa y trata de encender un cigarrillo a pesar del vendaval. Al final lo consigue, el cigarrillo está encendido, y entonces me mira como si me viera por primera vez. Y continúa:

—En cualquier caso, todos los habitantes de Carloforte pueden sentirse isleños. Es decir, hermanados por algo que los une y que al mismo tiempo los separa del mundo y, de manera aún más radical, de sus propios orígenes, de sus propios progenitores. Son isleños del tiempo, más que del espacio. Su isla pertenece más a la historia que a la geografía o a los isleños. Son una metáfora andante, una figura de carne, huesos y sangre. Son una comunidad si no imaginaria, ciertamente simbólica.

Nos estamos acercando a la punta de levante del muelle. Aquí, hace muchos años, como muchos genoveses, vi hundirse bajo los embates de un mar imposible, con un lebeche malvado de más de cien kilómetros por hora, el London Valour, un mercante inglés con una tripulación de marineros filipinos, la mayoría de los cuales no sabía nadar. Murieron muchos. Se lo cuento al Pilota, que achina los ojos frente a las rachas de aire.

—Conocía muy bien —me dice— a esos dos capitanes. Al del mar, Edward Muir, un caballero melancólico que aquel día murió con su mujer, y al del aire, Rinaldo Enrico, que aquel día, pirueteando con su helicóptero, salvó muchas vidas y algunos años después perdió la suya al precipitarse desde el cielo al fondo del mar.

El Pilota se sienta en el parapeto de levante. Calla.

—En definitiva, Carloforte es una ciudad de poco más de seis mil almas que está en la isla de San Pietro, frente a la costa suroriental de Cerdeña y varias millas al norte de la isla de Tabarka, que a su vez está prácticamente frente a Túnez. Debido a la elasticidad propia de los atlas y de los asuntos humanos no es posible asegurar que los

habitantes de Carloforte estén mucho más cerca de Túnez que de Cerdeña. Como prueba de tal vórtice geográfico y marino podría valer el hecho concreto de que el dialecto de los habitantes de Carloforte no es el sardo, sino el tabarquino. Palabra que efectivamente viene de Tabarka, aunque tal dialecto parece mucho más cercano al genovés que al árabe.

Mientras habla, el Pilota agita en círculos el dedo índice de la diestra, dibujando un molinillo en el viento.

—Todo comienza a mediados del siglo XVI, cuan do el ligur Giannettino Doria hace prisionero a Dragut, un corsario otomano que por entonces tenía cierta fama. Por su rescate, Carlos V obtiene el islote de Tabarka —como le digo el tal Dragut tenía cierta fama, no mucha—, situado sobre un mar riquísimo en precioso coral. En aquella época los Lomellini son los señores de Pegli, que fue una localidad de la orilla ligur antes de ser engullida, como se la ve hoy, por la gran ciudad. En 1544, los Lomellini zarpan con casi trescientas familias de Pegli a colonizar la isla. Con el paso del tiempo, Lomellinis y peglieses de toda clase y condición amasan riquezas inmensas gracias al coral, hasta que en el siglo XVII Francia empieza a interesarse. Los Lomellini resisten, pero no pueden disimular que la cosa va de mal en peor. También la pesca del coral, por otra parte, está siendo cada vez menos rentable… Y desde siempre los genoveses sabéis que cuando los negocios empiezan a ir mal, poco se tarda en poner tierra de por medio para buscar fortuna en cualquier otra parte…

Una lancha motora se acerca peligrosamente a los bloques rompeolas del dique. Cuando parece casi rozar uno, el timonel salta como un rayo y deposita en la piedra una caja pequeña. Luego acelera y la lancha zarpa hacia mar abierto. Antes de que me dé

cuenta de lo que sucede, el Pilota ha bajado al bloque de piedra, ha recogido la caja y ahora está de nuevo a mi lado como si no hubiera pasado nada.

—En 1740 los Lomellini intentan subarrendar Tabarka a los franceses. Pero de repente son atacados por el bey de Túnez, que invade la isla y hace esclavos a no vecientos habitantes que no consiguen huir. Pasados diez largos años, Carlo Emanuele III los rescata y los traslada a la isla de San Pietro, reuniéndolos con otros seiscientos tabarquinos que con anterioridad se habían refugiado allí para escapar de los piratas bereberes. En señal de agradecimiento, la nueva ciudad de los tabarquinos de Pegli en la isla sarda se llamará Carloforte. Hay quien cuenta que el bey de Túnez dio pie a todo este trajín mediterráneo porque en realidad estaba loco de amor por una tal Sinforosa Timone, de Pegli. Pero ella, cristianísima, nada de nada. Antes que ceder, se hace encerrar en prisión e incluso se deja torturar… un martirio tabarquino… En resumen, Sinforosa aparte, Carloforte en San Pietro nace así, y es aún hoy una isla lingüística perfecta, como otras que hay repartidas por el Mediterráneo, cada una con su lengua. En Carloforte se habla un genovés del siglo XVI, con apenas algún matiz sardo, árabe y toscano, porque los ligures tabarquinos no vuelven a ver su patria pero la conservan, como un icono inmutable, en el corazón de las palabras.

Le pregunto al Pilota qué significa toda esa maniobra de la lancha que llega, deja la cajita y desaparece como un espejismo en el mar.

—Oh, nada —responde—, un amigo que tenía que entregarme una cosa para que se la haga llegar a alguien… Nada demasiado ilegal… sólo un poco, digamos, ilegal, pero poco… mejor que usted no sepa nada… por otro lado, esto es un puerto, una puerta, hace

siglos que todo lo atraviesa, y aún está aquí, como si nada, adormilado como un pulpo perezoso…

Emprendemos el camino, ahora hacia poniente, y el Pilota parece hablar dirigiéndose concretamente a Pegli.

—Sucede así, por deseo explícito de nadie, que precisamente los peglieses que más estuvieron sometidos a migraciones, esclavitud, secuestros, incursiones y más que probables cruces son los que más han mantenido una esencia, un perfume si prefiere, original, del que Pegli hoy en día carece… aunque, y es precisamente ése su encanto actual, Génova no ha llegado aún a conquistar Pegli… alguna villa, algún jardín, algunos hoteles de principios del siglo xx brillan en el caos como indicios, más que vestigios o ruinas, de una belleza melancólica…

Le cuento al Pilota la anécdota que dice que hay dos tipos de genoveses: uno que se queda en su poltrona, que no se mueve y gana dinero, y el otro que se va y pone tierra de por medio. Ambos muy genoveses, aunque el segundo sólo puede recordar Génova.

—Me he encontrado con genoveses en todas partes —afirma el Pilota—, por supuesto, y también los habrá que participen, en Carloforte, en la fiesta de la Virgencita Negra. La encontró un esclavo en una playa cerca de Túnez, el 15 de noviembre de 1800. Por eso la llaman la Virgen del Esclavo. Probablemente era el mascarón de un velero, arrancado por las olas… La Virgen llega a Carloforte y es símbolo de fe y libertad, pero inevitablemente, con su piel negra, también signo de que los hombres encuentran su verdadera identidad, siempre provisional, claro, cuando algo los empuja a naufragar. —El Pilota duda un momento y luego—: ¿Me sujeta un momento la cajita? —pregunta, y se enciende otro cigarrillo.

5. Las fortalezas genovesas, ruta por los montes cercanos a Génova, que tiene, además de las murallas del siglo XVII, dieciséis fuertes militares construidos entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Desde lo alto se ve una panorámica de la ciudad y el puerto. (N. de la T.)

Islas de los Osos

—Las islas de los Osos están desiertas y son un nombre, y todo nombre es una isla desierta.

El viento azota ligero la proa del barco. El Pilota se inclina un poco y afloja la escota de la vela latina, luego la tensa unos centímetros. El sol se acaba de poner. Venimos de vender cinco bonitos en Portofino y ahora navegamos de vuelta. En el mar no hay ni un alma, el silencio es perfecto. Sólo el agua le susurra algo a la quilla. La mano del Pilota se mueve ágil sobre la madera del barco, como si hubiera que atrapar algo. Un imposible grano de polvo.

—«Ningún hombre es una isla...», dijo un poeta —respondo yo un poco a lo tonto.

El Pilota sonríe y termina la frase:

—«… entera por sí mismo». Sí, John Donne. Quizá sean sus palabras más afortunadas, junto a esas otras de «por quién doblan las campanas», sus dos islas para la posteridad... De todas formas, yo he dicho que todo nombre (y no todo hombre) es una isla desierta. Cuando ni siquiera sabes estar en el mundo, te dejan ahí, en tu nombre, y tienes que orientarte, entender el porqué. Es algo muy distinto.

Deja pasar unos minutos, hace un viraje innecesario y sigue hablando, despacio, como si recordara algo.

—Las islas de los Osos están en la Siberia oriental y su consistencia radica, esencialmente, en su nombre. Forman una especie de arco frente al continente y, teniendo en cuenta la

vastedad del mundo, quedan a tiro de piedra del Polo Norte. En aquella región, el mar es a menudo una mera extensión de hielo, sólida e infinita. Quizá los osos que, según dicen, cuando quieren cambiar de aires avanzan siempre hacia el mar, y nunca a tierra firme, llegaron a ellas por un motivo obvio, como sentirse perseguidos o estar asustados.

»En la oscura prehistoria, en la indiferencia de la naturaleza, siempre sucede lo mismo: uno persigue a otro, y la mayor parte de las veces le da alcance y lo mata. Por lo demás, los osos, por alguna oscura razón que nos oculta la naturaleza, encontraron allí un tono de blanco particularmente atractivo con respecto a otros tonos de blanco, o quizá repararon en que se mimetizaba más con su pelaje, y allí se quedaron. Los hombres sabrán muchas cosas, pero nadie sabe más que un oso sobre el color blanco. En una ocasión, un cazador inuit me contó que es ahí, en ese saber, en esa familiaridad con el color blanco, donde radica su indiferente ferocidad. Y su belleza. En cualquier caso, lo cierto es que los osos se instalaron allí, y luego alguien las llamó las islas de los Osos y así, más que descubrirlas, las inventó. Algo habitual en muchas islas.

El Pilota tensa la vela y hace un abatimiento para entrar en la bahía. Casi ha oscurecido y a medida que se va el sol los montes parecen quedar mudos y se desvanecen.

—En este caso, los osos dieron nombre a las islas. Aunque a veces ocurre todo lo contrario. Al sureste, en Alaska, al mayor oso pardo le pusieron el nombre de Kodiak, siendo Kodiak el nombre de la enorme isla en la que vive, y también el de la ciudad más importante de dicha isla. Se cuenta que los primeros habitantes tenían la costumbre de educar a su hijo más guapo como si fuera una niña: lo vestían con ropa de chica y le enseñaban labores

femeninas, para luego darlo como esposo adolescente a cualquier rico señor del lugar… Es como si la isla de Kodiak estuviera poseída por una pasión por lo Idéntico, pasión endémica en las islas. Como si para reivindicarse como orbe, una isla necesitara repetirse hasta el infinito y hallar en cada cosa una parte de lo Idéntico, una esencia de insularidad. Aunque esto nos dice más sobre el oso que sobre la isla.

»El Kodiak puede alcanzar perfectamente de uno a tres metros de estatura y pesar más de mil kilos. Su soledad debe de ser inmensa, como su cuerpo. En ese territorio las distancias son enormes, pero si se mide el tiempo no en minutos ni en días, sino en generaciones, no es descabellado pensar que en el futuro un Kodiak podría pasarse por una de las islas de los Osos, rompiendo así el hechizo de lo Idéntico. El Kodiak sería entonces una isla en la isla y el objeto habría alcanzado así la verdad profunda que encierra el nombre. Claro, porque si es verdad que, como dice usted, ningún hombre es una isla, también lo es que todo oso, cautivo de su soledad, es otra isla. Y es justo ahí, en esa soledad natural, irremediable y nívea, donde anida su ferocidad. Algo que desde fuera podría confundirse con melancolía.

»Las islas de los Osos guardan ciertas semejanzas con las islas de las mujeres, o incluso con las islas de las sirenas. Escenarios persistentes, obsesivos, que tienden a negar la variedad del mundo, y por ende al mundo en sí, refutando de este modo la realidad misma de las cosas. En esas islas la vida es muy dura porque, empezando por su nombre, predican la irrealidad, lo fantástico. Todo en ellas es para uso y disfrute de osos, mujeres o sirenas. Son lugares intoxicados de una sustancia dominante, es más, imperante. A caballo entre la cárcel y el paraíso, pregonan su autarquía y su

autosuficiencia a los marineros que merodean sus costas y con frecuencia esto basta para que caigan en la trampa, presas de la curiosidad y de la seducción. Quien desembarque para comprobar «si es cierto» será devorado de inmediato.

Con el último resplandor el Pilota descuartela la vela mientras el barco roza una boya que en la penumbra parece emerger como una señal. La barca está amarrada. El Pilota arría la vela y la antena y las fija a la botavara. Luego se sienta en una oscuridad de aire y agua. Cuando enciende un cigarrillo entreveo su rostro, o más bien partes de él.

—Los osos, como las islas, siempre han estado más relacionados con los hombres que otras cosas u otros animales. Sobre todo en el combate, donde hombre y oso son semejantes. Ambos son feroces, inteligentes y asustadizos. Al principio hallaron un mismo refugio, las cavernas. También comparten al menos una debilidad: el gusto por la miel, que, yendo un paso más allá, el hombre ha sabido transformar en metáfora. Nosotros hemos cargado a los osos con una plusvalía nacida de nuestros sueños y de nuestros miedos más recónditos. Así, cuando los leones desaparecieron de nuestro hábitat, el oso pasó a ostentar el título de rey de los animales, el que nos inspira más miedo. Nos sacamos de la manga todo tipo de razones para perseguirlo sin piedad, hasta el umbral de la extinción. Cada vez más al norte. Creo que es esa proximidad, esa afinidad si lo prefiere, la que nos empujó, una vez ganamos la partida, a inventarnos las islas de los Osos. Para dejarles un reino, por pequeño, frío e inhóspito que fuese, o para poder escribir el nombre fabuloso de los Osos en mapas y atlas. Pero hemos hecho todavía más…

»Los osos del norte, y por tanto los de las islas de los Osos,

tienden a volverse hermafroditas. No a causa de su vida solitaria, sino por los residuos industriales, entre ellos el DDT, que se acumulan en el Ártico y les alteran el sistema hormonal. Dichos residuos se evaporan primero con las altas temperaturas y luego se ven arrastrados por el mismo viento que inflaba nuestra vela esta tarde. Al alcanzar las temperaturas glaciales del Ártico se condensan para caer sobre la tierra, los osos y sus islas. No es que los osos se despierten de buena mañana dotados de dos órganos reproductores, pero sus retoño s… En fin, un oso Kodiak hermafrodita en las islas de los Osos sería como una isla al cubo, una isla de una isla en una isla. Se convertiría en la más pura decantación de la soledad, en la encarnación natural de un sentimiento humano, en una obra de arte que anuncia un mundo después de la naturaleza. Quizá en un emblema de nuestro destino, ¿no cree?

No respondo. Como una ola al ralentí, la niebla rompe sobre los montes en tinieblas.

—No creo que los hombres del norte hayan visitado nunca las islas de los Osos sin ir armados hasta los dientes. No por miedo o crueldad, sino para no correr el riesgo de darse de bruces con un oso. Quizá teman reconocer en aquella bestia, prisionera de la evolución, a un igual, desesperado pero poderoso. Porque afirmar que un hombre es un oso resulta mucho más tranquilizador que sostener que el oso es un hombre, ¿no cree?

Ya no le veo el rostro. Sólo me llega su voz desde la oscuridad.

—Mucho más al oeste, pero más o menos en la misma latitud, hay otra isla de los Osos. Como es natural, es asimismo un lugar inhóspito, donde no ocurre nada. De vez en cuando un ballenero echa el ancla en sus costas. Nadie la quiso hasta 1920, año en que la reclamó Noruega. Tiene una estación meteorológica. Cuando

desembarqué, me encontré a los meteorólogos en un raro momento de descanso. Estaban sentados alrededor de una mesa y jugaban a las cartas. Al mentiroso. Un juego muy conocido en la otra punta del mundo, en Buenos Aires, y en el que todos mienten. Siempre.

Chipre

—Minoicos, griegos, romanos, bizantinos, genoveses, venecianos, otomanos, ingleses, turcos y otra vez griegos y otra vez turcos. Así hasta la eternidad. Como tantas otras islas del archipiélago de los archipiélagos, y como tantas otras en otros lados, Chipre tiene una historia tejida de invasiones, combates, asedios y batallas. Ha sido vendida y comprada. Allá por el 1200, Ricardo Corazón de León se la vendió a los templarios, que siempre andaban trapicheando con islas, y que a su vez se la vendieron a Guido de Lusignan, caballero francés, cuyo último descendiente, casi trescientos años después, se la deja en herencia a su viuda, Caterina Cornaro, reina, veneciana…

Es diciembre, un mediodía gélido bajo un sol glacial. El mar está como un plato, el gregal apenas sopla. Despreocupado, el Pilota gobierna el barco de un armador, un «conocido» suyo. De vez en cuando interrumpe la conversación para escuchar a la embarcación con la mano en la escota. Me ha contado que debe marcharse, que durante un tiempo no nos veremos, que tiene por ahí «negocios que pintan muy bien», eso me ha dicho, pero no me ha explicado nada más.

—En los mapas parece un pez espada a punto de saltar fuera del agua, quizá detrás de una presa, quizá capturado por un anzuelo, medio fuera, medio dentro… «A medias» podría ser el lema de la isla. Chipre es puro Mediterráneo, olivos y limoneros, así como también es Asia, poblada por europeos, y Europa, amada por los otomanos. Como si estuviera dividida en dos por una línea de color

verde, como sus olivos, en el fondo sigue siendo una isla incierta, disputada, escindida como un alma, con el futuro aún por decidir, quizá para siempre. Asimismo, es una isla donde la realidad se nos antoja más débil que los sueños o que las obsesiones de los hombres. Porque la realidad, en Chipre, parece doblegarse a los sueños de forma condescendiente, como con una paciencia antigua. Es una isla que le debe mucho, creo, al alma marrana del Mediterráneo. Como su bandera, que a menudo es una bandera de conveniencia. Como el amor, que vela y desvela a los hombres y mujeres que toca, y que ha elegido Chipre como escenario de sus apariciones.

El Pilota ejecuta ahora un viraje amplio hacia el este. La ciudad se extiende bajo la vela y después vuelve a alinearse de popa a proa. Los montes presiden el mar en un nítido y preciso altorrelieve. Génova carece de sur y no tiene norte, se extiende como una soga entre Oriente y Occidente, y en sus calles las sombras imitan a la vida.

—No está claro de dónde viene el nombre de Chipre. Algunos dicen que proviene del nombre griego del ciprés, pero otros insisten en que no es así. Creen que el nombre deriva del griego, sí, pero de la traducción griega de la planta de la alheña, con la que desde tiempos inmemoriales las mujeres africanas y asiáticas se han teñido la piel y el cabello de un rojo profundo; o quizá Chipre tiene sus raíces en voces sumerias que denotaban el cobre, que abunda en la isla, o el bronce… Todo parece girar en torno al color que durante siglos han tenido el cabello de las mujeres y las armas de los guerreros. ¿No le parece que Afrodita tenía el pelo del color del cobre?

El Pilota me mira, primero serio y luego socarrón, y señala con la

mano una gaviota que vuela a ras de agua con las alas inmóviles. Somos dos velas aparejadas en el viento fresco.

—Siempre lo he pensado, porque hay otra historia que vincula a Afrodita con Chipre de manera ineludible y esencial… Urano, dicen los relatos, es la personificación del cielo fecundo, el único capaz de cubrir por entero a Gea, la Tierra. Así, Urano y Gea traen al mundo una prole muy numerosa, como sólo los dioses son capaces de hacer: seis titanes, seis titánides, tres cíclopes, y así sucesivamente. Un buen día, no obstante, Gea se cansa de parir y pide a sus hijos que la protejan del padre. Todos se niegan salvo Cronos, que a decir verdad tampoco se lleva muy bien con su hijo Zeus. Así, armado con una hoz que le da la propia Gea, Cronos le tiende una trampa a su progenitor, Urano. Con un golpe apical, le arranca los testículos y los arroja al mar. De la unión del esperma del dios y de la espuma del mar nace Afrodita, diosa del amor y sus ensueños. Todo esto ocurre frente a la costa meridional de Chipre, a la que Afrodita estará de inmediato ligada, porque es allí donde las Horas la llevan, la visten y la muestran a los dioses. Por eso se dice que Afrodita nació en Chipre, isla de las pasiones y de los contrastes… Pero aún hay más, porque Afrodita es también la diosa de las prostitutas, y por eso, en su Isolario, Benedetto Bordone escribe que «la primera fémina que a vender su cuerpo por dinero empezó, lo hizo en esta isla». No sabremos nunca cuándo se estrenó este oficio que no conseguimos dominar; sin embargo, Benedetto Bordone afirma conocer el dónde.

El Pilota pone el barco de través. Ahora la vela parece más grande. Apuntamos hacia mar abierto sin una ruta concreta. Sencillamente estamos dándole la espalda al mundo, aunque sigue ahí cerca, como la ciudad, pero no lo vemos, lo que nos basta para experimentar la inquietud propia de cada partida.

—Y luego está Otelo, claro. También Otelo es un personaje de sueños y obsesiones que anidan sólo en la mente humana. Como ese inocente pañuelo que los abocará a él y a Desdémona a una trama mortal de amor, celos y odio en estado puro. Otelo es el gobernador de Chipre; Shakespeare se limita a acotar que estamos en «un puerto de Chipre», nada más. Pero ese pañuelo imaginado por Shakespeare se transforma en algo inmenso, tan importante para el corazón de quien escucha su relato a lo largo de los siglos que incluso u na torre de artillería veneciana lleva aún el nombre de Torre de Otelo, aunque no tenga nada que ver con ese drama. El pañuelo posee una malicia propia, que va más allá de la imaginada por Shakespeare. Su sencilla inocencia perturba una parte de la historia imaginaria de la isla.

Vuelvo la mirada hacia Génova, que se pierde en la lejanía, abierta y cerrada, profetizando nostalgias. Pero los marineros están vacunados contra la nostalgia, como todos aquellos que tienen que viajar por trabajo. Observo los raudos gestos del Pilota, concentrado en el trimado de la vela mientras imagina la isla que volverá a ver. «Pues claro», me digo.

—Mucho más tarde, hacia mediados del siglo pasado, Lawrence Durrell, enamorado del archipiélago, habla también de Chipre en uno de sus libros dedicados a las islas. Habla de un «árbol del recreo» bajo el que conversan los isleños. No da más pistas. Naturalmente nace ahí una disputa condenada, de generación en generación, a no tener fin. ¿Se trata de éste o de aquel árbol? ¿O quizá ese otro? En su incesante agitación, los relatos están hechos de palabras, y esas palabras velan y revelan sus tramas. En su discurrir nadie presta atención al hecho de que todo árbol tiene buenas razones para ser el árbol del recreo de alguien. —El Pilota levanta la cara hacia el cielo,

parece olfatear el aire—. Quién sabe si también Arthur Rimbaud tenía su árbol del recreo. Allí acabó, según parece, en noviembre de 1878, en su obstinada persecución de un exilio ensordecedor, en una huida sin fin marcada por el opio, el sudor y el can sancio, por cosas y rostros elementales, por el cuerpo… Parece que su cometido era dirigir un equipo de obreros chipriotas, y también griegos y sirios, que bregaban con dinamita en una gruta de piedra. Cuentan que dormía vestido, que descansaba sobre la arena caliente, que nadaba mucho. En muchos puertos de islas he conocido hombres así… Ponen toda su concentración y su fuerza descomunal en despegarse del presente, para huir de un pasado que no recuerdan y de un futuro que no buscan. Son a menudo compañeros extraordinarios.

Por la inclinación del barco me doy cuenta de que avanzamos a barlovento. El Pilota ha decidido volver a puerto. Génova nos extiende su abrazo. ¿Cómo se las arregla para mostrarse codiciosa una ciudad hecha para acoger, para dar refugio, para ilusionar a los navegantes con la posibilidad del descanso?

—En los años sesenta del siglo pasado, el general inglés Peter Young traza sobre un mapa de Nicosia, capital de Chipre, una línea que divide la ciudad griega de la turca. El general elige un lápiz verde y ésa será entonces la llamada Línea Verde que aún hoy divide la isla en dos, y en torno a la cual se ha formado una rígida frontera. De nuevo las obsesiones, las pasiones de los hombres que modelan la realidad de la isla. Otra vez la isla «a medias»... No hace mucho, experimenté una ilusoria dosis de realidad en Chipre, en una tarde anónima, en el vestíbulo de un gran hotel, donde un desafinado cantante de piano-bar interpretaba canciones de Frank Sinatra pese a ir vestido de Elvis Presley. Un tipo orondo, con un abultado tupé rubio platino, concentradísimo en lo que hacía… Por la tarde, en la

ciudad abrasada por un sol de justicia, había admirado con asombro los escaparates de una boutique atestados de pieles invernales; después alguien me explicó que eran para las afroditas de la mafia rusa que venían de vacaciones… islas…

Amarramos el barco y nos estrechamos la mano en el muelle. Damos con las palabras, pero ninguno de los dos dice «hasta la vista». Yo me quedo mirando cómo se marcha. Antes de desaparecer, se vuelve y me hace un gesto con la mano. Sin sonreír.

Ítaca

Y muchas cosas más nos decíamos el Pilota y yo durante las navegaciones frente a la ciudad cóncava que —fenicia, despedregada, dura— nos miraba como desde el hueco de una rodilla.

—En un tiempo muy lejano, aunque tampoco tanto, los hombres no podían tener una verdadera experiencia del mundo. No lo conocían. No como lo conocemos nosotros ahora, al detalle, gracias a los satélites, sin apenas secretos.

»Por eso eran aventureros, así como ahora somos astronautas, cibernautas de la aventura.

»Aun así, aquellos hombres trataban obstinadamente de representar el mundo, y para ello utilizaban primitivos sistemas de orientación para cruzar los océanos, como los trenzados de mimbre que usaban los antiguos navegantes indonesios. A su manera, describían lo que habían visto e imaginaban aquello de lo que no tenían experiencia directa. Temían los desiertos y los mares, los abismos y las lejanías. Pero al mismo tiempo es taban fascinados por ellos, como el almirante genovés.

»Entre los siglos XV y XVI, algunos trataron de dar la vuelta al mundo pasando de una isla a otra. Hasta donde alcanzaba su conocimiento de las cosas, éstas eran verdaderas; cuando les faltaba dicho conocimiento confiaban en las historias de los hombres con los que se topaban en mar y en tierra firme, y en las que encontraban en libros y manuscritos. Historias de islas móviles, de islas

afortunadas, de islas de mujeres, de islas-ballena, de islas del tesoro. Así nacen los islarios. Libros anfibios, a la par que ambiguos, escritos por mentes imaginativas y precisas. Libros mitad verdaderos, mitad fantásticos. Hechos de palabras y de mapas, de instinto y de fantasía, como los que quizá hojeó Robert Louis Stevenson cuando tuvo que pasar días y días encerrado en un cottage en compañía de su hijastro, Lloyd Osbourne. Escribe Stevenson: «En una de esas ocasiones, dibujé el mapa de una isla, estaba —creo—elaborada y bellamente colorida; su forma obligó a mi habilidad a ir más allá de lo habitual, contenía muelles que me agradaban como si fueran sonetos y, sin percibir a lo que estaba predestinada, titulé mi realización La isla del tesoro. Sé que hay personas a las que no les interesan los mapas, algo que me resulta difícil de creer».

Escuchar al Pilota hacía que sus pensamientos avivaran mi imaginación. Era una comunión, una especie de amor.

—Una isla es un ente solitario y autárquico, pero accesible desde todo su perímetro. Está protegida, pero al mismo tiempo expuesta. Todo lo que arriba a una isla s e transforma y pasa a ser suyo. Empezando por uno mismo, en cuanto pone el pie en ella. En las islas uno se siente en otro planeta. En otro tiempo. Son las casillas de un juego de la naturaleza. Al poco, se tiene la impresión de conocerlas. Las sentimos nuestras, y sin embargo estamos seguros de que las abandonaremos. Sentimos algo así como una nostalgia anticipada. Y la nostalgia es una de las moradas de la fantasía.

»Y luego, en un confín, tenemos Tristán de Acuña, en mitad del Atlántico, como un puño cerrado. A 1560 millas de Ciudad del Cabo, en el extremo sur de África, y a 2300 millas de Montevideo, Uruguay. Es una isla de náufragos y naufragios. Mejor aún, es una suma de

naufragios. En 1506, el mismo almirante Tristán de Acuña, de quien toma su nombre, no consigue desembarcar, por miedo a perder el barco. Así nos la describe Edgar Allan Poe o, mejor dicho, un personaje suyo, ese Gordon Pym, ese náufrago desesperado que se dirige hacia el Polo Sur y que por el camino ve surgir de los abismos una aterradora figura humana. Un gigante de piel inmaculada.

»Creo que Poe nunca pisó Tristán de Acuña, pero está claro que sí la visitó con la imaginación, ¿y qué porción de lo que somos pertenece a la imaginación?

El Pilota empieza a virar hacia la costa, como cerrando el círculo del golfo, aunque se toma su tiempo: parece que no quiere que la maniobra acabe. Este mar nos une con el de Tristán de Acuña….

—En 1892, naufraga en la isla el bergantín Italia. Todos son de Camogli, aunque el capitán viene de Chia vari. Una buena parte de los actuales habitantes de la isla desciende de ellos. Dicen que las muchachas que querían casarse le pedían a Dios un naufragio, porque con los restos de los pecios los recién casados podían construirse una casa; cuentan también que en la isla sólo había un único vestido blanco para todas las esposas y que a los niños les ponían el nombre de los barcos.

»Tristán de Acuña acaso sea inaccesible y está bien que sea así, que sólo la veamos como una posibilidad. Bien está que ése sea el último viaje que nos quede por hacer.

»Las islas son universos paralelos, no muy distintos del nuestro. Sólo un poco. Sólo por un soplo de viento, por el giro de una frase, por un mero gesto.

Como embrujado, el Pilota clava la mirada en la proa de nuestro barco.

—¿Y después? —le pregunto como un niño, como si fuera un

final.

—¿Después?

—Sí, después, ¿después de Tristán de Acuña?

—Después está Lord Byron, que en 1824 llega a Mesolongi, adonde ha ido a luchar en defensa de la independencia de Grecia: la encuentra prácticamente destruida. Él está en las últimas, aquejado de unas fiebres que no tardarán en matarlo. Orgulloso, perentorio, descarado, en pleno desvarío y delirio, a los presentes les parece que, con la precisión e invencibilidad de siempre, les asegura que nada ni nadie podrá detenerlo, que se va a comprar Ítaca. Un proyecto irónico y en cierto modo sobrehumano, al filo de la nada.

»Ítaca es la isla más famosa, la mitad oculta del viaje. También es el lugar donde todo viaje comienza. Es principio y final y en esto estriba su secreto, un secreto tan profundo que no deja rastro alguno. El legado de Ítaca es un relato, una historia que los hombres van transmitiendo de generación en generación. Más allá, de Ítaca no queda nada, ni siquiera la sombra del palacio de Ulises o el eco de la voz de Penélope. En las historias que nos contamos siempre parecen pesar más las imágenes de la fantasía que las heridas de la verdad. «Pedregosa», la define Homero, «rodeada de mar». Que es como decir: una isla llena de cabras y piedras. Nada más. En última instancia, Ítaca es el lugar al que uno regresa. Es eso lo que da sentido al viaje, que siempre es de regreso. Tal vez viajar no sea sino un continuo mandarse noticias a uno mismo al lugar de partida. A uno mismo cuando haya regresado.



Ernesto Franco

(1956-2024), editor, escritor, traductor, fue director general de la editorial Einaudi desde 2011 hasta su muerte. Por sus manos pasaron algunos de los clásicos contemporáneos publicados en Italia en las últimas décadas. Estudió literatura hispanoamericana en su Génova natal, y siempre mantuvo un vínculo especial con la lengua española. Tradujo al italiano a Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Álvaro Mutis, Octavio Paz y Ernesto Sábato. Escribió dos libros de poesía, Donna cometa (2020) y Lontano io (2024); cuatro de narrativa: Isolario (1994), Vite senza fine (1999), Historias fantásticas de islas verdaderas (2024; Gatopardo ediciones, 2025) y Sono stato (2025), y el monólogo teatral Usodimare (2024). En colaboración con Paolo Collo, editó y tradujo una antología de tangos argentinos.

Sinopsis

Ningún hombre es una isla, dijo el poeta. Pero una isla puede convertirse en las personas que la han buscado, imaginado, padecido o conquistado. Envueltas por el mar, esa metáfora del infinito, en las islas la experiencia humana alcanza sus más altas cotas de utopía y barbarie. Como un explorador antiguo, Ernesto Franco propone en este libro anfibio —mitad verdadero y mitad fantástico— un fascinante islario donde confluyen la novela de aventuras, el tratado antropológico, la historia natural y la crónica bélica. Y lo hace a través de los relatos hipnóticos que va desgranando el Pilota, un lobo de mar aficionado al ron y al tabaco que posee la sabiduría de aquél que ha surcado todos los océanos y desembarcado en todos los puertos.

Como quien encuentra un mensaje en una botella confiado al capricho de las aguas, el lector hallará en estas páginas un compendio inagotable de fábulas isleñas: el mito del laberinto de Creta; el misterio de las estat uas de la Isla de Pascua; las correrías de los piratas en Tortuga; las fugas imposibles de Alcatraz; el asombro de Darwin en las Galápagos... Y descubrirá que las islas no son sólo puntos en un mapa sino un territorio de la mente, una invitación al viaje a través de las palabras y la fantasía.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño
Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma
Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

103. Un hombre cualquiera
Giovanni Arpino

104. La vida que nos queda
Matteo B. Bianchi

105. Diarios de un fumador
Simon Gray

106. Quien tiene miedo muere a diario
Giuseppe Ayala

107. Ojalá cayera una bomba
Gerrit Kouwenaar

108. Golpe magistral
Jessica Anthony

109. Muerde a tus amigos
Fernanda Eberstadt

110. La ficción del ahorro
Carmen M. Cáceres

Table of Contents

- PRÓLOGO
  - Las verdaderas islas son siempre imaginarias
  - Alberto Manguel
- HISTORIAS FANTÁSTICAS DE ISLAS VERDADERAS
  - Filfla
  - Ferdinandea
  - Malta
  - Ons
  - Orcadas
  - Tortuga
  - Lofoten
  - Rodas
  - Cuba
  - Alcatraz
  - Haití
  - Isla de Pascua
  - Lesbos
  - La Atlántida
  - Galápagos
  - Creta
  - Carloforte
  - Islas de los Osos
  - Chipre
  - Ítaca
- Ernesto Franco
- Sinopsis
- Otros títulos publicados en Gatopardo